

ROBERT BADEN-POWELL



Escultismo alrededor del mundo

Scouting Round the World

1935

EDICIÓN REVISADA

Escultismo alrededor del mundo

(Scouting Round the World)

ROBERT BADEN-POWELL

Escultismo alrededor del mundo. (Scouting Round the World)

© 1935 Robert Baden-Powell

Texto original de Robert Baden-Powell, de dominio público. Traducción al castellano difundida por siemprecout.org y reproducida con permiso (traductor y edición de origen en la «Nota sobre esta edición»). Reedición digital revisada (2026): corrección ortográfica y gramatical, lenguaje actualizado al español de España, sin ilustraciones.

Primera edición: 1935

Índice

Nota sobre esta edición	7
Nota sobre el contexto histórico	9
Presentación	11
1. Comienza la aventura	13
2. A bordo del Orama	17
3. En el Peñón	21
4. Un vistazo a Francia	27
5. Una visita a un volcán	31
6. El canal de Suez	35
7. En el mar Rojo	39
8. Adén, la puerta de Oriente	43
9. Visitas en Ceilán	49
10. Malasia	53
11. Más sobre Malasia	59
12. Java	65
13. Bali	75
14. ¡Ah, Australia!	83

15. Las costumbres de los «abos»	89
16. Townsville	99
17. Brisbane y Sydney	103
18. El Jamboree en Melbourne y después	107
19. Nueva Zelanda	115
20. Más sobre Nueva Zelanda	125
21. Temblores de tierra y glaciares	133
22. Rarotonga	141
23. Tahití	149
24. San Francisco	155
25. Llegamos a Vancouver	161
26. «Soy un piel roja»	169
27. El último lapón de Laponia	173
28. La emocionante caza del bisonte	177
29. La Policía Montada	181
30. En una granja de zorros	193
31. En Terranova	195
32. Los Estados Unidos y vuelta a casa	205

Nota sobre esta edición



*E*SCULTISMO ALREDEDOR DEL MUNDO ES LA TRADUCCIÓN DE *Scouting Round the World*, el libro en el que Lord Baden-Powell of Gilwell, que también lo ilustró, contó su viaje de ocho meses alrededor del mundo. La primera edición inglesa es de 1935.

La traducción al castellano es de Fernando Soto-Hay García, S.J., y la publicó en julio de 1997 la Dirección Nacional de Publicaciones de la Asociación de Scouts de México, A.C.

Esta reedición digital corrige la ortografía y la gramática, actualiza el lenguaje al español de España y conserva las ilustraciones originales del autor, sin cambiar el contenido.

Nota sobre el contexto histórico



ESTE LIBRO SE ESCRIBIÓ HACE CASI UN SIGLO, EN TIEMPOS DEL Imperio británico, y refleja las ideas, el lenguaje y los valores de su época. Algunos pasajes contienen expresiones y opiniones sobre otros pueblos, razas y culturas que hoy consideramos racistas o coloniales; hablan de la caza, la guerra, la violencia o los castigos con una naturalidad que hoy no compartimos; presentan una visión de los papeles de hombres y mujeres, de la religión o de la sexualidad propia de entonces, o recogen consejos de salud y de primeros auxilios que la medicina actual desaconseja.

Esos pasajes se han conservado tal como están, sin suprimirlos ni suavizarlos, porque forman parte del documento histórico y ayudan a entender cómo nació el Escultismo y cuánto ha cambiado desde entonces. Mantenerlos no significa compartirlos. Los consejos prácticos de seguridad, salud y primeros auxilios no deben seguirse sin contrastarlos con las recomendaciones actuales.

Si este libro lo leen niños o jóvenes, conviene que lo hagan acompañados de un adulto que pueda comentar con ellos esos pasajes.

Presentación



A PRIMERA VISTA PODRÍA PARECER QUE ESTE LIBRO SE ESCRIBIÓ de prisa o para ganar dinero, que siempre viene bien a cualquiera, y más aún a Baden-Powell, que tanto gastaba en el Movimiento, en sus viajes o en promover sus ideales.

Sin embargo, merece la pena leerlo. Por un lado, nos cuenta lo que ve en muchos países lejanos para nosotros, que nos recuerdan los cuentos de piratas que leímos alguna vez. Por otro, Baden-Powell vuelve a su tesis de siempre: admirar a los pueblos que podríamos llamar primitivos, en los que descubre virtudes como la hombría, la vida sana o el contacto con la naturaleza, las mismas que procura inculcar a los scouts.

También es interesante ver cuánto había crecido ya el Escultismo en el lejano año de 1935, cuando se escribió el libro. Ese progreso se aprecia en cómo el programa scout se adapta a las distintas latitudes a las que llega la idea de Baden-Powell: no puede ser el mismo programa en Inglaterra que en las lejanas islas de los mares del Sur.

¿Quién no ha soñado alguna vez con un viaje así? Subirse a un barco —un barco de verdad, no un «hotel de lujo»— y recorrer los mares para visitar a los amigos, conocer otras costumbres y contemplar las maravillas

os hacerlo por falta de dinero o de tiempo, vale la pena acompañar al fundador y a su familia y hacernos presentes en tantos lugares descritos con colores tan frescos.

Me da la impresión de que el libro reúne las cartas que el fundador enviaba a alguna de las revistas scouts de la época, y que se publicaron después en forma de libro para dar a conocer el Escultismo en muchas regiones del mundo. Así se explica que los capítulos estén escritos sin cuidar el estilo: palabras repetidas, relatos largos de cosas que nos parecen poco trascendentes, etc.

Conviene poner al lector en guardia sobre la forma de expresarse de Baden-Powell. Es un inglés que vive el esplendor del Imperio británico y que está orgulloso de ese Imperio que él mismo ayudó a consolidar. Por eso hay que leer muchos párrafos en ese contexto y no quedarse en lo que puede chocar a nuestra mentalidad: ideas colonialistas cargadas de dominación.

1. Comienza la aventura



HOY PUEDES IMAGINARNOS A BORDO DEL *ORAMA*, CONTEMPLANDO por última vez el valle del Támesis antes de emprender nuestro viaje de ocho meses alrededor del mundo.

Me encanta sentarme en la cubierta de un barco nuevo, sobre todo cuando se tiene un camarote tan estupendo como el nuestro. Y, además, me gustan los barcos que son barcos, y no hoteles de lujo.

Es una delicia volver a sentir el aire fresco y salado en la nariz y respirarlo a pleno pulmón.

Será un viaje precioso, que nos mantendrá a bordo cerca de dos meses antes de llegar a Australia.

Sé que a algunos de vosotros, los scouts marinos, os gustaría venir; al menos eso espero.

Y hablando de scouts marinos, espero que en los próximos años muchos más de vosotros os paséis al Escultismo Marino. Es un cambio estupendo respecto al Escultismo de tierra, siempre que también tengas muchos campamentos.

Pasé parte de mi infancia, y creo que la más feliz, haciendo escultismo en el mar, y supongo que por eso me siguen gustando tanto los barcos.

Mis tres hermanos y yo teníamos un yate con el que navegábamos por las costas de Inglaterra y Escocia. Nosotros mismos lo gobernábamos de principio a fin, lo limpiábamos, lo pintábamos y nos cocinábamos la comida a nuestro gusto. Era un trabajo duro, pero muy divertido. Y a veces era algo más que duro: cuando en invierno se levantaba un viento fuerte y una gran marejada en aquellas costas peligrosas. Lo mejor de esas travesías era recordarlas después, porque en el momento significaban afrontar grandes peligros con un frío tremendo, medio muertos de hambre y calados hasta los huesos.

Pero para nosotros todo era alegría. Aprendimos a encarar el peligro sin miedo, a obedecer cualquier orden del capitán sin la menor vacilación, a no perder la cabeza y a usar lo que sabíamos en las situaciones más difíciles.

Eso nos ayudó a hacernos hombres.

Y eso marcó toda la diferencia.

Quien se ha criado en una ciudad sin haberse enfrentado nunca al peligro ni haber arriesgado la vida rara vez llega a ser de mayor tan hombre como quien lo aprendió de joven.

Mi consejo es que, siempre que te sea posible, seas scout marino, aunque solo sea una temporada. Sal en busca de la aventura y disfrútala todo lo que puedas: gracias a ello serás un hombre mejor más adelante.

He cruzado el golfo de Vizcaya muchas veces, seguramente más de treinta, y la única vez que lo recuerdo realmente borrascoso fue en mi primer viaje. De hecho, estaba endiabladamente borrascoso. Pero como había leído y oído que el golfo era un mar terriblemente tormentoso, lo encontré así sin sorprenderme y, lo que es más, sin marearme (como debe hacer todo scout marino).

Supuse que aquel temporal era lo normal y no le di importancia. Pero el capitán tuvo que reducir la velocidad y mantener el barco quieto, de

cara al viento, durante unas cinco horas. Perdimos uno o dos botes y se rompió una lámpara del salón. También se rompió una escala de popa, que se soltó y fue de un lado a otro, e hirió a algunos marineros. Las olas eran como montañas, un espectáculo espléndido, aunque terrible.

Tardamos varios días en atravesar aquella tormenta dando tumbos y alimentándonos de comidas mal hechas y platos fríos, porque cocinar y servir era prácticamente imposible.

¡Qué tiempos aquellos! Nunca he vuelto a vivir otro igual, así que supongo que no se repetirá. De todos modos, te contaré más cuando hayamos cruzado el viejo golfo.

Mientras tanto, tengo que explorar el barco y ordenar mis cosas en mi camarote, luminoso y bien ventilado, para la primera parte de nuestro largo viaje.

2. A bordo del Orama



LO HE DEJADO TODO SIN DESHACER, Y TODAVÍA NO HE TENIDO tiempo de contarte la maravillosa despedida que tuvimos en Tilbury.

En los últimos años casi siempre habíamos zarpado de Liverpool o de Southampton, y hacía mucho que no salíamos de Tilbury, que, como bien sabes, está más cerca de Londres.

Por eso los scouts y las guías de Kent y de Essex pudieron venir en grupo a despedirnos (y menudo grupo tan alegre formaban). Antes de que me diera cuenta de dónde estaba, me echaron al cuello una guirnalda de flores de la que colgaba un Lobo de Plata, el emblema de un buen scout.

La ceremonia me trajo recuerdos de otros viajes. Cuando visité la India, hace unos años, los scouts me ponían guirnaldas a todas horas, y yo parecía —y me sentía— un árbol de Navidad andante.

Desde la barandilla del barco agitamos las manos para dar las gracias y decir adiós a quienes nos deseaban lo mejor, y enseguida nos pusimos en marcha. Al salir pasamos junto al *Empress of India*, que también zarpaba ese día.

En el camarote nos esperaban montones de cartas y telegramas de despedida de scouts, guías y amigos.

El *Orama* es un barco bonito, pintado de color crema oscuro, con el nombre y la línea de flotación en verde. A bordo nos sentimos muy a gusto.

El práctico se llevará nuestras cartas a tierra y las echará al correo cuando lleguemos a Brixham.

Aquí tienes el programa de la primera parte del viaje; si quieres seguirnos, puedes recortarlo.

Voy a dar los nombres de las ciudades y no de los países, para que te entretengas buscándolos en un mapa y trazando tú mismo nuestra ruta.

- Sábado 28 de octubre: salida de Tilbury.
- Miércoles 31 de octubre: Gibraltar.
- Jueves 1 de noviembre: Palma.
- Viernes 2 de noviembre: Tolón.
- Domingo 4 de noviembre: Nápoles.
- Miércoles 7 de noviembre: Port Said.
- Jueves 8 de noviembre: Suez.
- Domingo 11 de noviembre: Adén.
- Sábado 17 de noviembre: Colombo. En Colombo cambiamos de barco y seguimos en el *Corfu*.
- Viernes 23 de noviembre: Singapur, y de allí a Kuala Lumpur, Penang, etc. En Singapur cambiamos de barco y seguimos en el *Marella*.
- Miércoles 5 de diciembre: Batavia.
- Jueves 6 de diciembre: Semarang.
- Viernes 7 de diciembre: Surabaya.

- Miércoles 12 de diciembre: Darwin.
- Sábado 15 de diciembre: isla Thursday.
- Lunes 17 de diciembre: Townsville.
- Jueves 20 de diciembre: Melbourne, para el gran Jamboree Scout.

En casi todos los lugares nos recibieron scouts y guías, y yo les transmití los saludos del Príncipe de Gales, Jefe Scout de Gales; de la Princesa Real, Presidenta de las Girl Guides, y de los scouts y las guías de Gran Bretaña.

Recibimos muchos mensajes de despedida de scouts, guías y otros amigos, y les respondimos con esta tarjeta:



Cordial thanks and goodwishes till we meet again («Muchas gracias y nuestros mejores deseos hasta que volvamos a vernos»)

3. En el Peñón



TEMPRANO, EN LA MAÑANA DEL QUINTO DÍA DE NAVEGACIÓN, llegamos al estrecho de Gibraltar, donde las montañas de Marruecos, al sur, y las de España, al norte, forman la puerta del Atlántico al Mediterráneo.

Al final, el golfo de Vizcaya se portó bien con nosotros.

Tánger, la ciudad mora de blancas cúpulas, queda a unas catorce millas (unos 22 kilómetros), al otro lado del estrecho, de Tarifa, la ciudad amurallada y fortificada de la costa norte.

Poco después apareció ante nosotros el Peñón de Gibraltar, donde los cañones británicos vigilan el paso.

La gran fortaleza cuenta con diez fortificaciones subterráneas. Su episodio más célebre ocurrió en 1704, cuando los británicos, después de tomar la ciudad con la flota del almirante George Rooke, fueron sitiados y bombardeados durante seis meses por las fuerzas unidas de España y Francia.

Otro gran asedio fue el que duró de 1779 a 1783. De nuevo franceses y españoles unieron en vano sus esfuerzos para tomar esta importante fortaleza de roca, que resistió con éxito sus ataques bajo el espléndido mando del general Elliott.

El general Elliott había sido oficial de caballería en el 13.º Regimiento de Húsares y estaba muy acostumbrado a una disciplina estricta, hasta el punto de que la guarnición logró seguir su ejemplo. Todos los hombres habían aprendido a obedecer sin dudar ni discutir.

En fin, el ejército del general Elliott consiguió defender el Peñón, aunque durante un tiempo pareció que tendría que rendirlo. Pero el general se aferró como un scout y al final salió adelante.

Y desde entonces Gibraltar sigue siendo británico.

Gibraltar es un lugar muy importante y vale la pena explorarlo. Hay buenos caminos excavados en la roca viva para poder trasladar las tropas y los cañones de un punto a otro.

Hacia la mitad del Peñón llegamos a las famosas galerías. Son largos túneles que se adentran en la montaña, con grandes «ventanas» aquí y allá desde las que se pueden disparar los cañones, mientras las piezas y sus artilleros quedan completamente protegidos del fuego enemigo.

Estas «ventanas» o troneras están protegidas además por una especie de persianas de cuerda trenzada, que impiden la entrada de balas y de metralla y también la salida del humo de los disparos, que delataría la posición. Las galerías las ideó un hombre llamado Ince, empleado del Departamento Militar de Obras.

Después nos enseñaron otra maravilla de túneles y minería en el corazón del Peñón: ocho grandes depósitos excavados para almacenar agua.

Buena parte de la ladera este, casi treinta acres (unas doce hectáreas), está cubierta de chapa ondulada de acero para recoger toda la lluvia que cae allí y llevarla a los depósitos. Como es una pendiente muy inclinada, los hombres que trabajan en ella, ya sea para construirla o para repararla, tienen que sujetarse con cuerdas desde arriba.

Para ver los depósitos y el sistema de recogida de agua, cogimos un pequeño y gracioso ferrocarril que atraviesa la montaña de punta a punta,

con vagonetas que se empujan a mano.

Fue muy interesante ver todas las fortificaciones, antiguas y modernas, repartidas por el Peñón. Y también ver, sobre la mesa del comedor del gobernador, las llaves de la fortaleza, que cada día lleva el sargento de la guardia, precedido por un tambor, para entregárselas a Su Excelencia.

Pero lo que más nos interesaba, y lo que principalmente habíamos venido a ver, era la estupenda multitud de boy scouts y girl guides.

Bajamos a tierra para comer con el gobernador, y al acercarnos al desembarcadero oímos los gritos de bienvenida de los scouts y las guías que nos esperaban en el muelle. También había scouts marinos en sus tres botes, alegremente engalanados con banderas en nuestro honor.

No era mi primera visita a Gibraltar ese año, pero cuando pasamos en verano yo estaba enfermo y no pude bajar a tierra; por eso fue una delicia volver a estar allí entre los scouts y las guías.

Entre ellos había cincuenta scouts españoles de Málaga, cuatro de Tánger, muchos scouts marinos y también un grupo de «antiguos scouts», es decir, hombres que habían recibido formación scout de muchachos.



Un scout español

Las guías, tan ingeniosas como siempre, estaban allí en gran número, acompañadas de varias seisenas de haditas (*N. del T.: la rama menor de las Guías*).

Su Excelencia, acompañado por Lady Harington, que llevaba el uniforme de las Girl Guides, dirigió unas palabras a los chicos y las chicas.

Después, la Jefa Guía y yo pasamos una pequeña revista, les hablamos también y nos hicimos fotos con sus scouts y guiadoras.

Pasamos con ellos un rato de trabajo muy feliz. Cuando llegó la hora de volver al barco, Sus Excelencias nos acompañaron. Les dimos las gracias, nos despedimos y, en cuanto se retiraron, el *Orama* levó anclas y puso rumbo al Mediterráneo. Los scouts marinos daban vueltas a nuestro alrededor en sus botes para despedirnos mientras nos alejábamos.

Fue la primera reunión de nuestro viaje, y todo un éxito. Nos llevamos un recuerdo muy grato de Gibraltar y de nuestra familia de scouts y guías de allí.

4. Un vistazo a Francia



SALIMOS DE GIBRALTAR CON UN SOL ESPLÉNDIDO, TAN CALIENTE que buscamos un rincón a la sombra en la cubierta. Allí leímos las noticias del telégrafo, que hablaban de nieve y aguanieve en Inglaterra.

Pero al subir hacia el norte, rumbo a Tolón, en Francia, el cielo se nubló y se levantó el viento; antes de llegar a las Baleares, a medio camino de la costa española, ya estábamos en pleno vendaval.

Después de hacer escala en Palma de Mallorca para que bajaran unos pocos pasajeros, nos metimos en la mar picada, la lluvia y el viento que siempre he asociado al golfo de León. He pasado por allí muchas veces y siempre lo he encontrado así.

El golfo de Vizcaya, que según dicen siempre está revuelto, esta vez estaba en calma; en cambio, el golfo de León es un paraje muy agitado. Siempre que paso por allí pienso en el valor de Lord Nelson, que pasó una temporada en ese horrible rincón del mar.

Lord Nelson, aunque fue un gran marino, nunca tuvo «buen estómago de marino», es decir, nunca logró vencer el mareo. Y, sin embargo, aguantó allí, zarandeado por el viento fuerte y la mar gruesa, esperando eternamente a que la flota francesa saliera del puerto de Tolón.

Cuando entramos en el puerto de Tolón, el viento amainó, las nubes se fueron y el sol brilló sobre aquel lugar precioso. Tolón es el mejor puerto del sur de Francia: una enorme extensión de agua rodeada de colinas arboladas, con la ciudad y los muelles en la orilla norte. En medio se alza una gran roca en forma de media luna, con fuertes en la punta para defender el lugar, porque es el gran arsenal naval de Francia en el Mediterráneo.

Allí había toda clase de barcos de guerra, desde acorazados hasta submarinos. Era curioso ver a algunos salir a mar abierto y, al pasar junto a nuestro barco, arriar su bandera para saludar. No sé si nuestros buques de guerra son tan corteses con un barco de línea extranjero, pero los franceses sí lo son.

La cortesía no cuesta nada, y espero que los scouts procuren siempre practicarla más de lo que se acostumbra en las islas británicas. Está muy bien ser un «diamante en bruto», es decir, tener buen corazón bajo un exterior arisco; pero recuerda que el exterior es lo que la gente ve cuando te conoce, y lo que se lleva es esa impresión de aspereza. Por eso el scout tiene la costumbre de sonreír cuando se presenta a los desconocidos.

Al llegar a Tolón nos dio la bienvenida una concentración de scouts y guías franceses, unos ochocientos, alegres y vistosos. Se los veía sanos, fuertes y contentos, y su disciplina era excelente.

La Marina francesa les prestó un espléndido campo de deportes para la reunión. Cuando llegamos, las banderas inglesa y francesa ondeaban una junto a otra, y los scouts cantaron primero el *God Save the King* (*N. del T.: el himno nacional inglés*) y después su propio himno, *La Marsellesa*, en francés.

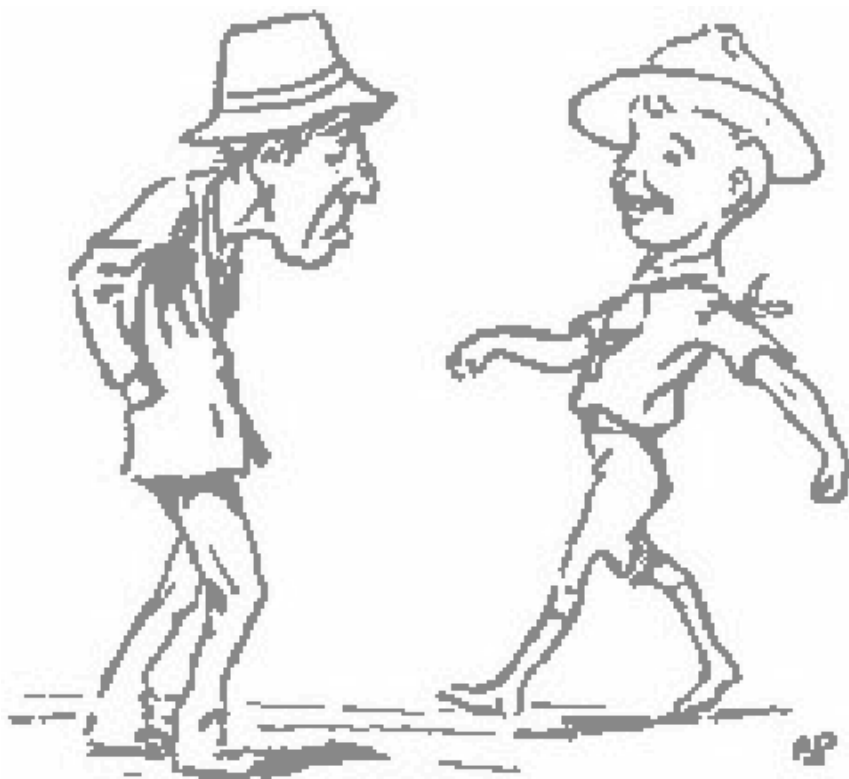
La reunión fue muy original y encantadora. Los lobatos estaban en el centro del campo, formando una gran herradura, con los scouts detrás. Al sonar un cuerno, los lobatos se lanzaron hacia delante dando alaridos y

gritos, hasta que el comisionado que dirigía la reunión disparó una pistola y todos se tiraron al suelo en silencio.

Entonces volvió a sonar el cuerno y los scouts echaron a correr gritando. Cuando llegaron cerca del círculo de lobatos tumbados, sonó otro disparo y los scouts se echaron también al suelo.

Después el comisionado jefe nos dirigió un espléndido saludo en inglés y nos dijo que los ochocientos scouts, lobatos, guías y haditas que habíamos visto representaban a los cien mil miembros de nuestra hermandad.

¡Si todos son como esta muestra, el Escultismo en Francia va por buen camino!



El scout sonríe

5. Una visita a un volcán



ESA NOCHE, ANTES DE DEJAR TOLÓN, TUVIMOS UNA GRAN ALEGRÍA. Al pasar por la isla de Elba, donde Napoleón estuvo prisionero después de la Guerra Peninsular, entramos en una niebla espesa que nos obligó a ir despacio durante varias horas, de modo que llegamos a Nápoles el domingo pasado el mediodía, en lugar de a primera hora de la mañana.

En Nápoles se celebraba el Día del Armisticio, así que Pompeya y los demás lugares que se suelen visitar estaban cerrados al público. Pero fuimos en coche a la Solfatara, a seis millas, para ver otra vez lo que llaman el Pequeño Vesubio.

Es el viejo cráter de un volcán: una colina alta y rocosa que forma un círculo alrededor de una llanura que, si saltas sobre ella, suena a hueco. En realidad es la costra que se ha formado sobre la lava hirviente que hay debajo. Aquí y allá se abren grietas y pequeños agujeros por los que sale vapor con un olor a azufre que da náuseas.

En un sitio hay un pequeño cráter abierto, de unos quince o veinte pies (de cuatro a seis metros) de diámetro, en cuyo fondo hierve y burbujea una masa de barro negro que despidе nubes de vapor sulfuroso. En otro pequeño cráter hierve una arena que escupe sin parar.

Nuestro guía encendió una pequeña antorcha, y al instante se levantaron densas nubes de vapor del agua y de las grietas, por toda la llanura y la ladera de la montaña. Bastaba con acercar una cerilla encendida a cualquier grieta de la que saliera vapor para que se formara enseguida una nube inmensa; y no solo eso: de todos los cráteres y grietas, incluso de los más lejanos, brotaban nubes de vapor, como si la primera las hubiera llamado.

Uno de los gases que salen por una grieta del terreno es venenosísimo y ha matado a muchos perros que husmeaban a su alrededor. Nuestro guía acercó la antorcha encendida y la llama se apagó al cabo de unos minutos.

No vimos scouts ni guías en Italia, porque ahora no los hay. Pero la organización que forma a los chicos y a las chicas sigue en gran medida la línea de los scouts y las guías. La diferencia es que es obligatoria y se reconoce como parte del sistema educativo del país.

En su lugar están los balillas. Balilla fue un muchacho que en 1746, durante la ocupación austriaca del norte de Italia, tiró una piedra a uno de los opresores; aquel gesto desencadenó una revuelta de los italianos que, con el tiempo, expulsó a los austriacos. Balilla es, por tanto, un muchacho héroe, y en Génova hay una estatua que recuerda el suceso en el lugar donde ocurrió.

Los balillas son muchachos de la edad de los lobatos y visten de forma muy parecida a ellos, salvo por la gorra. Los *avanguardisti* corresponden a los scouts, y los *marinetti*, a los scouts marinos.



Un joven marinetto (scout marino)



El balilla (lobato) y el avanguardista (scout)

Reciben una formación muy parecida a la de nuestros muchachos: tienen su Ley y su Promesa, y aprenden por medio de juegos y de sus aficiones, igual que nuestros scouts.

6. El canal de Suez

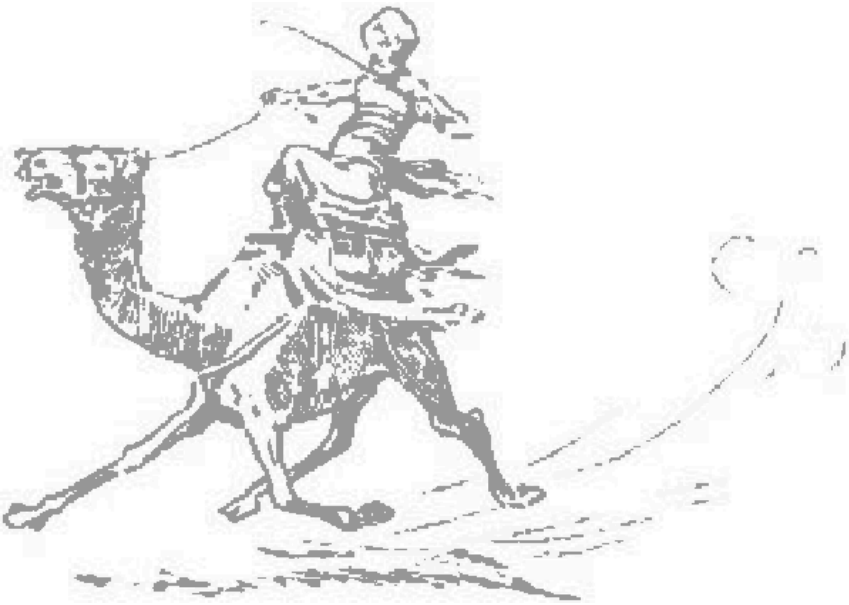


AYER EL SOL SE PUSO DE UNA MANERA MUY CURIOSA, ENTRE MASAS de nubes. Cuando ya creíamos que se había ido, se las arregló para abrir tres agujeritos en las nubes, por debajo del horizonte, como si nos diera las buenas noches antes de desaparecer del todo.

Y ese fue nuestro último adiós al Oeste, a Europa, a nuestra casa.

Hoy hemos entrado en Oriente por su puerta, el canal de Suez, en Port Said.

He pasado por esa vieja puerta muchas veces en mi vida, pero nunca he dejado de emocionarme al volver a verla, con sus árabes, sus camellos, sus palmeras, su desierto y... ¡sus olores! Es un gran cambio respecto al país de los hombres blancos.



El navío del desierto

Port Said es una ciudad egipcia situada a la entrada del canal de Suez. Parece hecha sobre todo de tiendas que venden fotografías y curiosidades, y es una ciudad muy bonita, con calles anchas y buenas tiendas, aunque yo la recuerdo como un puñado de chozas bajas sobre la arena, de los años en que fui por primera vez a la India.

¡Vaya! Ahí hay algo que me resulta familiar, aunque todo lo demás sea distinto.

¿Quién es ese tropel que viene a mi encuentro? Los mismos pantalones cortos, las mismas camisas, los mismos sombreros y el mismo equipo: ¡los boy scouts! Exactamente iguales a los que vimos hace unos días en Tolón, en Gibraltar y en Tilbury, al empezar el viaje.

Y ahí están también las girl guides.

Es cierto que, si miras más de cerca a estos chicos y chicas, ves bajo los sombreros caras de distinto color y aspecto, porque hay egipcios, británicos, franceses, armenios, griegos y judíos: una gran mezcla. Pero todos lucen la feliz sonrisa scout y todos están juntos y contentos, olvidando sus diferencias de raza, credo o color, y tratándose como hermanos de una misma familia, mientras juegan todos al gran juego del Escultismo.

Al frente, un scout francés llevaba la bandera australiana. Se la había regalado un antiguo scout de las fuerzas australianas en campaña durante la guerra. Aquellas tropas habían estado acuarteladas una temporada en Port Said y los scouts franceses de allí las habían atendido, así que los australianos les dieron su bandera como recuerdo. Los scouts están muy orgullosos de ella.

Fue una gran reunión: en total, 4000 scouts, con uniformes impecables y una disciplina admirable. Hacía catorce años que había visto a los scouts de aquí, y entonces eran unos pocos y una compañía de guías, así que ya te imaginarás la sorpresa de la Jefa Guía y mía al encontrar un grupo tan magnífico.

Fue una gran alegría verlos a todos jugando juntos al mismo juego, como hermanos y no como extraños.

Si pudiéramos extender esta hermandad por todo el mundo, como estamos haciendo ahora, en el futuro no habría más guerras.

7. En el mar Rojo



CON PORT SAID A NUESTRA ESPALDA, EL BARCO RECORRIÓ EL canal de Suez, una vía de agua perfectamente recta de unas ochenta millas a través del desierto de arena. Pasamos la ciudad de Ismailía y, después de Suez, entramos en el mar Rojo.

Pasamos Suez de noche, así que solo vimos sus luces.

¿Por qué el mar Rojo es «rojo»?

Pues unos dicen que se llama así porque las montañas de ambas orillas son de arenisca roja, y otros, por las grandes manchas de espuma roja que flotan en el agua.

El mar Rojo siempre es caluroso, muy caluroso, salvo de higos a brevas, cuando hace frío. Y entonces puede hacer mucho frío. Aunque lo he cruzado ocho veces, solo una vez lo encontré frío.

Antes era todavía más caluroso que ahora, y eso que ahora ya es bastante malo. Pero en otros tiempos los barcos iban más despacio y por eso entraba poca brisa en los camarotes. A veces el barco tenía que dar media vuelta y navegar marcha atrás, con la popa por delante, para que entrara aire fresco en los camarotes.

¿Y por qué hace tanto calor en el mar Rojo? Pues porque es un mar largo y estrecho (se tardan cuatro días en recorrerlo) situado entre dos

os desiertos de montañas rocosas, bajo el sol tropical. Los vientos calientes soplan sobre él y calientan la superficie del agua hasta casi hervir, de modo que sufres un calor húmedo, que es peor que el frío seco.

Una tarde de calma, en pleno mar Rojo, la sirena del barco soltó de repente una serie de pitidos cortos y roncacos, como de cuerno. La tripulación echó a correr por todas partes; todo el mundo dejó lo que estaba haciendo o saltó de la siesta.

¡Era una alarma de incendio!

Con rapidez, pero con calma, cada uno se puso el chaleco salvavidas y se dirigió a su puesto en la cubierta, en tres grupos: niños, mujeres y hombres. Entonces se oyó un estruendo por encima de nosotros (estábamos en la cubierta B, justo debajo de la cubierta A, la de los botes). Era el ruido de los botes al bajar, y en pocos segundos había dos colgando de sus cabos frente a cada grupo de pasajeros, listos para embarcar. Por supuesto, no era más que un simulacro, para asegurarse de que cada cual supiera adónde ir y qué hacer en caso de incendio real o de colisión; pero daba mucha tranquilidad saber que, si llegaba el caso, no habría pánico ni un desastre como el que ocurrió hace poco en América.



Los chalecos salvavidas no le sientan bien a todo el mundo

Fue muy divertido ver qué pinta teníamos algunos adornados con los chalecos salvavidas: ¡no parecen hechos para todas las figuras!



¿Qué posibilidades tengo con un salvavidas de este tamaño?

Salimos del mar Rojo por el angosto estrecho de Bab el-Mandeb y llegamos a Adén.

8. Adén, la puerta de Oriente



ADÉN ME RECUERDA EN CIERTO MODO A GIBRALTAR. DESDE EL barco se ve una montaña rocosa que surge del mar, unida a tierra firme por una franja llana de arena, a modo de cuña.

Pero cuando desembarcas descubres que la «montaña» es en realidad un círculo de precipicios escarpados que encierra una pequeña llanura donde está la ciudad. Esos precipicios son el cráter de un volcán apagado que, si volviera a despertar, se llevaría por delante toda la población.

En Adén no llueve nunca, salvo alguna vez cada siete años, y no hay arroyos ni manantiales. Sin embargo, desde hace más de mil años es un puerto muy próspero y activo, gracias al comercio entre África, Arabia y la India.

¿Cómo crees que consiguen agua sus habitantes?

En la Antigüedad (hay quien dice que en tiempos de la reina de Saba), los nativos se pusieron manos a la obra y excavaron en la montaña numerosas cisternas en la roca, con canales que bajaban desde toda la ladera para que, cuando lloviera, el agua corriera por ellos y las llenara lo suficiente para que la ciudad aguantara unos cuantos años. Hay siete cisternas escalonadas, una encima de otra.

Más tarde, el agua para uso doméstico se obtuvo condensando agua de mar: se hervía hasta evaporarla, y el vapor pasaba por unas tuberías que lo enfriaban hasta convertirlo otra vez en agua, agua dulce, esta vez sin sal.

Hoy el agua llega por una tubería desde tierra firme. Es una gran bendición, y lo que antes era una roca pelada y seca es ahora un jardín de flores y hortalizas.

Recuerdo que, en mis primeros tiempos en Adén, había un jardín público... ¡pero solo existía por la tarde y por la noche! Los árboles y las plantas que lo formaban crecían en tinas metidas en pozos. Pasaban todo el día a la sombra, protegidos del sol abrasador, y cuando refrescaba por la tarde los sacaban y formaban un jardín hasta la mañana siguiente.

Las autoridades intentaron cultivar flores en la ladera, alrededor de las cisternas de piedra, pero no lo consiguieron: el sol podía con ellas. Aun así, pusieron un letrero que estuvo allí durante años: «Prohibido coger las flores». ¡Y no había una flor en millas a la redonda!

Ahora, en cambio, todo va bien, y Adén es un lugar alegre en vez de un enorme montón de arena. Allí encuentras toda clase de razas interesantes: árabes, indios y somalíes (también llamados *fuzzy-wuzzies* por su pelo enmarañado), además de británicos de la Real Fuerza Aérea, comerciantes, marineros y otros.

En la reunión al aire libre había un grupo de scouts indios, más contentos que ningún otro que viera en ninguna parte.



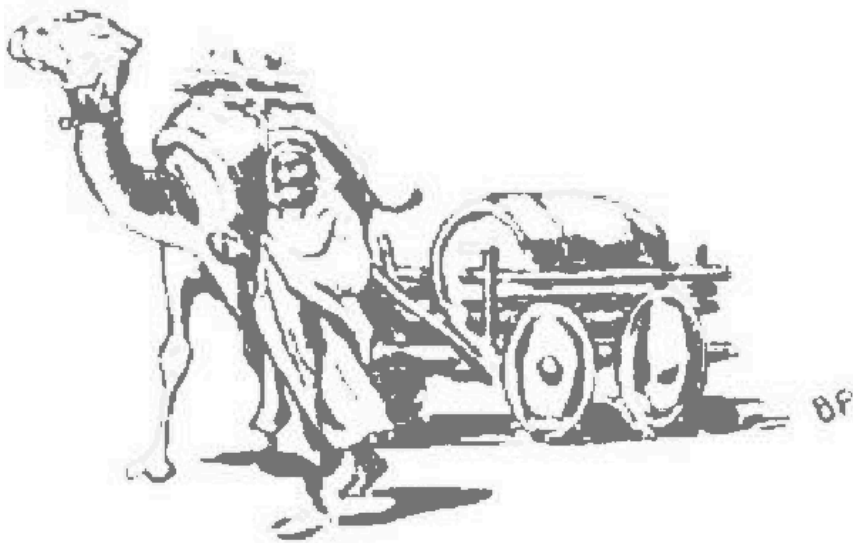
Está contento consigo mismo

En Adén hay muchas cosas que ver. Por ejemplo, carruajes y carros tirados por camellos, que parecen muy fastidiados y molestos de que los traten como si fueran caballos.

En una ocasión se exhibió una sirena en Adén. A juzgar por su aspecto arrugado, yo diría que llevaba muchos años muerta. Y también por su aspecto diría que nunca estuvo del todo viva, al menos con esa forma.

Probablemente era la mitad superior de un mono unida a la cola de un pez grande.

A quien visita Adén siempre le llama la atención ver a los camellos tirando de los carros, y es facilísimo imaginar lo que el camello se dice a sí mismo: «¿Por qué me ponen a hacer este trabajo? ¿Te crees que soy un caballo? ¡Qué mala suerte la mía! Pues no pienso ir más deprisa que una serpiente». Y no lo hace.



Pero los camellos no son los únicos animales de Adén. También hay boy scouts, y son muy interesantes, porque proceden de razas distintas. Además de británicos, hay árabes, somalíes, judíos, chinos e indios, y a todos les sienta bien el uniforme scout. Entre ellos no hablan inglés, pero todos entienden el árabe.

El residente británico en Adén, sir Bernard Reilly, introdujo el Escultismo hace unos siete años, y así fue como ocurrió. Iba en coche por un

pueblo de la India llamado Palampur cuando vio cómo un coche atropellaba a un muchacho nativo. Se formó un corro de gente, pero nadie ayudaba al chico, que se retorció en el suelo llorando.

Sir Bernard detuvo el coche y fue a consolarlo, pero la presencia de un hombre blanco parecía aumentar su terror, y lloraba todavía más fuerte. Entonces otro muchacho nativo salió de entre la gente, tranquilizó al herido y le examinó los brazos y las piernas. Cuando el herido pareció más calmado, sir Bernard lo cogió para llevarlo al hospital junto con el otro chico. El médico lo examinó, no encontró ninguna lesión y dijo que podían llevarlo a casa.

Sir Bernard preguntó entonces al muchacho que lo había ayudado en el rescate adónde debía llevar al herido.

—No sé dónde vive —respondió.

—Pero ¿no eres su hermano?

—No, no lo había visto nunca.

—¿Y por qué has venido a ayudarlo? —le preguntó sir Bernard.

—Soy boy scout, y mi deber es ayudar a los demás cuando están en apuros prestándoles primeros auxilios.

Sir Bernard comprendió que el Escultismo lo practicaban tanto los muchachos indios como los europeos, y cuando llegó a gobernador de Adén convenció a uno o dos buenos hombres del lugar para que pusieran en marcha el Escultismo entre los muchachos nativos de Adén.

Ahora hay seis tropas de scouts y lobatos y dos compañías de girl guides.

En la reunión del otro día, los scouts y los lobatos hicieron una exhibición muy buena. Fueron especialmente interesantes los juegos árabes de los lobatos árabes.

Una tropa no tenía bandera scout y, en lugar de comprarla en Inglaterra, decidieron hacerla ellos mismos. Les quedó tan bien que no pude

inguir la de las que vendemos en nuestra tienda.
¡Qué hábiles son estos árabes!

9. Visitas en Ceilán



ESTA MAÑANA ME HE DESPERTADO EN UN MUNDO NUEVO. A TRAVÉS de las celosías de madera he visto palmeras y bosquecillos de granados, y he oído, al salir el sol, los cantos de los pájaros tropicales en los jardines, que tenía ya tan olvidados.

Es maravilloso encontrarse en Ceilán.

Como solo teníamos unas pocas horas, nosotros —es decir, la Jefa Guía, yo y nuestras dos hijas— decidimos hacer una escapada rápida a Kandy, la antigua capital de Ceilán. Estaba a setenta millas de Colombo, y nuestro barco zarpaba a las seis de la tarde.

Así que, después de un desayuno tempranero, salimos en un buen coche y recorrimos una amplia avenida que atraviesa las afueras de Colombo, con casas agradables rodeadas de jardines igual de agradables a ambos lados.

Pasamos por el elegante ayuntamiento, situado en un parque, y por el gran edificio del Consejo Legislativo. Después cruzamos el barrio nativo, donde las tiendas son locales abiertos en los que se vende toda clase de artículos, europeos y del país.

A esa hora tan temprana, con el fresco de la mañana, la gente parece especialmente atareada. Los coches, los camiones y los autobuses corrían

por las calles, en contraste con los pesados carros de carga tirados por bueyes, los *rickshaws* de hombres que corren entre las varas y las ligeras carretas de dos ruedas, entoldadas o de hojalata, que arrastran pequeños bueyes al trote.

La propia gente era un placer para la vista, con sus ropas pintorescas y llenas de color. Los cingaleses suelen llevar una camiseta o camisa, una falda estrecha de colores y el pelo largo recogido en un moño en la nuca. Por eso los hombres se parecen mucho a las mujeres, que visten de forma similar [...] con los bordes echados sobre la cabeza como una capucha. Los hombres llevan turbantes de varios colores, chaquetas, pantalones bombachos y las piernas desnudas.

Todos juntos forman una multitud muy colorida y sonriente, entre la que pasamos.

Al dejar atrás las afueras, la carretera discurre entre millas de campos inundados de un verde brillante que parecen de hierba alta o de trigo tierno, pero que en realidad son de arroz. El arroz es aquí el alimento principal de la gente. También hay cocoteros por todas partes, con los cocos en racimos entre las hojas, en lo alto de los troncos. Los nativos los bajan pasándose una cuerda floja o una soga alrededor de la palmera y de su propia espalda; apoyándose en ella y empujándose hacia arriba, suben caminando con los pies por el tronco.

Junto a las palmeras hay plataneras con los plátanos colgando en enormes racimos del tallo. Hay papayas, muy parecidas a los melones, que crecen en racimos en lo alto de unas plantas que parecen palmeras más pequeñas. También hay piñas tropicales; los ingleses las llaman *pine-apples*, «manzanas de pino», pero ¿por qué, si se parecen más a una piña de pino que a una manzana?

Hay también árboles de cacao, que no tienen nada que ver con los cocoteros.

En las laderas de las colinas crecen en hileras unos arbustos pequeños cuyas hojas conocemos muy bien: el té. Hay también árboles altos y delgados cuya savia es el caucho. A cada uno se le hace un corte poco profundo en la corteza, por el que mana un jugo espeso y viscoso que cae en un recipiente o en una cáscara de coco colocada allí para recogerlo. Ese líquido se convierte en el caucho con el que se fabrican los neumáticos de los coches, los impermeables y otras cosas útiles.

Además de estas plantas y árboles útiles, en Ceilán hay toda clase de árboles y arbustos de flores de colores vivos. Forman una maravillosa llamarada de color: flores de Pascua con sus brácteas escarlata, con más flores que hojas; granados cuajados de flores, y docenas de otras plantas que componen un paisaje precioso, ¡y todavía más que precioso!

A lo largo de toda la carretera, setenta millas, atravesamos pueblos y paisajes pintorescos.

Vimos también muchísimos elefantes. Se usan para mover los troncos cuando se talan los árboles y también para llevar carga. Son unos animalotes encantadores y muy hábiles. Vimos a uno que jugaba con su cornaca y hacía toda clase de trucos.

En varios sitios vimos cómo bañaban a los elefantes en los ríos. Les gusta tumbarse de lado en el agua, con solo un ojo asomando a la superficie, mientras el cornaca les frota todo el cuerpo con una piedra o un cepillo.

Nuestro conductor nos fue llevando poco a poco hacia arriba, entre colinas boscosas y picos rocosos, donde el aire era más fresco que abajo, en Colombo. Por fin llegamos a Kandy, que antiguamente fue durante un tiempo la capital de Ceilán. Desde allí, en 1815, los británicos se hicieron con Ceilán y se llevaron el trono, como señal de que el reino había dejado de existir y de que la isla pasaba a estar bajo el gobierno de Gran Bretaña.

Hace muy poco, cuando el duque de Gloucester visitó Ceilán, devolvió el trono como regalo del rey Jorge a Ceilán. Este gesto generoso de nuestro rey agradó mucho a la gente de la isla.

En Kandy hay un maravilloso templo antiguo, no muy fino ni muy bello como edificio, pero interesante porque es el lugar más sagrado para los seguidores de Buda. En una pequeña cámara interior se conserva lo que todo buen budista cree que es el diente de Buda. Si de verdad es suyo, debió de ser un hombre colosal, porque el diente mide unas dos pulgadas (cinco centímetros) de largo. ¡Imagínate el dolor de muelas con un diente así!

El diente se guarda en un relicario de oro, o *dagoba*, como lo llaman, metido a su vez dentro de dos o tres relicarios de oro y piedras preciosas.

Una vez al año, el diente recorre la ciudad a lomos de un elefante vistosamente engalanado con gualdrapas bordadas, rodeado de otros elefantes ricamente enjaezados y acompañado por los jefes, con trajes espléndidos, y por bandas de música. Esta *perahera*, como se llama, es digna de verse, y para la ocasión acuden miles de peregrinos de todo Ceilán y de la India.

Muchos de los peregrinos son monjes budistas, llamados *phoongis*. Visten una sencilla túnica amarilla, llevan la cabeza rapada y van descalzos. Muchos jóvenes hacen un periodo de formación como *phoongis*, y durante ese tiempo no pueden tener dinero y tienen que vivir de lo que la gente les da de comer por el camino. Así aprenden la humildad. Como parte de su formación, también deben hacer buenas obras por los demás, igual que los scouts y las guías.

10. Malasia



EN COLOMBO NOS DESPEDIMOS DEL *ORAMA*, EL BARCO QUE NOS había traído desde Inglaterra pasando por Gibraltar, Tolón, Nápoles y Port Said, y luego por el mar Rojo hasta Adén y, por último, hasta Colombo, en Ceilán. El barco iba a seguir directamente hasta Fremantle, en el oeste de Australia.

Pero había otra ruta para llegar a Australia: por Penang, los Estados Malayos, Singapur y Java, y desde allí a la costa norte australiana.

¿Qué ruta habrías escogido tú si hubieras podido elegir?

Exacto. Habrías ido por Penang, porque así verías muchos países interesantes en lugar de pasar semanas en alta mar. Y como en esos países viven scouts, para mí resultaba todavía más interesante.

Así que, después de ver en Colombo la magnífica concentración de scouts y guías (más de cinco mil) y de terminar nuestra estancia deliciosa con los scouts y las guías de Ceilán, embarcamos en otro barco de la naviera P&O (Peninsular and Oriental), el *Corfu*, que se dirigía a Penang, Hong Kong y Yokohama, en Japón.

Los demás pasajeros venían desde Inglaterra, así que al subir a bordo nos sentimos un poco como los alumnos nuevos que llegan al colegio.

ia, en Shanghái o en Hong Kong, tenían muchas cosas interesantes que contarnos sobre esos lugares.

Cada vez hacía más calor, porque estábamos en el trópico (se llama así a cualquier lugar situado a menos de quince grados al norte o al sur del ecuador).

En este barco, como en todos los de la P&O que van hacia Oriente, la tripulación está formada sobre todo por marineros indios, los llamados «lascars», con el contraмаestre y los oficiales blancos.



Un lascar

El calor solo lo notaba de verdad cuando me bañaba. El cuarto de baño se llenaba de vapor y, después, había que refrescarse antes de vestirse

si uno no quería quedarse pegajoso.

Los camarotes se mantenían frescos gracias a unas bolitas metálicas colocadas en el techo. Cada una tenía un orificio en la parte de abajo por el que salía aire frío y, como iban montadas en una especie de portalámparas, las «bocas» se podían girar en cualquier dirección. Así podías recibir el aire fresco dondequiera que te sentaras.

En cubierta hay una gran piscina para bañarse y, en la misma cubierta, toda clase de juegos: se juega al críquet, al tejo, al tenis de mesa, al *bull*, etcétera.

El mar suele estar en calma, con una brisa suave y algún chubasco repentino de vez en cuando.

Llevábamos, pues, una vida fácil y bastante perezosa, pero ¡qué distinto era cuando bajábamos a tierra! Entre las concentraciones de scouts y guías, los actos públicos y los discursos, las reuniones de consejo, los periodistas y los fotógrafos, había más trabajo del que cabe en un día. Ya te imaginarás lo que nos gustaba descansar a bordo siempre que podíamos.

Fue en una mañana triste y gris, con las nubes colgando bajas sobre los picos altos, cuando nuestro barco se deslizó suavemente en el amplio puerto natural de Penang.

Solo estábamos a tres días de Ceilán, ¡y qué cambio! Había pesadas barcasas de madera con velas toscas, uno o dos juncos y los pequeños sampanes de dos mástiles propios de China. Todos llevan ojos pintados en los costados; si no, ¿cómo iba a ver el barco por dónde va?

En el muelle se ve toda clase de gente de Oriente: malayos, chinos, indios... y blancos, o, como decía un anuncio local: «De todas las razas: blanca, negra, morena, amarilla y rosada».

¡Adiós, barco! ¡Adiós, compañeros de viaje! A bordo habíamos tenido una camaradería muy estrecha, hasta el punto de llamarnos por apodos,

pero nos despedimos con un sencillo «Hasta luego, buena suerte» y, salvo unas pocas excepciones, nunca volvimos a encontrarnos en esta vida.

El coche nos llevó por la ciudad, entre grandes edificios macizos de tiendas y bloques de oficinas con soportales profundos y ventanas con persianas por fuera, hasta los barrios de las afueras, donde vive buena parte de la gente. Allí había unos bungalós de dos pisos preciosos, rodeados de césped verde y de un magnífico jardín de flores con palmeras esbeltas y árboles que dan sombra.

Dentro de la casa hay una sucesión de habitaciones de techos altos, sin puertas de verdad pero con muchísimos vanos (mi habitación tiene cinco, sin contar dos ventanales de suelo a techo que dan a un gran porche).

Los vanos se cierran con unas pequeñas puertas batientes, abiertas por arriba y por abajo para que pase el aire. En el techo hay ventiladores eléctricos. Así todo el lugar está ventilado y fresco, cosa necesaria, porque Penang está a solo cinco grados al norte del ecuador y por eso hace mucho calor, un calor muy húmedo.

En un viaje por el interior vimos una sucesión continua de preciosas plantaciones de cocoteros. El coco sirve para producir la copra, que es la carne del fruto y se usa para fabricar aceite y jabón.

También pasamos por plantaciones de plataneras, con sus grandes hojas verdes y planas, de las que cuelgan racimos de plátanos maduros. Puede que dentro de poco te los estés comiendo tú.

Fue una sorpresa llegar al campo de la concentración y encontrar una gran multitud de miles de espectadores reunidos en los cuatro lados de un enorme terreno. Pero me quedé todavía más atónito cuando sonó la llamada scout: desde los costados llegó a la carrera, gritando, una multitud de cientos de scouts y lobatos, hasta mil cuatrocientos, que formaron un

semicírculo a mi alrededor, todos alineados, y de repente: ¡silencio y firmes! Fue una muestra de buena disciplina.

Después hicieron exhibiciones por todo el terreno. Cada tropa hacía algo: encender fuego, danzas, señales, construir puentes, levantar chozas, primeros auxilios, carreras de relevos, etcétera, y todo muy bien hecho. Los scouts eran en su mayoría malayos, chinos e indios; todos estaban despiertos, llevaban el uniforme limpio e hicieron bien su trabajo.

Ya te imaginarás lo contento que me puse al ver que el Escultismo florecía tan bien en los rincones más lejanos del Imperio británico.

11. Más sobre Malasia



ESCRIBO ESTO EN KUALA LUMPUR. ¡QUÉ NOMBRE MÁS CURIOSO! Traducido significa «desembocadura fangosa», porque la desembocadura del río es así. Pero desde el porche sombreado donde estoy sentado no se ve ningún río. Estamos en lo alto de una colina y tenemos una vista magnífica de colinas y valles cubiertos de bosques espesos y de plantaciones de caucho y de palmeras, y todo alrededor se alzan grandes montañas que se ven de un azul oscuro en la distancia.

En el lugar donde estuvimos ayer, Kuala Kangsar, también había una vista maravillosa: un río muy ancho formaba un paisaje encantador, con colinas arboladas en las dos orillas. Malasia es un país precioso, aunque un poco caluroso.

Mientras estábamos allí fuimos a ver el palacio del sultán. Es un palacio precioso, construido en un estilo muy moderno, pero coronado por media docena de cúpulas doradas y pintadas de rosa. Aunque está magníficamente amueblado, el sultán no vive en él: prefiere su viejo bungalow malayo, que está cerca. (Me hablaron de una dama malaya que tenía una cama europea muy fina y hermosa, hecha en Francia al estilo de hace ciento cincuenta años, pero que no la usaba para dormir: ¡prefería tumbarse debajo! Sobre gustos no hay nada escrito).

Y este no es más que el sultán de uno de los estados malayos. Hay nueve estados, cada uno con su sultán y con un residente británico como consejero.

Cuatro de estos estados son británicos: sus sultanes han hecho alianza con el rey Jorge. Se llaman Estados Malayos Federados. Los cinco restantes están bajo protectorado de Gran Bretaña.

Además de estos nueve estados, hay otros tres gobernados por gobernadores británicos, que se llaman establecimientos o colonias. Estas colonias británicas se conocen como los Establecimientos del Estrecho, y son Penang, Malaca y Singapur. (Por cierto, uno de los Estados Federados es Perak, pero cuando hables de él no digas «Perak», sino «Peera»; y Selangor se pronuncia «Slanger»).

Para ir de Penang a Kuala Kangsar, sales de Penang en un vapor y cruzas un brazo de mar de unas cuatro millas (unos seis kilómetros y medio) hasta la estación de ferrocarril de Prai, en tierra firme.

El tren recorre millas y millas de plantaciones de caucho, de selva espesa y de arrozales, de vez en cuando entre montes boscosos y peñascos escarpados. Todo es muy pintoresco, pero húmedo y muy caluroso.

Los arrozales son campos de barro inundados de agua y plantados de arroz. Los nativos no siembran el arroz directamente: lo hacen crecer primero en semilleros y luego trasplantan cada planta, una a una, en el barro para que crezca. Los arrozales parecen enormes campos de trigo tierno, y da la impresión de que plantar un campo así ha de ser un trabajo inmenso.

Sin embargo, los chinos y los malayos se dedican a ello con paciencia y, poco a poco, consiguen plantar toda la cosecha.

Hacen lo que tantas veces te he dicho que es lo correcto: no sueltan el trabajo, aunque a primera vista parezca imposible, y así acaban saliendo adelante.

Recuerda: cuando te encarguen una tarea difícil, no la sueltes hasta conseguirla.

En las plantaciones y en los bosques de Malasia se ven sin cesar pequeñas cabañas muy pintorescas y cómodas.

Están hechas sobre todo de madera ligera, con techos de hojas de palmera, y se levantan sobre pilotes altos, a salvo de las panteras, de las serpientes y de amenazas parecidas.



Casa malaya

Las inundaciones son frecuentes, pero las casas no sufren grandes daños. Aun así, a veces, cuando la corriente es muy fuerte, las casas se ponen a flotar y se las lleva el agua; pero sus vigas principales están tan bien unidas que no se deshacen, y luego cuadrillas de hombres las arrastran de vuelta a su sitio.

No sé si las madres y los niños se quedan dentro durante el viaje; me parece que se suben a la copa de algún árbol, porque los malayos son muy

hábiles construyendo chozas en lo alto de las ramas.

Los malayos son, desde luego, gente muy habilidosa, y los muchachos son excelentes scouts: activos, valientes y llenos de recursos.

Hablando de ingenio, hoy me han contado una astucia muy útil de un scout de Malasia. Estaba en la selva con un compañero y a este le mordió una víbora.

El scout le hizo bien los primeros auxilios: le puso un torniquete por encima de la mordedura para evitar que el veneno pasara a la sangre y le chupó la herida. Luego quiso llamar a otros scouts para que le ayudaran.

Hizo un agujerito en el fondo de una fruta hueca, pasó por él un cordel áspero hecho con una enredadera y, mojándose los dedos, lo hizo correr arriba y abajo por el agujero, que quedaba muy ajustado. Así consiguió un sonido fuerte con el que pudo transmitir en morse a través de la selva.

Otro rasgo bonito de la cortesía de los malayos: cuando un buque de guerra británico llegó a Singapur, el equipo de fútbol malayo organizó un partido contra el equipo del barco. A los malayos les dijeron que no perdieran la compostura por nada del mundo, ni aunque les marcaran un gol o les dieran una patada, y se portaron muy bien. Pero fueron un poco más allá: cuando algún contrario recibía un golpe o resbalaba, los malayos dejaban la pelota e iban a ayudarle. ¡Así de corteses eran!

Unas dos terceras partes de Malasia son montañas y selva, con muy pocos habitantes, y estos son salvajes, llamados sakai. No son belicosos. El arma de sus jefes es una cerbatana de unos siete pies (algo más de dos metros) de largo, con la que lanzan un dardo del tamaño de una aguja de coser, con la punta muy áspera y untada de veneno. Cazan aves y animales pequeños, como ratas, para comérselos, y son buenos cazadores.

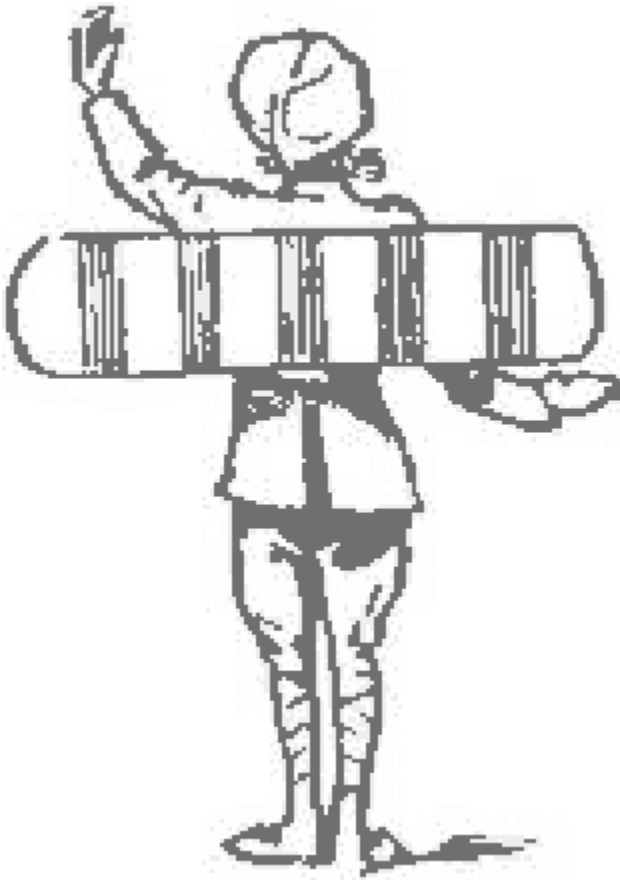
En las grandes selvas hay, por supuesto, multitud de animales salvajes y, aunque no se vean desde el tren, no andan muy lejos.

Nos enseñaron una estación que habían destrozado unos elefantes salvajes, y en otro lugar nos dijeron que en cinco millas a la redonda había muchos tigres, y que las panteras negras y los leopardos se dejan ver a menudo cerca de las ciudades y los pueblos. En el bosque también hay rinocerontes, y en los ríos, cocodrilos, así que Malasia sigue siendo un lugar emocionante para vivir.

Al mismo tiempo, es uno de los países más civilizados. Todas las estaciones a lo largo de la vía están limpias, con plantas frescas y elegantes jardines de flores de colores vivos. Las ciudades están en perfecto orden, con las calles y los caminos limpios y cuidados. Solo encontré un trocito de papel de plata de una chocolatina, mientras que en Inglaterra habría encontrado bolsas de papel, colillas, cáscaras de plátano y, por supuesto, periódicos viejos.

Tenemos algo que aprender de esta gente.

Por ejemplo, los policías que regulan el tráfico en los cruces llevan a la espalda, atravesada, una tabla blanca y negra, de modo que, cuando se dan la vuelta, cierran el paso por detrás y pueden usar las dos manos para dirigir el resto del tráfico.



¡Alto! Un policía de tráfico malayo

Los policías son en su mayoría sijs del norte de la India, tipos muy honrados y barbudos.

12. Java



DOS DÍAS DE NAVEGACIÓN ENTRE UN GRAN CONJUNTO DE ISLAS cubiertas de árboles nos trajeron a Java.

Java, Sumatra, Madura y Bali, junto con parte de Borneo y de Nueva Guinea, están gobernadas por los holandeses, y muy bien gobernadas.

La capital es Batavia, con su puerto, Tanjung Priok, a seis millas, en un terreno llano y bajo muy parecido a Holanda, sobre todo porque lo cruzan canales. Solo le faltan unas vacas blancas y negras y unos molinos de viento para ser igual que Holanda.

No, me equivoco: Holanda no tiene grandes montañas ni picos como los que hay junto a Batavia.

La ciudad de Batavia es encantadora, limpia y espaciosa. Tiene muy pocas calles de grandes edificios, tiendas y oficinas; el resto son anchas avenidas arboladas con grandes bungalós de piedra a ambos lados, rodeados de jardines de flores de colores vivos.

En el centro hay una explanada de césped, abierta, con campos de fútbol y de hockey y otras instalaciones. Allí celebraron su concentración los scouts y las guías, y fue una concentración extraordinaria. Había más de 1500 scouts y 300 guías, todos perfectamente uniformados, igual que en

Inglaterra, con sombrero scout, bordón y exactamente las mismas insignias (y muchas).

Sus caras y sus rodillas no eran del mismo color que las nuestras, porque, aunque había un buen grupo de muchachos holandeses, la mayoría eran javaneses (muy parecidos a los malayos), chinos, indios, mestizos y japoneses. Una buena mezcla, pero todos iban muy elegantes, estaban alegres y bien disciplinados.

Al abrir la concentración izaron con gran ceremonia la bandera británica y la holandesa en dos mástiles, una junto a otra, mientras la banda tocaba nuestro himno nacional y después el de Holanda. Los lobatos hicieron el Gran Aullido, y las haditas también.

Luego algunos scouts, vestidos con trajes típicos, bailaron unas danzas ceremoniales con la música de unos curiosos instrumentos de bambú que sonaban como castañuelas.

Algunos de los muchachos bailaron, o más bien interpretaron sus papeles, de una manera extraordinaria. Me dio pena que terminara esa parte del programa, y después tuvimos un desfile extraordinario, muy bien hecho.



Una danza nacional

La oficina scout es un gran edificio de una sola planta con una terraza alrededor. Allí están la tienda scout, las oficinas y los locales de reunión, todo decorado con mucho espíritu scout. ¿Y sabes qué? Tienen algo que no hay en ninguna de nuestras oficinas: un aparato de radio con el que se pueden enviar mensajes a Australia, a la India y a América. Si esto sigue

así, dentro de poco podremos tener un servicio scout de radio alrededor del mundo. ¿No sería estupendo?

El gobernador general nos invitó a visitarle. Es un funcionario holandés que representa a la reina de Holanda y gobierna todas las islas que rodean Java, que en conjunto se llaman las Indias Orientales Neerlandesas. Tiene un palacio encantador a unas treinta millas de Batavia, rodeado de lo que dicen que son los jardines más bonitos del mundo. Y yo me lo creo.

Todo el país es como un hermoso jardín, y disfrutamos de verdad del viaje de Batavia al palacio. Casi todo el camino está bordeado de árboles que dan sombra, y estaba lleno de gente. Hombres y mujeres llevan unas chaquetas de lino bastante ceñidas. La mitad de los hombres van en bicicleta, y la otra mitad carga bultos colgados a ambos lados de un palo, que llaman *kander*, y que llevan sobre los hombros.

También había carros tirados por caballitos con arneses adornados, que sustituyen a los *rickshaws*, tan usados en Malasia. Y hay pequeños autobuses en los que caben solo cuatro personas apretadas, además del conductor.

Los portadores de *kander* nos dejaron atónitos con los pesos que llevan. ¡Vimos a algunos cargar cuatro cajas, dos a cada lado del palo!

Y a lo largo de todo el camino hay «restaurantes portátiles»: una especie de *kander* que lleva colgado en un extremo un pequeño hornillo donde se cocina la comida y, en el otro, un juego de bandejas con la comida, los platos y las tazas, todo listo para servir a cualquiera que lo pida por el camino.



Visto en Java: un restaurante portátil. Un hombre lleva un portaviandas lleno de comida y un hornillo

El acto empezó con una banda que tocó el himno nacional inglés y después el holandés, y mientras tanto se izaron despacio cuatro banderas: la inglesa, la holandesa, la scout y la de las guías. Fue un detalle precioso hacia nosotros.

Luego pasamos revista a los scouts y los lobatos, y a las guías y las haditas; eran unos mil en total. Iban muy elegantes con sus uniformes y estaban muy disciplinados. Todos los scouts llevaban bordón, por supuesto, y muchos bordones estaban decorados, algunos tallados en la madera.

¿Cómo supe que estaban bien disciplinados?

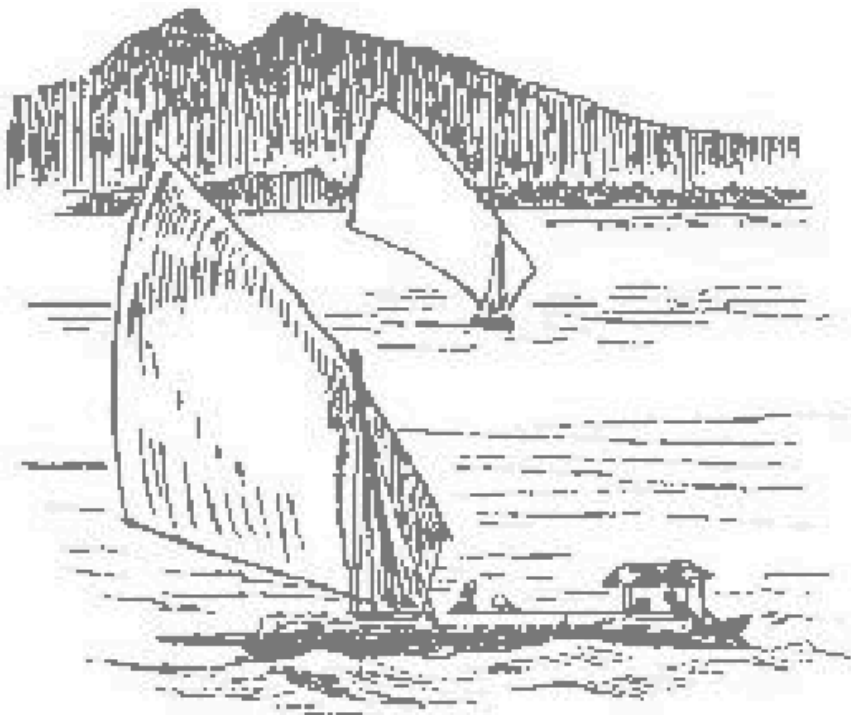
En parte, porque se mantenían muy rígidos en posición de firmes mientras yo pasaba entre ellos; y también porque, después de llegar corriendo a la concentración entre gritos y alboroto, se quedaron en silencio en cuanto se detuvieron al final de la carrera.

Entregué una medalla a una patrulla por ser la mejor de Java ese año. Era el resultado de una gran competición entre todas las patrullas del país.

Esta es la clase de competición que espero que empiece pronto en Inglaterra. Primero compiten todas las patrullas de una tropa para ver cuál es la mejor; luego las patrullas ganadoras compiten entre sí en el distrito; después las mejores de cada distrito compiten para ver cuál es la mejor del condado, y las ganadoras de los condados compiten para decidir cuál es la mejor patrulla del país.

En Java la competición servía para decidir cuál era la mejor patrulla scout en conjunto. Lo que yo quiero, siguiendo el mismo sistema, es averiguar cuál es la patrulla más atlética de Gran Bretaña. Cuando vuelva a casa, ya veremos.

Samarang es un puerto situado a mitad de la costa norte de Java (Java es más o menos del tamaño de Inglaterra y Escocia juntas). Cuando desembarcamos, los dirigentes scouts nos recibieron y nos llevaron a un circuito de carreras de motos, donde se celebró en nuestro honor una concentración de scouts y guías.



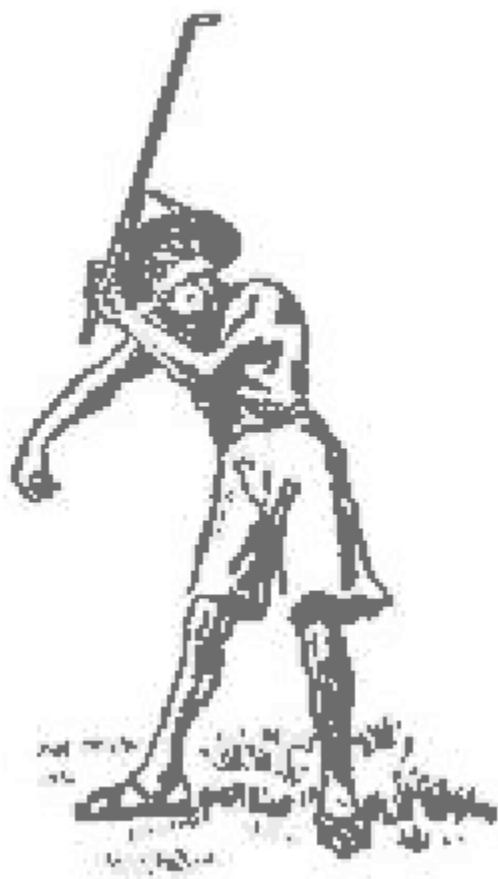
Barcos de Java

En la concentración de Samarang los muchachos me hicieron un regalo pequeño y bonito: una insignia scout tallada con una especie de diablillo, que parece ser el tótem de Java. Al mismo tiempo, el orador dijo que los scouts querían enviar su aprecio y sus mejores deseos a vosotros, compañeros de Gran Bretaña, y a sus hermanos scouts del Jamboree de Australia.

Eran una multitud alegre, ¡y no paraban de gritar! Si hubierais estado escuchando, habríais oído sus gritos desde Inglaterra.

En Samarang vi a muchos hombres que parecían estar jugando al golf, pero sujetaban el palo con una sola mano. Daban un golpe tras otro, pero parecía que o habían perdido la pelota o tenían muchas, porque no paraban de balancearse y golpear.

Como no veía ninguna pelota, pensé que eran como cierto golfista que vivía de huésped en una casa y que jugaba continuamente partidos de golf con sus compañeros, pero nunca tenía pelota. Al mirar más de cerca me di cuenta de que aquel hombre no estaba jugando al golf, sino cortando la hierba, y su guadaña era una pequeña cuchilla en la punta de un palo.



13. Bali

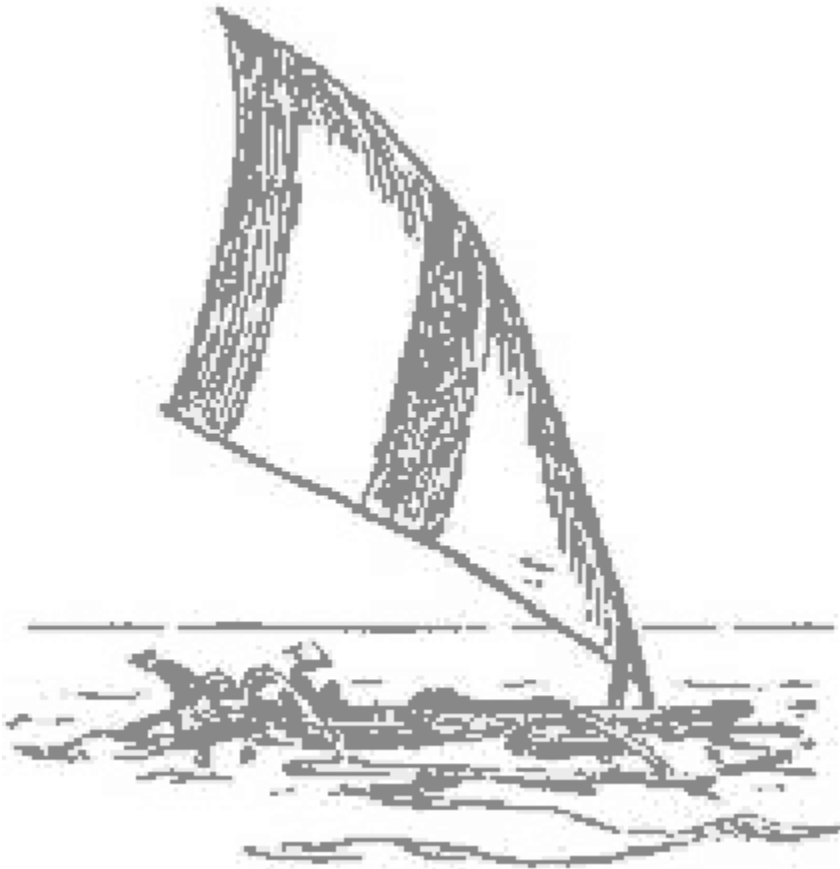


ESTOY SENTADO EN LA CUBIERTA SUPERIOR, EN MANGAS DE CAMISA y pantalón corto, en un rincón donde llega una brisa suave en medio de este calor tropical húmedo. Con los pies apoyados en la barandilla, veo pasar delante de mí uno de los paisajes más bellos que se pueden contemplar en el mundo: la costa norte de la isla de Bali.

Por encima de los bancos de nubes asoman los grandes picos de los volcanes, de 10 000 a 12 000 pies (de 3000 a 3600 metros, más o menos) sobre el nivel del mar. Sus laderas, surcadas de barrancos y grandes valles, descienden con suavidad hasta el mar, densamente cubiertas de selva y cocoteros.

Con el sol que sale y las sombras de las nubes, todo forma un despliegue maravilloso de colores vivos que contrastan: verde dorado y azul rosado. Es, sin duda, una vista bellísima.

Los pintorescos catamaranes de pesca (barcas con dos pequeños cascos unidos), con sus preciosas velas triangulares (con el vértice del triángulo abajo y la base arriba), ponen un toque de vida en el paisaje, mientras que en tierra un templo elegante entre los árboles habla del carácter de la gente de Bali.



Un catamarán de pesca

Son sencillamente agricultores y, a su manera, muy religiosos, aunque su religión es muy distinta de la nuestra: se parece más al hinduismo brahmánico. Rinden culto a ciertos dioses y tienen muchas ceremonias y procesiones; de hecho, se dice que dedican la mitad de su tiempo a trabajar sus tierras y la otra mitad a las procesiones religiosas.

Construyen templos muy bellos, con preciosas esculturas de sus distintos dioses, y cada templo tiene sus propias procesiones, danzas religiosas y representaciones. Para ellas, hombres, mujeres, muchachos y muchachas reciben una formación cuidadosa y se visten con trajes muy hermosos.

Las portadas de algunos templos tienen diseños preciosos y una arquitectura inusual y sin igual.

Los templos suelen tener dos patios: el interior, para los dioses, y el exterior, para que se reúna la gente. También hay cocinas donde la gente puede preparar la comida, normalmente arroz y carne, que se ofrece a los dioses.

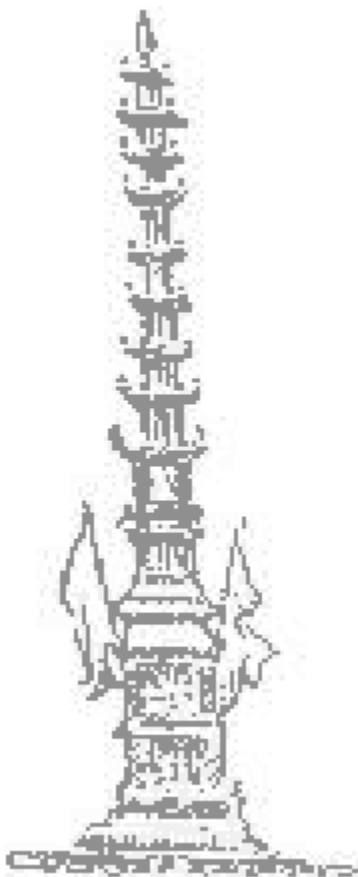
En el patio interior hay pequeños santuarios o cámaras donde los dioses pueden venir a descansar cuando los sacerdotes los llaman. Algunas de estas cámaras se llaman *merus* y tienen varios tejados superpuestos (*toompangs*). El número de *toompangs* es siempre impar: tres, cinco y hasta once en los más sagrados. Es una idea muy parecida a la de las pagodas de China. Se cree que muchos de los dioses viven dentro de las grandes montañas, y las diosas, en los lagos de Bali. Por eso las montañas y los lagos tienen templos dedicados a ellos.

En los templos suele haber altares de piedra y, además, un relicario más pequeño, de oro, para los dioses; una de sus funciones es proteger un templo concreto. A estos relicarios lleva la gente sus ofrendas.

Cuando hacen ofrendas a sus dioses, las mujeres se ponen sus antiguos trajes tradicionales, con todas sus joyas y amuletos, y llegan en una larga procesión en fila india, cada una con un regalo. Es un espectáculo vistoso y pintoresco que avanza hacia el templo. Después de dejar su ofrenda en el altar, celebran una ceremonia de homenaje de rodillas: cogen flores sagradas con las manos y toman tres sorbos de agua bendita.

Cuando termina la ceremonia, los hombres se van a ver las peleas de gallos, que les gustan tanto como a nuestros hombres los partidos de fútbol. Si un gallo cae derribado por su rival, el árbitro deja caer agua gota a gota en un coco: si el coco se llena antes de que el gallo se levante, se le da por vencido.

En el templo y en otras fiestas hay mucha música de *tom-toms* (una especie de tambores) y de gamelanes (instrumentos de bambú hueco), danzas populares y representaciones históricas.



Torre fúnebre, que se lleva a hombros y al final se quema

¡Sí! Me fui de Bali con mucha pena. Este país y su gente son lo mejor de toda una serie de lugares y personas encantadores que visitamos en el Lejano Oriente, y fue lo último que vimos en el horizonte cuando nuestro barco puso proa al sur, rumbo a Australia.

El *Marella*, el barco que nos lleva desde Singapur por Java hasta Darwin y Australia, no hace otra cosa que ir y venir por esta ruta; no va a Ing-

latera. Por eso conoce bien el camino a través de la maraña de islas que forman las Indias Orientales Neerlandesas. Es un barco australiano, lo que significa que los oficiales, los maquinistas, el médico y los sobrecargos son australianos, pero los camareros son chinos, la tripulación es en su mayoría malaya y los fogoneros son indios. Una buena mezcla, ¿verdad?

Pero todos son hábiles en su trabajo. Los indios son los mejores para aguantar el calor de las bocas de las calderas, el humo sofocante y el polvo de las carboneras; y los malayos, cuyos abuelos fueron los piratas más temerarios del mundo, son marineros de primera. De hecho, nuestro capitán dice que su timonel es el mejor que ha tenido, mejor que cualquier hombre blanco que haya conocido en esta línea.

Tendrías que ver a los indios cuando terminan su turno en las calderas: suben empapados, sudorosos y negros de polvo de carbón. En muy poco tiempo se han lavado y se han puesto ropa limpia. Entonces cada uno trae su estera, vuelve a cubierta, se arrodilla de cara a La Meca y reza largas oraciones a Dios. Impresiona mucho ver a estos indios, de aspecto pobre y humilde, más fieles a su religión, creo yo, que los hombres de nuestra raza, que no tenemos costumbre de arrodillarnos a rezar en público.

Y los camareros chinos que se ocupan de nuestros camarotes, nos arreglan la ropa y nos sirven la comida son unos sirvientes limpiísimos y de lo más atentos. Y siempre misteriosos. He estado escribiendo y he dejado en la mesa cartas que había empezado a contestar, dibujos a medio terminar, plumas, lápices y tinta china, todo abandonado. Al volver lo encuentro todo limpio y en su sitio, y las cosas del té preparadas. Después del té salgo unos minutos y, cuando vuelvo, han retirado el servicio del té y, en su lugar, exactamente como los había dejado, están mis lápices, la tinta china, mis cartas y mis papeles, todo colocado con cuidado. El primer día a bordo me puse un terrón y medio de azúcar en el té. Mi «muchacho»

chino, como lo llamábamos, se fijó, y desde entonces, cada vez que me traía el té, le ponía un terrón y medio. Así se fijaban en las cosas y las recordaban. ¡Todo un ejemplo para los scouts!

Esto me recuerda a aquel muchacho americano a quien el presidente de los Estados Unidos preguntó si podía llevar una carta a García, el jefe de los rebeldes de Cuba. Parecía un encargo casi imposible.

Pero el muchacho cogió la carta, dijo «Sí, señor» y salió del despacho. No preguntó cómo iba a llegar a Cuba, ni cómo iba a encontrar a García una vez en la isla; se limitó a decir «Sí, señor» y se fue.

Unos meses después se presentó ante el presidente y le dijo:

—Buenos días, señor. Le he entregado su carta a García.

Y ya se marchaba cuando el presidente, asombrado, lo llamó y, a fuerza de preguntas, se enteró de cómo se las había arreglado para conseguir pasaje a Cuba, cómo había atravesado la selva en medio de un país enemigo y peligroso hasta llegar por fin ante García y entregarle la carta, y cómo luego había tenido que volver a los Estados Unidos. Pero, hasta que no le obligaron, no dijo ni una palabra de cómo lo había conseguido. Hizo lo que le pidieron: le quitó el IM a la palabra IMPOSIBLE. Ese muchacho es justo mi idea de un buen scout.

Los camareros chinos vienen de Hainan, pero a bordo hay otro grupo de chinos. Estos trabajan a las órdenes del jefe de máquinas: son electricistas, mecánicos, carpinteros, fontaneros, etcétera. Vienen de Cantón y son trabajadores excepcionalmente limpios y llenos de recursos. Muchos de los dos grupos llevan años sirviendo en el barco. Son buena gente y muy trabajadores.

14. ¡Ah, Australia!



SEGURAMENTE HABRÁS OÍDO HABLAR DEL MAR DE TIMOR A LOS viajeros que van de Europa a Australia. Pero el nombre no es correcto: el mar que se cruza entre Java y Australia es en realidad una parte del océano Índico; el mar de Timor es un trocito de mar al norte de él, encerrado entre la isla del Sándalo, Timor y Flores.

Mira tu mapa. Este brazo del océano Índico suele ser un trozo de mar detestable para los navegantes, con tormentas frecuentes y vientos contrarios, y tiene fama de ser la peor parte del viaje de Inglaterra a Melbourne. Cuando los viajeros avisan de que han llegado sanos y salvos a Darwin, en la costa norte de Australia, sus amigos ya pueden quedarse tranquilos.

Nosotros estamos cruzando este mar en nuestro barco, camino de Darwin, y no hemos tenido ni una tormenta ni un chaparrón desde que salimos de Bali. Vamos a ver qué marca ahora el termómetro de mi camarote, a las siete de la mañana: ¡89 grados! Bueno, 89 grados Fahrenheit (unos 32 °C) es más o menos el calor que a veces tenemos en Inglaterra; si es seco, se soporta muy bien, pero cuando es húmedo parece el doble.

Cuando subí a cubierta esta mañana para hacer mis ejercicios de gimnasia, encontré un ambiente muy caluroso y húmedo. Soplaban una brisa ligera del sur, pero el aire que levanta el propio barco al avanzar le venía de

frente y la frenaba, así que en cubierta no había aire que refrescara. Me quité la ropa para hacer los ejercicios y tuve que esperar mucho rato a dejar de estar pegajoso para ponerme otra vez la camiseta.

Después del baño he estado casi media hora sentado bajo el ventilador para refrescarme lo bastante como para vestirme, y eso que solo llevo camisa, pantalón corto y zapatos. Y mientras, supongo que vosotros, en casa, estáis disfrutando de un fresquito agradable.

A lo largo de millas de horizonte se extiende una costa larga y plana, una playa con un bosque verde oscuro detrás, millas y millas de lo mismo sin ninguna interrupción. Delante de nosotros se ve un pequeño grupo de edificios. Eso es Australia.

Doblamos un promontorio boscoso y nos encontramos en una pequeña bahía con un malecón, mientras que entre los árboles, en una meseta alta que domina el paisaje, asoman los tejados de la ciudad y la parte alta de la Casa de Gobierno, con la bandera azul de Australia ondeando en el mástil.



Darwin

La escena no se parecía en nada a lo que yo esperaba. Durante mucho tiempo me había imaginado Darwin como una calle desperdigada de chabolas de chapa en medio de un desierto abrasado por el sol. ¡Mi idea se vino abajo! En su lugar había una loma verde y boscosa coronada por

bungalós agradables. En cuanto nuestro barco se deslizó despacio junto al malecón vimos, para nuestra sorpresa, una tropa de scouts muy elegante, con la bandera scout y su jefe al frente, y junto a ellos una patrulla de guías. ¡Todos alegres y muy bien uniformados!

En todos los lugares que hemos visitado durante el viaje, salvo en Nápoles, en Italia, nos han estado esperando nuestros hermanos scouts: Gibraltar, Tolón, Port Said, Adén, Colombo, Penang, Kuala Kangsar, Kuala Lumpur, Singapur, Batavia, Samarang, Surabaya y ahora Darwin.

Era agradable encontrar hermanos scouts en todas partes, pero era todavía mejor ver nuestra Union Jack ondeando en tantos lugares del mundo: en Gibraltar y Malta, en Port Said y Adén, en Colombo, Penang y Singapur, y ahora aquí, en el continente austral de Australia. ¡Es maravilloso!

Y la lista no está completa, porque después la veremos ondear en Nueva Zelanda, Rarotonga, la Columbia Británica, Canadá y Terranova, y así por todo el mundo, sin contar las muchas colonias británicas, la Unión Sudafricana y las Indias Occidentales. ¡A qué imperio pertenecéis, scouts!

Darwin es la capital del Territorio del Norte de Australia, pero, aparte de unas pocas millas de terreno a su alrededor, está separada del resto de Australia por miles de millas de desierto pelado, rocoso y sin agua. En Darwin y en los territorios vecinos hay unas 2000 personas blancas y otras tantas de nativos negros o aborígenes (llamados, para abreviar, «abos»). Los blancos trabajan en las minas de oro o en el ferrocarril, que recorre trescientas millas y termina en un punto muerto. Algún día se unirá a la línea que sube hacia el norte desde Australia Meridional por el centro del continente.

Como sabes, Australia es una isla, pero una isla tan grande que es un continente, como África, solo que rodeada de agua. ¿Conoces esta adivin-

anza? ¿Cuál era la isla más grande del mundo antes de que se descubriera Australia? La respuesta correcta es: «Australia».

Si recorres Darwin, ves tres calles de bungalós de una planta, tiendas, oficinas y edificios del gobierno, y además los bungalós residenciales en sus parcelas valladas.

Pegado a la ciudad había un poblado grande de casas blancas y limpias, cerrado por una cerca. Es la reserva donde viven los abos. Más allá había una gran fábrica, pero, pobrecita, estaba parada. Había sido una planta de envasado de carne en la que, durante la guerra, se traía ganado del monte, se sacrificaba y se congelaba para abastecer a las tropas australianas del frente. Por desgracia, hoy no hay mercado para tanta producción que permita pagar los altísimos costes de esta gran industria.

Los bosques que rodean Darwin durante millas y millas llegan hasta muy cerca de la ciudad, así que, cuando llevaron a nuestras hijas a dar un paseo corto en coche, disfrutaron viendo canguros y ualabís (una especie de canguros pequeños) correr y saltar por el campo.

Se dice que Darwin, que es un lugar muy caluroso y húmedo, tiene como principales importaciones muchos barriles de cerveza y pioneros con los bolsillos vacíos, y como exportaciones, pioneros ricos y barriles de cerveza vacíos. Nosotros llevábamos en el barco un buen cargamento de ellos.

En el interior, detrás de Darwin, cientos de millas hacia el sur, hay grandes ranchos de ganado en las zonas donde hay buenos pastos y agua. Los ranchos son enormes: el mayor es casi del tamaño de Inglaterra. Un amigo mío tiene uno del tamaño del condado de York.

Con el ganado suelto por un terreno de semejante tamaño, ya te imaginarás que solo se puede vigilar en parte. Por eso los ganaderos lo completan reuniendo el ganado con vaqueros una vez al año y marcando a los animales con sus iniciales con un hierro candente.



Ir a la escuela en Australia

Cuando quieren vender, los dueños contratan vaqueros profesionales para llevar la manada hasta el puerto, donde se sacrifican los animales, se guarda la carne en cámaras frigoríficas, se embalan las pieles y la grasa se convierte en sebo para exportar. Estos vaqueros tienen sus propios caballos y su equipo de acampada, porque tienen que conducir el ganado durante cientos de millas. Por ese trabajo cobran una cantidad por cada cabeza entregada al final.

El trabajo en el campo y la conducción del ganado son muy duros con este calor, y los hombres blancos necesitan salir de vez en cuando para rec-

uperarse y sentirse bien.

A bordo va un hombre joven que llegó aquí hace unos pocos años como novato e hizo toda clase de trabajos en un rancho, como limpiar o cocinar. No se conformó con hacer eso toda la vida: se preparó para ser vaquero y demostró ser tan capaz y tan experto que llegó a administrar todo un gran rancho. Fue un ascenso rápido para alguien tan joven, pero demuestra lo que puede conseguir un muchacho si trabaja duro y es de fiar para cumplir con su deber sin que nadie tenga que dirigirle.

15. Las costumbres de los «abos»



ESTAMOS CRUZANDO EL GOLFO DE CARPENTARIA, QUE VA DE LA melena del león a la punta de la oreja del conejo. ¿Te he contado alguna vez cómo dibujar un mapa de Australia? Es un truco útil por si te lo piden en un examen de geografía.

Dibuja una cabeza de conejo mirando al este y una cabeza de león mirando al oeste; añade un poco de col para que se la coma el conejo (eso es Tasmania), y ya tienes Australia.



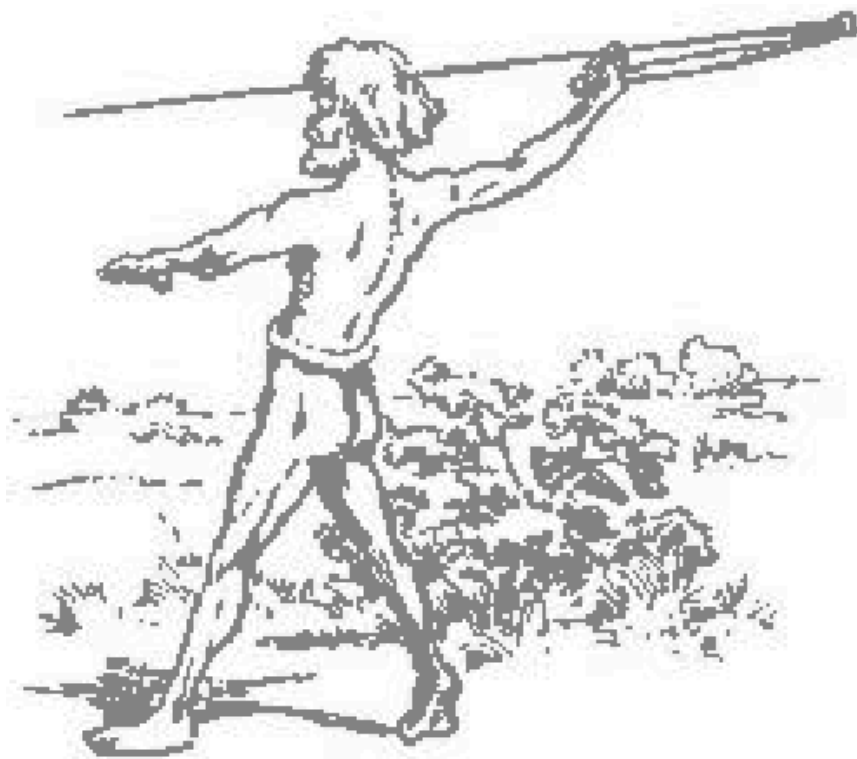
El león y el conejo: el mapa de Australia

Para que te hagas una idea del tamaño del país: hemos tardado dos días y medio en ir de Darwin a la isla Thursday (isla del Jueves), lo mismo que se tarda en ir por mar de Londres a Lisboa.

En la parte baja del golfo hay un grupo de islas habitadas por los abos, como se llama a los aborígenes de Australia.

Estos aborígenes son completamente salvajes, gente sin instrucción que no sabe nada de nuestra civilización y que vive casi como los animales, aunque no del todo. Tienen sus propias leyes y costumbres. No tien-

en una religión propiamente dicha, pero creen que tienen «un cuerpecito dentro del cuerpo». Son muy ingeniosos para fabricar trampas y armas con los materiales que encuentran a mano. En ese sentido son scouts ingeniosos, y más aún en su manera de acechar y de cazar.



Los abos son cazadores ingeniosos

Ya os he contado muchas veces cómo enseñan a los niños a seguir el rastro de los lagartos en el barro hasta dar con sus escondrijos bajo las piedras o en las grietas del suelo, porque para un pequeño abo un lagarto es tan rico como una onza de chocolate para su hermano europeo.

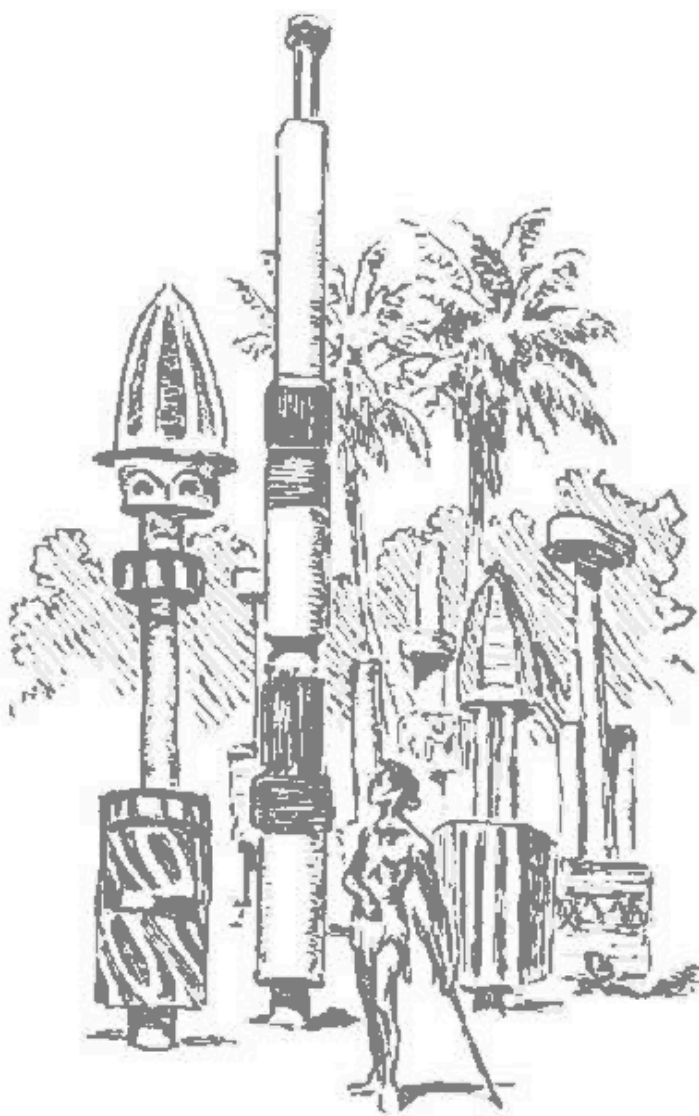
Cuando muere un abo, su entierro es ocasión para un gran *corroboree*. En el entierro gritan y pisotean el suelo alrededor de la tumba, pero la gran ceremonia no llega hasta cuatro meses después, cuando acuden sus amigos y los vecinos de otras tribus. Aunque las tribus vecinas no se lleven bien, o incluso sean enemigas, en ese momento se unen y vienen juntas a disfrutar del *corroboree*. Para prepararlo, la tribu del difunto corta y pinta un gran número de postes preciosos de distintas formas, con dibujos y motivos de colores, y los colocan a poca distancia de la tumba.

Los *corroborees* empiezan después de la puesta del sol, con hogueras encendidas alrededor. El señor Wingham, de Darwin, describe así cómo se celebran:

«Entre grandes gritos, los nativos salen de su campamento, todos pintados y con sus lanzas, y forman un círculo en cuyo centro arde un pequeño fuego.

»Entonces empiezan a cantar en voz baja; el canto va subiendo de volumen, acompañado de palmadas en los muslos, y termina con un grito fuerte. Mientras tanto, un nativo ha salido del círculo y baila atravesando el fuego.

»Después de un rato así, rompieron el círculo y, con grandes gritos, corrieron hacia los postes funerarios (que habían colocado antes en semicírculo) y arrojaron sus lanzas contra ellos. Luego volvieron a formar un círculo, y el *corroboree* siguió durante varias horas de la noche. Al cabo de un tiempo se cansaron y se fueron a sus campamentos, y volvieron ya de día para continuar el *corroboree* junto a los postes. Tras bailar un rato, arrancaron los postes y los llevaron hasta la tumba, donde habían cavado hoyos, y los clavaron en círculo. Allí, junto a la tumba, empieza otra vez el *corroboree*: los nativos lloran en voz alta, se golpean a sí mismos y muestran su dolor por el compañero muerto».



Los postes funerarios de un abo

cubierta de árboles pequeños, con un pueblo de entre 100 y 150 bungalós, tiendas, oficinas y dos iglesias.

Cuando entramos en la bahía que forma el puerto, estaba llena de embarcaciones preciosas, como yates. Era la gran flota de pescadores de perlas que tiene aquí su base. Las conchas, aunque no tengan perlas, son valiosas, y se recogen del fondo del mar. A los pescadores los llaman «buzos de piel», porque bajan con su propia piel y no con escafandra.

Se limpian las conchas y las ostras se guardan para comerlas; las conchas se meten en sacos y se envían a Japón para hacer botones. Eso fue lo que me dijeron, pero me cuesta creer cuántos botones se pueden hacer, o se necesitan, ni cómo pueden alcanzar semejante precio: una tonelada de conchas, unos diecisiete sacos, vale más de 80 libras.

Cuando atracamos en el muelle, encontramos formados, con una pancarta de bienvenida, a ciento ochenta scouts y guías, pero vestidos de colores vivos: los scouts llevaban faldas escarlata en lugar de pantalón corto. Era un gran cambio respecto a lo que estábamos acostumbrados, pero un buen cambio.

Los nativos de estas islas son muy distintos de los abos de tierra firme. Son gente despierta e inteligente, y entre ellos hay excelentes scouts. Pero no están acostumbrados a llevar pantalones, ni largos ni cortos: su traje nacional es el *lava-lava*, una especie de falda de lino. Así que los scouts, que van descalzos, llevan un *lava-lava* escarlata, cinturón scout, camisa y pañoleta y un bordón, pero no sombrero, porque tienen el pelo tan rizado y tieso que no se les sujetaría.



Un boy scout del estrecho de Torres

Había una pequeña tropa de scouts y lobatos blancos con el uniforme normal, y una tropa nativa de scouts marinos, también con el uniforme reglamentario. Por estatura y fuerza, estos scouts marinos eran los mejores que he visto nunca: muchachotes fortísimos, todos de más de seis pies (más de 1,80 metros) y de complexión robusta.

El comisionado scout me dijo que eran buenos marinos.

Me asombra pensar que hace solo cincuenta años, cuando yo era subalterno en mi regimiento, la gente de estas islas vivía en guerra continua, unos contra otros, ¡y se comía a los muertos! Y míralos ahora: pacíficos y bien educados, leales súbditos del rey y buenos scouts.

Mi hija Heather, que me hacía de secretaria, escribió una crónica de las actividades de los scouts. Esto es lo que contaba:

«Una tropa de nativos de la isla de Mabuiag hizo una demostración excelente de señales con semáforo, con banderas de colores vivos. Transmitieron su mensaje de bienvenida con señales y luego se arrancaron a cantar: cantaban el alfabeto y, al mismo tiempo, transmitían las letras a gran velocidad.

»Una tropa de scouts marinos hizo una demostración de ejercicios con pesas. Eran scouts marinos altos, fuertes y morenos, la mayoría de más de seis pies, con el pelo tan rizado que los sombreros del uniforme apenas se les sostenían encima.

»Después de esas exhibiciones vinieron las danzas nativas, que les encanta representar y que hacen de maravilla.

»Un cerdo negro con *lava-lava* hozaba en la arena buscando algo de comer. En el horizonte aparecieron dos cazadores con lanzas, cada uno con un perro pegado a los talones. Los cazadores acariciaron a sus fieles aliados y luego se sentaron en el suelo para pensar con calma y planear el ataque, porque querían cobrar la presa.

»Los perros olfatearon al cerdo y salieron tras él en zigzag, con el hocico pegado al suelo, moviendo las patas en una persecución frenética y levantando nubes de polvo. Alcanzaron al cerdo y lo revolcaron, y los cazadores llegaron corriendo y lo alancearon. Luego se lo llevaron colgado boca abajo de las lanzas, que cargaban al hombro.

»A esta representación siguió la Danza de la Rana, que bailaron unos muchachos venidos de la isla de los Cocos. Toda una tropa de scouts ranas, grandes y pequeñas, apiñadas, llegó dando grandes saltos por el suelo arenoso a toda velocidad, cada uno agarrado del cinturón del que tenía delante para no perderse con tanto bote. Se balancearon en un gran círculo y luego se marcharon saltando por donde habían venido.

»Después hubo otra danza, o más bien otra cacería, porque esta vez se cazaba un canguro. Estaba sentado tranquilamente sobre las patas traseras, mordisqueando y cogiendo cosas del suelo con las patas delanteras, y moviéndose despacio de un lado a otro con saltitos perezosos. No se dio cuenta de que dos cazadores se le acercaban por detrás. Avanzaban en silencio y con cuidado, vestidos solo con un taparrabos rojo, armados con lanzas, pisando ligeros la arena de puntillas, con las rodillas medio dobladas y el trasero hacia fuera. Entonces alzaron las lanzas por encima de la cabeza, listos para atacar; marcaban el compás con los pies, avanzaban y retrocedían, hasta que por fin se lanzaron sobre el canguro despistado.

»Estaban tan entusiasmados con el éxito de su cacería que, al son de su acompañamiento musical (un tambor hecho con una olla, ayudado por una lata de aceite), bailaron una danza rápida y rítmica, con el cuerpo erguido, las rodillas y los pies hacia fuera, y poniendo todo el rato las caras más espantosas que se puedan imaginar.

»Aquí, en la isla Thursday, esta danza en concreto hizo reír mucho, porque era una imitación de sus vecinos, los abos, que cazan canguros de verdad en tierra firme».

16. Townsville



PARA NOSOTROS, TOWNSVILLE ES EL COMIENZO DE LA AUSTRALIA civilizada. Es una de las ciudades más septentrionales de Queensland. Nos dio mucha pena terminar aquella parte del viaje que nos había puesto en contacto con los cingaleses en Ceilán; con los malayos, chinos, indios y japoneses en Malasia; con los javaneses en Java; con los aborígenes australianos de Port Darwin, y con los isleños del estrecho de Torres y de la isla Thursday. Ahora dejamos todo eso atrás y llegamos a la Australia propiamente dicha, para disfrutar de nuevo del gozo de encontrarnos con nuestros hermanos australianos, que son también súbditos del Rey como nosotros.

En Australia hay muchos *swagmen*. ¿Qué es un *swagman*? En realidad es un vagabundo o un trotamundos, un hombre que recorre el país a pie con su *swag* cruzado sobre los hombros: el hatillo con todas sus cosas. El *swag* suele consistir en una muda de camisa, los calcetines y zapatos que tenga, todo enrollado en su manta, o su *bluey*, como la llaman en Australia, y, por supuesto, sus cacharros para cocinar y su hacha. (*N. del T.: se conserva la palabra inglesa, que puede traducirse también como «botín» o «guirnalda»; conviene tener en cuenta estos sentidos para entenderla bien.*)



Un swagman

Townsville es una ciudad muy extensa, a orillas de una bahía inmensa rodeada de montañas: un lugar precioso.

No tuvimos tiempo de desembarcar, pero los scouts y las guías fueron tan amables que cogieron una lancha y vinieron a vernos a bordo. Nos trajeron muchas flores preciosas y fruta: plátanos, papayas, mangos y hast-

a una variedad inglesa de manzanas. También me regalaron un collar hecho con goma de eucalipto, aunque normalmente no llevo collares.

Mientras estábamos fondeados, mis «secretarias» y otras personas echaron anzuelos, y todos confiaban en que su habilidad les permitiría pescar un tiburón. Es verdad que solo sacaron uno pequeño, de 3 pies (casi un metro) de largo, pero era un tiburón, un tipo con una cara muy desagradable.

En estas aguas abundan los tiburones, los cocodrilos y las serpientes venenosas. Aunque las amplias playas de arena y el agua clara y fresca invitan a bañarse, el único sitio donde puede hacerse sin peligro es en alguno de los muchos lugares de baño que están cercados para dejar fuera a semejantes visitantes.

Uno suele pensar que los cocodrilos solo viven en ríos de agua dulce y en pantanos, pero aquí, en Australia, también se encuentran en el agua salada de las desembocaduras. Son bestias feas, además de agresivas y terriblemente astutas.

Hace poco leí una historia sobre un cocodrilo que vivía en un río de esta parte de Australia. En la orilla vivía una familia con niños que iban todos los días a la escuela, a unas cuatro millas (más de seis kilómetros), en una barca. Remaban ellos mismos: por la mañana llegaban hasta la escuela, amarraban allí la barca y por la tarde volvían remando a casa.

Un día vieron que un cocodrilo horrible nadaba detrás de la barca en cuanto se pusieron en marcha. Al día siguiente, allí estaba otra vez. Así que al otro día cargaron la barca de piedras y, cuando el cocodrilo empezó a seguirlos, los chicos lo apedrearon.

Pero eso no lo detuvo. Un día, cuando los alumnos ya estaban reunidos a la puerta de la escuela, se armó un tremendo alboroto.

El maestro salió corriendo y vio a los chicos remando como locos hacia la orilla, perseguidos por el enorme y horrible hocico del cocodrilo.

No esperaron a llegar al embarcadero: dejaron la barca en el banco de arena más cercano y saltaron todos a tierra, menos uno.



Una bella sonrisa: jera el cocodrilo!

La hermana mayor, una muchacha de unos trece años, se quedó en la barca. El cocodrilo apoyó la cabeza en la borda para atraparla, y ella le golpeó con un remo con todas sus fuerzas. Pero él se acercó todavía más.

Cuando puso las patas delanteras sobre la barca, la borda, naturalmente, se hundió, y la valiente muchacha cayó muy cerca de aquellas terribles mandíbulas. Aun así, consiguió mantener el equilibrio y escabullirse antes de que la atrapara.

Esto te enseña lo agresivos que pueden llegar a ser estos cocodrilos. Ahora los chicos prefieren ir andando a la escuela en vez de en barca. ¿Te extraña?

17. Brisbane y Sydney



CUANDO TE ACERCAS A BRISBANE, LA CAPITAL DE QUEENSLAND, la costa se ve baja y llana, cubierta de selva, pero al fondo asoman tres o cuatro montañas llamadas Glasshouse Peaks. Cada una de ellas es una tentación para cualquier montañero, que querrá llegar a la cumbre. ¿No te gustaría intentarlo si las vieras? A mí no me entusiasma mucho escalar, pero estoy seguro de que, si hubiera estado en tierra y no a bordo, habría subido a alguna.

Aparte de estos picos, la llegada a Brisbane es muy agradable. Se remonta un ancho río entre campos llanos y verdes a ambos lados, con grandes fábricas y bungalós de las afueras, hasta llegar a una zona de colinas cubierta, a lo largo de muchas millas, de bungalós de tejados blancos.

La ciudad propiamente dicha tiene unas pocas calles con edificios grandes y bonitos, y detrás de ellos, en todas direcciones, se extienden los barrios de las afueras a lo largo y a lo ancho.

Cuando nuestro barco atracó en el muelle, salieron a recibirnos tres elegantes lanchas guardacostas. Pertenecían a los scouts marinos. No solo eran suyas y las tripulaban ellos, sino que también las habían construido y aparejado ellos mismos.

En la ciudad tuvimos una reunión con unos chicos estupendos, alegres y honrados, pero solo eran trescientos, porque empezaban las vacaciones de Navidad: muchos se habían ido de vacaciones con sus padres y un gran contingente había salido hacia el sur para participar en el Jamboree de Melbourne.

Además de los scouts, en Brisbane vimos otras criaturas encantadoras: los koalas, u osos de los árboles, que estaban en un zoológico privado a unas cuatro millas de la ciudad. Son exactamente como ositos de peluche, muy tranquilos y amigables. ¡Unos amiguitos adorables!

Mientras jugábamos con ellos, de repente oímos un chillido muy fuerte, seguido de una estrepitosa carcajada. Venía de lo alto del árbol que teníamos encima, y no era ningún chico maleducado, sino un gran martín pescador: un *kookaburra* australiano, o «burro que ríe».

Cuando llegas a Sydney, la capital de Nueva Gales del Sur, desde el mar ves unos altos acantilados que parecen una muralla continua delante de ti, hasta que se abre el canal entre dos promontorios escarpados llamados The Heads y entras en un gran puerto rodeado de tierra.

Hace dos años, el buque gemelo del nuestro intentó entrar en este puerto en medio de una niebla espesa y chocó contra las rocas. Todos los pasajeros formaron en cubierta y subieron a los botes salvavidas tal como les habían enseñado en el simulacro de alarma semanal.

No hubo confusión ni se perdió ninguna vida. Es más: nuestra camarera, que era camarera de aquel barco cuando naufragó, se las arregló para sacar fotos de los pasajeros mientras iban hacia los botes y subían a ellos. También tiene fotos del barco encallado en los arrecifes y de lo que quedaba de él cuarenta y ocho horas después, cuando el mar partió por la mitad aquel precioso barco y lo hizo añicos.

Cuando el capitán Cook, el explorador, pasó navegando frente a los Heads, no se dio cuenta del gran puerto que había detrás. Lo mismo le

ocurrió a sir Francis Drake, que pasó de largo ante un lugar muy parecido, al que llamó Golden Gate y que da acceso al gran puerto cerrado de San Francisco. El vigía del capitán Cook, el alférez Jackson, le informó de que habían dejado atrás una ensenada, así que Cook la anotó en el mapa como Port Jackson, que sigue siendo hoy el nombre del puerto de Sydney.

Nueve millas más al sur, el capitán Cook encontró otra pequeña bahía y, por la gran cantidad de flores que crecían en la orilla, la llamó Botany Bay. En su informe la describió como un lugar agradable para fundar un asentamiento.

Más tarde, lord Sydney, ministro del Interior, quiso establecer en ultramar un lugar adonde mandar a los presos condenados «a ser deportados» (*N. del T.: es decir, desterrados*). En aquella época las penas eran muy duras: por robar una oveja se podía ahorcar a un hombre, y a los ladrones y autores de delitos menores se los podía deportar. (Me imagino que alguno de vosotros habrá visto el viejo cartel del puente de Dool, en Dorsetshire, no lejos de la isla de Brownsea, que avisa de que quien sea sorprendido dañando el puente podrá ser condenado a la deportación al otro lado del mar).

Pues bien, lord Sydney pensó que Botany Bay sería un sitio excelente para esos presos, de modo que organizó una flota de once barcos que zarpó de Portsmouth al mando del capitán Phillip, de la Marina Real.

Sin embargo, cuando el capitán Phillip llegó a Botany Bay, el 18 de enero de 1788, el lugar no le convenció, y salió con algunos de sus oficiales en tres botes pequeños a explorar la costa. Así entró en lo que se llamaba Port Jackson.

Un poco más adelante encontró un arroyo de agua dulce y fundó su colonia en el lugar donde hoy se levanta la ciudad de Sydney. El 26 de enero de 1788, el capitán Phillip celebró una ceremonia en la que se izó la bandera británica y se proclamó a Australia colonia británica.

Cuando cruzamos los Heads, el sol naciente los iluminaba con fuerza, mientras una oscura neblina de lluvia ocultaba Sydney a la vista. Otra cosa que brillaba al sol era una lanchita blanca de motor que venía hacia nosotros saltando sobre las olas. Desde lejos, su tripulación de scouts marinos nos lanzaba gritos de bienvenida. En cuanto pasamos entre los Heads y entramos en las aguas resguardadas de Port Jackson, nos saludó otra embarcación que ondeaba la bandera scout: esta vez eran los scouts del 1.º Grupo de Cremorne, que nos agasajaron con su grito de Tropa y con canciones de Gilwell.

Mientras avanzábamos por el puerto, a ambos lados se abrían profundas bahías entre colinas cubiertas de árboles y de casas agradables. Delante de nosotros, las casas se iban haciendo más numerosas y más altas, hasta formar grupos de rascacielos, y por encima se alzaba el gran arco del puente, famoso en todo el mundo, bajo el cual pasamos para llegar a nuestro muelle.

¡Esto era Sydney! La gran capital de Nueva Gales del Sur se extiende a lo largo de muchas millas por las colinas arboladas que rodean el puerto a ambos lados, en un lugar donde hace solo ciento cincuenta años ¡no vivía ni un solo hombre blanco! Había un sol radiante y palmeras como en los países tropicales que habíamos visitado antes, pero con una diferencia: los hombres y las mujeres ya no eran los pueblos de color de aquellos climas, sino británicos cordiales y hospitalarios, de nuestra misma sangre y raza.

Australia es un país espléndido.

18. El Jamboree en Melbourne y después



IMAGÍNA TE UN GRAN MAR INTERIOR CON UNA ENTRADA ESTRECHA desde el océano, rodeado de costas bajas, con millas y millas de playas. Así es Port Phillip, es decir, el puerto de Melbourne.

En su rincón superior desemboca el estrecho río Yarra, que da un amplio rodeo por la ciudad de Melbourne.

Al remontarlo despacio se ven a ambos lados chimeneas de fábricas en todas direcciones y, lo que es importante, la mayoría echa humo: señal de que vuelve a haber trabajo donde se había parado por la crisis del comercio de hace tres años. Poco a poco van apareciendo y brillando ante nosotros las torres, los campanarios y los grandes edificios de Melbourne.

Al otro lado de la ciudad y más allá, a lo largo de veinte millas siguiendo la costa, hay casas y jardines agradables, hasta que, cerca de Frankston, llegamos a una zona de montes boscosos salpicados de miles de tiendas blancas: es el campamento del Jamboree de Australia.

Aquí se han reunido 11 000 scouts de Australia y Nueva Zelanda. También hay contingentes o delegaciones de Estados Unidos, la India, Ceilán, Java, Malasia, China, Japón, Canadá, Fiyi, Francia, Bélgica e Inglaterra: una gran mezcla de razas distintas, pero todos hermanos que siguen la misma Ley Scout.

Hay una gran explanada que parece hecha por la naturaleza a propósito: un llano circular rodeado de suaves colinas. Aquí se levantó una tribuna para miles de espectadores y se instalaron altavoces para que todo el mundo pudiera seguir lo que pasaba y oír a los oradores, personalidades que venían cada día a pasar revista a los chicos y a dirigirles unas palabras de saludo.

En el bosque hay cinco campamentos de unos 2000 chicos cada uno. Cada distrito o contingente tiene su propio terreno, con sus tiendas, sus cocinas y todo lo necesario, y una portada decorada con mucho esmero. En algunos campamentos las tiendas están pintadas con bonitos dibujos, y en otros hay unos tótems maravillosos tallados en madera y pintados de colores preciosos.

¡Y los chicos! Palabra de honor que forman una multitud de lo más animada. En mi vida había visto tantos como hoy, al recorrer a caballo uno de los campamentos. ¡Qué sonrisas, qué alegría en cada cara! Todos se veían contentos y felices, y yo estaba feliz de verlos.

¡Y las concentraciones en la explanada!

Un día, una masa compacta de 10 000 scouts formó en la explanada, después de tardar cerca de una hora en entrar desfilando. Me quedé maravillado: si hubieran sido soldados, ¿cómo los habría sacado de allí el general en jefe? Me imaginé a su estado mayor galopando de un lado a otro para dar órdenes a los distintos comandantes, y a estos transmitiendo instrucciones a sus unidades antes de poner en marcha la maniobra. Aquí, en cambio, una sola voz dio la orden: «¡Flanco izquierdo!», «¡Paso ligero!», y todo el conjunto se movió como un solo chico. Fue un espectáculo magnífico verlos desfilan sobre la hierba como una gran ola de color caqui.

Otro día, además de un pequeño contingente de scouts, tuvimos una concentración de miles de lobatos y haditas que pasaron ante la tribuna

bailando o corriendo. ¡Qué alegría daba aquella multitud!

Y luego, el día más importante, una columna interminable de 6000 guías con uniforme azul marino fue seguida por otra de 12 000 scouts de caqui, con las banderas desplegadas y las bandas tocando, todo bajo un sol espléndido, ante una multitud de entre 30 000 y 40 000 espectadores en las tribunas.

Parecía que estuvieran aquí todos los scouts y guías del mundo. Ojalá hubiera sido así, ¡qué espectáculo tan maravilloso habría sido!

Y para terminar, el último día del Jamboree tuvimos otro espectáculo maravilloso. Imagínate una enorme rueda de carro formada por miles de scouts, que hacían de radios y de llanta, mientras yo estaba de pie en el centro, sobre un tablado que hacía de eje. Había veintitrés países representados, así que entregué treinta y tres bumeranes, que fueron pasando de mano en mano a lo largo de cada radio, de modo que todos los chicos tuvieron un bumerán en sus manos hasta que llegó a las del jefe de cada contingente.

Supongo que sabes lo que es un bumerán: una pieza de madera plana y curvada, de unos dos pies (60 centímetros) de largo, que los abos de Australia usan para cazar pájaros. Lanzan el arma al aire, y esta gira cada vez más deprisa mientras vuela; si no da al pájaro, vuelve describiendo círculos hasta los pies del que la lanzó. Eso, si se trata de un buen tirador, que no es mi caso.



Un aborigen y su bumerán

Así que el bumerán es una especie de tótem de Australia, y por eso regalé uno a cada contingente como recuerdo del Jamboree. Pero también les recordé a todos los scouts que la hermandad es como un bumerán: das tu amistad a un amigo, y luego a más y más, y ellos te devuelven la suya; de modo que tu amistad y tu buena voluntad originales, al ir hacia los demás, ganan fuerza y vuelven a ti, igual que vuelve un bumerán.

Estoy sentado en pijama en el balcón de madera del pabellón del Warden en Gilwell; no me refiero a la meca del Escultismo, junto a Chingford, sino a su equivalente aquí, en Gembrook, en Australia. El sol de la mañana asoma sobre el bosque que nos rodea, en un cielo con nubes, y entre los eucaliptos flota como una niebla el suave humo azul de muchas fogatas. Se oyen las voces de los chicos cantando a coro y los gritos de llamada resuenan cerca y lejos, mientras se preparan para marcharse.

«Pegia Baba Iassi daka thora»: esta es la sorprendente canción que sale del bosque mientras escribo. Sorprendente por dos razones: primero, porque es una canción india que cantan chicos australianos, suizos y sud-africanos; y segundo, porque su letra es una broma, una burla en tono de guasa contra el guía de un grupo de exploradores. Pero es una buena canción para caminar, y los chicos se están marchando del último campamento del Jamboree para volver a casa.

Ayer, estos chicos llegaron a este rincón boscoso de la montaña de excursión desde el campamento central de Frankston: setecientos seis en total, que caminaron en pequeños grupos, por rutas diferentes, a través de bosques y montañas.

Es la mayor excursión que se ha hecho jamás fuera del ejército. ¿Les gustó a los chicos? Ya lo creo que sí. A lo largo de los tres días de marcha, muchos grupos, treinta y seis exactamente, me enviaron con corredores o motoristas cartas alegres contando sus progresos, firmadas por todos sus miembros. Esas firmas demuestran que en cada grupo los chicos estaban mezclados en lo posible, sin que hubiera dos del mismo país.

Los jefes de los distintos grupos me iban informando de su marcha. Un grupo me contó que les dolía todo el cuerpo de tanto caminar. Adem

ás, le preguntaron a un pájaro a qué distancia estaban del campamento y el pájaro les dijo: «A un cuarto de milla». Resultó que eran dos millas. El pájaro era un ave lira, y el nombre le va que ni pintado. (*N. del T.: en inglés, lyre bird, «ave lira», suena igual que liar bird, «pájaro mentiroso».*)

Otro escribió: «Con galletas en la mano y ampollas en los talones: puede que en el Edén hubiera serpientes, pero en Adán hay sanguijuelas, seguro». (*N. del T.: juego de palabras inglés de la época.*) Y un grupo de dieciocho nos mandó saludos escritos cada uno en una lengua distinta.

Imagínate verlos avanzar en fila entre los matorrales, todos con el mismo uniforme scout, la mochila a la espalda y el bordón en la mano, pero de países y razas diferentes, cantando mientras caminan. Al final de la jornada, al caer la tarde, se quitaban la carga, montaban las tiendas y no perdían ni un momento en desvestirse y tirarse a una gran piscina natural. Y después de cocinar la cena en sus pequeñas fogatas en el bosque, bajo los grandes eucaliptos, ¿se metían en las mantas a dormir? ¡Ni hablar! Se reunían alrededor de un gran fuego de campamento para volver a cantar.

Pero ven con nosotros al fuego de campamento. Cuando entramos en las gradas circulares de troncos que rodeaban los leños encendidos, no se oía ni un ruido. De pronto, las tropas fueron entrando en el círculo de luz: un grupo detrás de otro, treinta y seis en total. Cada uno anunciaba su llegada, lanzaba su grito de guerra y se dirigía a los bancos de madera.

Hubo canciones a coro entre todos y luego magníficas representaciones cómicas, canciones y coros a cargo de los distintos grupos de excursionistas.

Al final felicité a los scouts por haber completado con éxito y buen ánimo la mayor caminata realizada nunca por chicos.

Pero, por encima de todo, el mayor éxito es el buen compañerismo que ha nacido entre los chicos, sin fijarse en diferencias de raza ni de religión.

ión. Es un buen augurio para el futuro, porque si este espíritu se extiende y se mantiene, puede ser una fuerza poderosa en favor de la paz.

Después se cantó con gran emoción «Abide with Me» («Quédate conmigo»), bajo la Cruz del Sur, que brillaba en lo alto de un maravilloso cielo estrellado. Luego, el «God Save the King» y fuertes vivas a Su Majestad, que pusieron fin a un día perfecto.

Adiós, Australia, y adiós a los muchos buenos amigos que dejamos aquí.



19. Nueva Zelanda



UNA MAÑANA PRECIOSA ME DESPERTÉ Y VI QUE NUESTRO BARCO navegaba por un mar en calma entre numerosas islas pequeñas. A primera hora parecían muy abruptas, negras y desoladas, pero cuando salió el sol entramos en una bahía muy amplia, salpicada de casas de tejados rojos y paredes blancas, que termina a la izquierda en una montaña alta.

Toda la escena recuerda a la bahía de Nápoles, pero al revés, con el Vesubio a la izquierda en lugar de a la derecha. Luego rodeamos la isla del «Vesubio», que aquí llaman Rangitoto, y entramos en el precioso y gran puerto de Auckland. A nuestra derecha quedaba la ciudad de Devonport, con varios buques de guerra grises de la Armada de Nueva Zelanda, y a la izquierda, yates blancos y lanchas fondeados cerca de la orilla, como una gran bandada de gaviotas descansando en el agua. Había vapores y transatlánticos en los muelles y, al fondo, la gran ciudad de Auckland, respaldada por altas colinas.

La colina que se alza justo detrás del puerto es el Domain, un parque público con un arbolado precioso, coronado por un gran edificio de columnas que alberga el Museo Nacional y el Monumento a los Caídos.

La noche de nuestra llegada vimos una concentración maravillosa de scouts y lobatos de Auckland. Se celebró en el estadio, brillantemente iluminado con potentes focos. Había dos mil chicos y, entre ellos, un grupo de maoríes.

Iban vestidos con trajes tradicionales, con faldellines largos y cortos, y nos ofrecieron una espléndida *haka*, que es un canto de guerra con movimientos. Uno de ellos, un chiquillo, lo hacía especialmente bien y bailó un solo retorciendo el cuerpo y poniendo todo el rato unas caras horribles. Es lo que hacen en la mayoría de sus danzas: gesticulan con furia y ponen las muecas más espantosas, como si intentaran lamerse las orejas con la lengua.



Bailando un solo

Los scouts y los lobatos hicieron varias exhibiciones, pero una de los scouts resultó muy impresionante. Las tropas formaron un amplio círculo alrededor del recinto. Cada tropa montó una tienda, todo ello a oscuras. Al toque de diana se encendió una luz en cada tienda; al toque siguiente se prendió una hoguera humeante delante de cada una, y la tropa

ha y todos avanzaron despacio hacia el centro, donde yo estaba de pie sobre una tarima, hasta formar a mi alrededor un alegre círculo. Entonces los scouts que estaban de guardia encendieron sus luces. Fue un espectáculo precioso.

De Auckland fuimos en coche a un lugar llamado Waitomo, unas noventa millas (unos 145 kilómetros) al sur. Muchos lugares, pueblos y parajes del campo conservan su nombre maorí, aunque algunos tienen nombre inglés. Entre los pueblos por los que pasamos había uno que antes se llamaba Newcastle y ahora es Ngaruawahia (pronúncialo, si puedes).

Pasamos por otros con nombres como Papatoetoe, Horahora, Okoio-re y Pukekohe, como para romperse la mandíbula; pero estos nombres le recuerdan a uno que hace solo sesenta años la mayor parte del país estaba cubierta de bosques y habitada por las salvajes tribus maoríes.



Una chica maorí. La capa está hecha de plumas fijadas a un tejido de hierbas; la falda, de hebras sueltas de lino teñidas con carbón

Casi todas las granjas son lecheras y producen mantequilla y queso para exportar a Inglaterra y a otros sitios. Da gusto ver a buenos granjeros ingleses trabajando en el campo y a sus hijos yendo a la escuela igual que en casa. Cuesta creer que estemos a miles de millas, en el otro extremo del mundo, y sin embargo dentro del Imperio británico.

No todos los pueblos tienen nombres maoríes. Pasamos por Huntly, que no se parece mucho a su homónimo de Escocia. Tomamos el té en Hamilton, un pueblo precioso con unos jardines muy agradables que bajan hasta el río Waitaki. Es la sexta ciudad con ese nombre que visito; las otras están en Escocia, las Bermudas, Victoria (Australia), Ontario (Canadá) y Tasmania. (Aquí tenéis una oportunidad, scouts de Escocia, de escribir a vuestros hermanos scouts de esas otras ciudades y haceros amigos suyos).

Pasamos por varios lugares que fueron escenario de los combates entre los maoríes y las tropas británicas durante las guerras maoríes de 1863. En uno de ellos, cerca de Mercer, los maoríes ocupaban una posición fuerte en una colina, con el torrente Mangatawhiri delante. Cuando el comandante británico se disponía a atacar, un viejo jefe maorí llamado Eru Patune le pidió amistosamente que no lo hiciera, y le dijo: «Si tú cruzas el torrente, Dios se burlará de los dos; pero si los waikatos (el enemigo) lo cruzan, la razón estará de nuestra parte». Sin embargo, el general no hizo caso de la advertencia: cruzó el torrente, atacó la posición y la tomó.

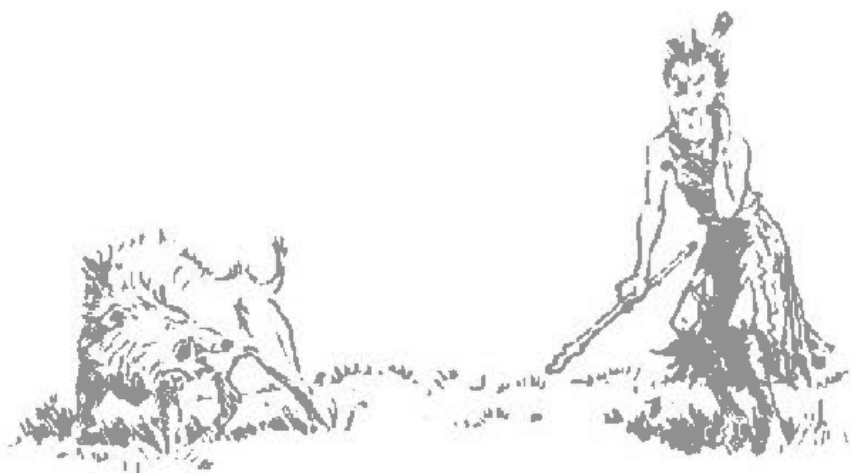
En el camino de vuelta a Auckland atravesamos campo abierto, sobre todo pastos quemados por una larga sequía. El terreno estaba lleno de pequeñas granjas a lo largo de millas y millas. Costaba creer que hace solo sesenta años todo aquello fueran bosques y selva, y que las tropas británicas lucharan para proteger los asentamientos.

Hoy los maoríes son buenos amigos de los británicos y leales súbditos del rey Jorge. Al alejarnos de Auckland subiendo las colinas, los pastos se volvían más verdes y la vista de las colinas y los valles lejanos era preciosa. Los setos y los árboles hacían que se pareciera mucho a algunas partes de Inglaterra, sobre todo a Cumberland y a Gales. ¡Precioso!

Waitomo es un lugar curioso: una tiendecita, una oficina de correos y un hotel bonito en un pequeño valle, entre un revoltijo de colinas

as de una vegetación como nunca había atravesado. Hay matorrales y helechos más altos que un hombre, grupos de helechos arborescentes y árboles aún más altos, y a nuestro lado, tan apretadas como pueden estar y entrelazadas sobre el suelo, plantas trepadoras. En cualquier otra parte no te haría ninguna gracia meterte en una maleza así, una jungla profunda y húmeda: estaría llena de bichos y, sobre todo, de víboras. Pero aquí uno siente la alegre libertad de poder lanzarse a ella, porque en Nueva Zelanda no hay serpientes.

Hasta hace pocos años había jabalíes, y los maoríes los cazaban con entusiasmo, con perros y lanzas. Un día, un maorí iba siguiendo a un jabalí por esta espesura cuando el animal se metió por una pequeña grieta en la pared de un risco. Al buscarlo, el cazador descubrió que era la entrada de una cueva enorme y profunda.



Fui a verla y es de verdad un lugar bellissimo. Es estrecha, de unos quince pies de ancho, pero tiene cincuenta de alto y casi un cuarto de milla de fondo. Las paredes y el techo son una masa de estalactitas, es decir,

largas velas como de cera que cuelgan, miles y miles, de todas las formas y tamaños, casi siempre de un blanco transparente cuando les da la luz por detrás.

Como probablemente sabes, una estalactita se forma por el agua que gotea del techo de una caverna y que va dejando diminutos granos de piedra caliza al caer al suelo. Cada gota deja más granitos. Con el paso del tiempo, esos granos forman una especie de piedra en forma de vela colgante, que se llama estalactita, y también un pináculo que crece desde el suelo hacia ella, que se llama estalagmita. Estas parejas tardan muchísimo en formarse: se dice que una estalactita puede necesitar cientos de años para crecer una pulgada. Una que vi hoy medía 15 pies y 6 pulgadas (unos 4,7 metros). Si quieres, haz la cuenta de cuántos años puede tener.

Después de salir de las famosas estalactitas de Waitomo, nos llevamos la sorpresa de nuestra vida. Fuimos a pie a otra cueva de cuarenta y seis pies de altura, llena por completo de estalactitas. (Le preguntamos al guía cómo sabía que tenía exactamente esa altura, y nos explicó cómo la había medido: ató el extremo de una cuerda larga a una bola de arcilla y la lanzó contra el techo, para que se quedara pegada allí y la cuerda colgara hasta el suelo. Luego tiró de la cuerda y la midió. ¡Facilísimo!).

Tras caminar un buen trecho llegamos a un río subterráneo. Allí subimos a una barca, pero teníamos que ir en completo silencio, porque si no, no habríamos visto nada: los gusanos luminosos no soportan que la gente hable y se apagan en cuanto hay ruido. Apagamos las lámparas y empezamos a deslizarnos en la oscuridad.

Pero no había oscuridad. Podíamos vernos unos a otros, porque en lo alto brillaba una gran masa de millones de estrellas por todo el techo de la cueva, tan juntas como podían estar.

La barca avanzaba tirando de una cuerda tendida para ese fin, y nos quedamos maravillados recorriendo aquella gruta fantástica, con su ilum-

inación en lo alto reflejada en el agua oscura y silenciosa, de modo que parecía que miríadas de diamantes brillaran por encima y por debajo de nosotros. No veremos otra igual, porque, salvo una caverna más pequeña también en Nueva Zelanda, no hay nada semejante en el mundo.

Estos gusanos luminosos son muy distintos de las luciérnagas y de los cocuyos. Son unos gusanitos blanquecinos de una pulgada de largo, de cuerpo transparente, y cada uno tiene en la cola una luz que puede encender o apagar a voluntad. Se alimentan de jejenes y mosquitos.

Cada gusano luminoso vive en una especie de hamaca que fabrica él mismo con un jugo pegajoso que segrega por la boca y que sujeta al techo de la cueva. Desde su hamaca deja colgar un manojo de hilos pegajosos de la misma sustancia, de seis a ocho pulgadas de largo y a veces de hasta dos pies. Tiende entre quince y veinte hilos, colgados unos junto a otros como un fleco delicado bajo la hamaca.

Los jejenes y otros mosquitos van hacia la luz en cuanto la ven, así que vuelan hacia esos farolillos, chocan con uno de los hilos y se quedan pegados. Por mucho que forcejeen, no pueden escapar. Entonces el señor gusano luminoso recoge con la boca ese hilo, con el jején atrapado. Comen unos dos jejenes por semana. Debe de ser divertido para ellos, porque es como pescar.

Los gusanos luminosos viven solo unos tres meses, pero debe de ser muy agradable pasarlos en una hamaca, sin hacer otra cosa que pescar. Al cabo de ese tiempo se convierten en crisálidas: recogen todos sus hilos, se envuelven en la hamaca, dejan un extremo sujeto al techo y se quedan dormidos unos días. En esos pocos días se produce un milagro, y de la envoltura de la crisálida sale una mosquita luminosa, con sus alas y sus patas completas. Entonces la mosca sale en busca de otras moscas como ella. La hembra pone los huevos en el barro del arroyo, y de esos huevos van saliendo gusanos luminosos que se alimentan de los jugos del barro, hasta

que tienen edad suficiente para trepar por las paredes de la cueva y empezar a pescar como su padre.

20. Más sobre Nueva Zelanda



EL ÚNICO LUGAR DONDE LA COSTUMBRE DE MASCAR CHICLE PUE-
de servir de algo es Nueva Zelanda.

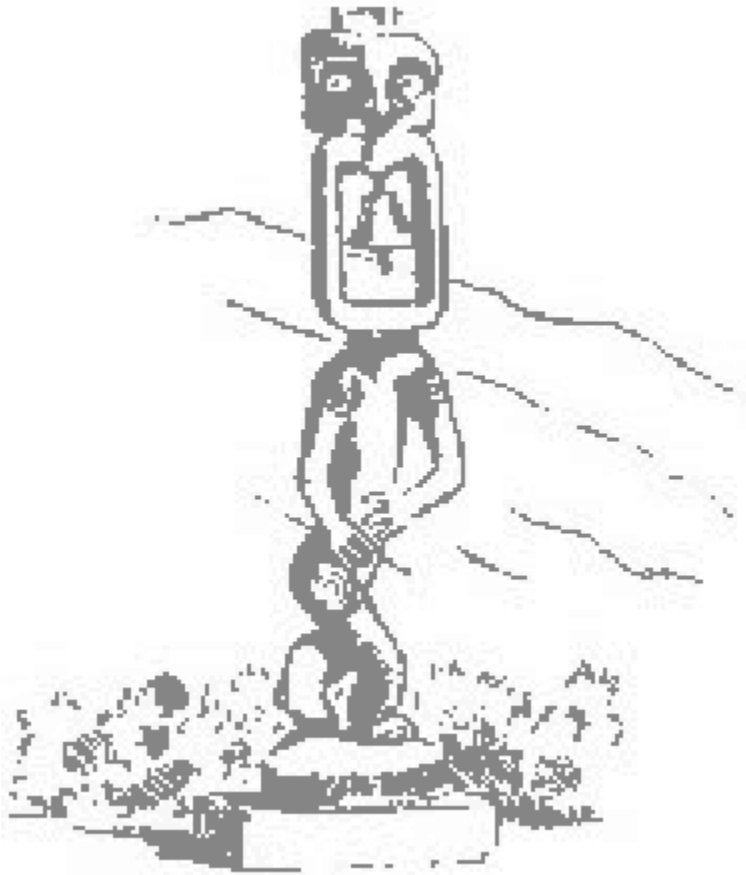
Mascar chicle te sirve para dos cosas: te enseña a poner caras desagradables y hace trabajar de lo lindo a tus mandíbulas.

Si quieres ser un buen maorí, tienes que poner caras horribles cuando bailas la *haka*, y muchos nombres maoríes exigen unas mandíbulas fuertes para pronunciarlos. Mira este, el nombre de un jefe que leí ayer en una lápida del pueblo de Ohinemutu:

WHAKAMAHARATANGA

¡Menudo bocado!, ¿eh? Pero en ese Dominio abundan los nombres trabalenguas, tanto de personas como de lugares.

En el mismo pueblo de Ohinemutu vi poner otras muecas horribles preciosas. Los maoríes nos dieron allí la bienvenida con *hakas*, canciones de canoa y danzas *poi*.



Una campana de iglesia en Obinemutu

Mientras actuaban, los chicos del público empezaron a corear el estribillo y, al poco rato, todos los presentes se unieron: hombres, chicos, mujeres y chicas, cantando al unísono. Disfrutaban de lo lindo y bailaron casi una docena de esas danzas. Parecía que todos sabían hacer los movimientos correctos, y los hicieron con un espíritu maravilloso, todos a una y a compás.



Un viejo maorí con la cara tatuada

Acabo de volver del pueblo de Whakarewarewa. Bonito nombre. Allí viven unos cuatrocientos maoríes de la tribu arawa, y parece un hormiguero instalado sobre la corteza de un pastel caliente: aquí y allá hay grietas y agujeros en la corteza, y de abajo brota un manantial de agua hirviendo.

Desde mi visita de hace tres años, una casa se hundió a través de la corteza. Era una tienda de unos forasteros que no caían bien a los del pueblo, así que se alegraron de que se hundiera, y me dijeron: «Como nosotros no podíamos hacer nada para quitar esa tienda, la naturaleza vino en nuestra ayuda y lo hizo por nosotros».

Ayer, el suelo de la calle principal cedió bajo el peso de un camión, pero por suerte solo se abrió un pequeño hoyo; si no, el camión se habría cocido. ¿Has visto alguna vez un camión hirviendo? Yo no, pero ayer estuve a punto de verlo.

La gente que vive en el pueblo (o *pa*, como lo llaman) usa estas grietas de la corteza para cocinar, y donde hay un agujero en el suelo puedes ver ollas y sartenes puestas al fuego. Nadie paga combustible ni aparatos caros, y en Whakarewarewa no hay gas: sacan el agua caliente o el vapor que necesitan de debajo de la corteza del suelo.

Justo a las afueras del pueblo hay algunos géiseres, que son grandes fuentes de agua hirviendo: lanzan chorros a cuarenta pies (unos 12 metros) de altura durante varios minutos y luego se quedan en simples bocanadas de vapor durante otros tantos. Además, entre las rocas hay muchas pozas de barro que hierven sin parar, silban y escupen salpicaduras y burbujas de lodo caliente.

En un sitio vimos, a la orilla de un arroyo de agua helada, una poza de agua hirviendo, a solo un pie de la corriente fría. En el arroyo vimos un banco de truchas nadando. Nos contaron, y lo creemos posible, que la gente pesca en el arroyo y, sin sacar el pez del anzuelo, lo mete unos momentos en la poza caliente hasta que está bien cocido. ¡Una manera fácil de conseguir un buen desayuno!

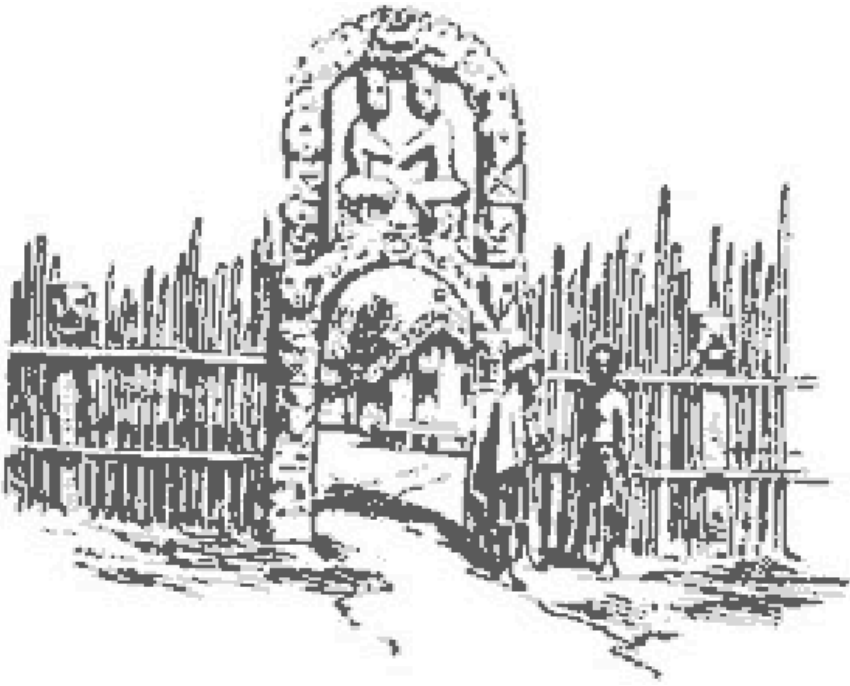
Los maoríes son excelentes nadadores. Aunque el agua no es muy profunda, unos cinco pies (metro y medio), los chicos se tiran de cabeza desde el pretil del puente, que es muy alto, y hacen unos saltos preciosos,

entrando limpiamente en el agua sin tocar el fondo. Al salir del agua helada se paran en una pequeña poza junto al arroyo principal y se sientan tan a gusto en el agua caliente para entrar otra vez en calor.

En una loma que domina el arroyo hay un *pa*, o pueblo fortificado, como se hacían antiguamente, rodeado por una doble empalizada de postes clavados en el suelo, con un foso y un amplio terreno dentro. Las puertas de la empalizada eran grandes arcos de madera labrados con todo detalle, con figuras y caras horribles.

Las casas del *pa* son casi todas del mismo tipo: una habitación alargada de madera, levantada sobre pilotes bajos, con un tejado sencillo a dos aguas que sobresale por delante y forma un porche bajo. Están profusamente labradas por delante, por los lados y por arriba con figuritas espantosas.

Esas figuras suelen hacerse para honrar la memoria de los antepasados de la casa, pero, en vez de intentar hacer un retrato, lo que sería una ofensa, la estatua se hacía tan ridículamente fea que nadie pudiera pensar que se parecía al antepasado. Esas caras horribles se tallaban con la lengua fuera, y los ojos se hacen con conchas brillantes de ostra.



La portada de madera labrada de un pa fortificado

Estos *pas* fortificados tuvieron mucho protagonismo en las guerras maoríes y dieron muchos quebraderos de cabeza a las tropas británicas que los atacaban, porque los maoríes siempre los defendieron con valentía.

Pasamos junto al escenario de una de esas batallas, un lugar llamado Orakau, donde en marzo de 1864 trescientos maoríes resistieron durante tres días a una fuerza inglesa mucho mayor, al mando del general Cameron. Al tercer día, cuando los maoríes ya habían sufrido muchas bajas, el general les envió un mensaje pidiéndoles que se rindieran, pero el jefe Rewi Maniapoto contestó: «Seguiremos luchando para siempre». Poco

después, los maoríes cargaron, rompieron el cerco y se abrieron paso, dejando atrás ciento cincuenta muertos; además, la mitad de los supervivientes estaban heridos.

Aquellos maoríes eran tipos aguerridos y deportivos. En una ocasión, un regimiento recién llegado de Inglaterra, que no conocía sus métodos de guerra, se dirigía al frente y se detuvo a descansar por el camino. El descanso fue en la ladera de una colina, con bosque por encima del camino y pastos por debajo.

Los fusiles quedaron apilados en el camino y los hombres se tumbaron en la hierba.

Del bosque salió un grupo de maoríes que se llevó los fusiles antes de que nadie pudiera impedirlo y se volvió al bosque con el botín, pero sin matar a ninguno de los soldados.

En otra ocasión, las tropas habían rodeado una colina ocupada por los maoríes y, al cabo de tres días, el enemigo envió al comandante un mensaje más o menos en estos términos: «Quizá usted no sepa que sus tropas ocupan el único manantial y que no tenemos dónde beber. ¿Podría permitirnos usarlo, aunque sea un momento? Comprenderá que, si no tenemos agua, no podremos seguir luchando».

21. Temblores de tierra y glaciares



VIAJANDO EN COCHE ENTRE ROTORUA Y TAUPO, UNAS CINCUENTA y cinco millas (casi noventa kilómetros), recorrimos un valle larguísimo que parecía no acabar nunca, flanqueado durante millas por montañas escarpadas, y pasamos junto a las plantaciones del Departamento de Bosques. Después, ya en campo más abierto, dejamos atrás numerosas granjas pequeñas, de quizá diez acres y una o dos vacas cada una.

Allí a estas granjas las llaman «cow cockies» (*N. del T.: algo así como «granjeros de vacas»*). Se trabajan de manera que la familia pueda alimentarse con lo que da la tierra, y la leche se envía a la fábrica de mantequilla más cercana para ganar algo de dinero. Así, en sus limpios bungalós de madera, en un paraje claro y soleado, llevan una vida feliz y de mucho trabajo.

Es una zona tan soleada que vi a un granjero trabajando con muy poca ropa: un sombrero y unos pantalones cortos. El sol lo había tostado tanto que, a primera vista, lo tomé por un maorí. ¡Y qué sano y feliz se le veía! Desde luego, tenía que trabajar, y muy duro, para sacar adelante su granja. Pero cuando uno está sano y fuerte en un clima tan espléndido, con un aire templado como el de Nueva Zelanda, disfruta trabajando.

En un solo día me encontré aquí con tres boy scouts ingleses. Habían llegado a Nueva Zelanda en distintos momentos antes de la guerra, con muy poco dinero para empezar, y cada uno de ellos había prosperado mucho, de una forma u otra. A uno lo contrataron como mozo en una granja de ovejas al día siguiente de desembarcar. Le dijeron que tenía que limpiar el corral de las ovejas, pero le advirtieron que antes se pusiera un traje viejo de faena. Él contestó que el traje de paño inglés que llevaba, que allí parecía demasiado elegante para semejante tarea, era su ropa de trabajo de todos los días.

Se puso con aquella tarea tan sucia y se entregó a ella de tal manera que, cuando el capataz vino a revisarlo por la tarde, exclamó: «¡No te pedí que le sacaras brillo!». Al poco tiempo, aquel muchacho fue ascendido a ayudante del encargado.

Una cosa que llama la atención cuando visitas Nueva Zelanda por primera vez es que no hay casas de campo ni mansiones como las que conocemos en Inglaterra. En su lugar hay pequeños bungalós limpios, de una sola planta, que parecen hogares acogedores, con jardines cuidados y llenos de color. Y todos están hechos de madera. Una de las razones es que los edificios de madera son los más seguros en caso de terremoto.

Ya os dije que en Nueva Zelanda no hay serpientes, pero a veces hay terremotos.

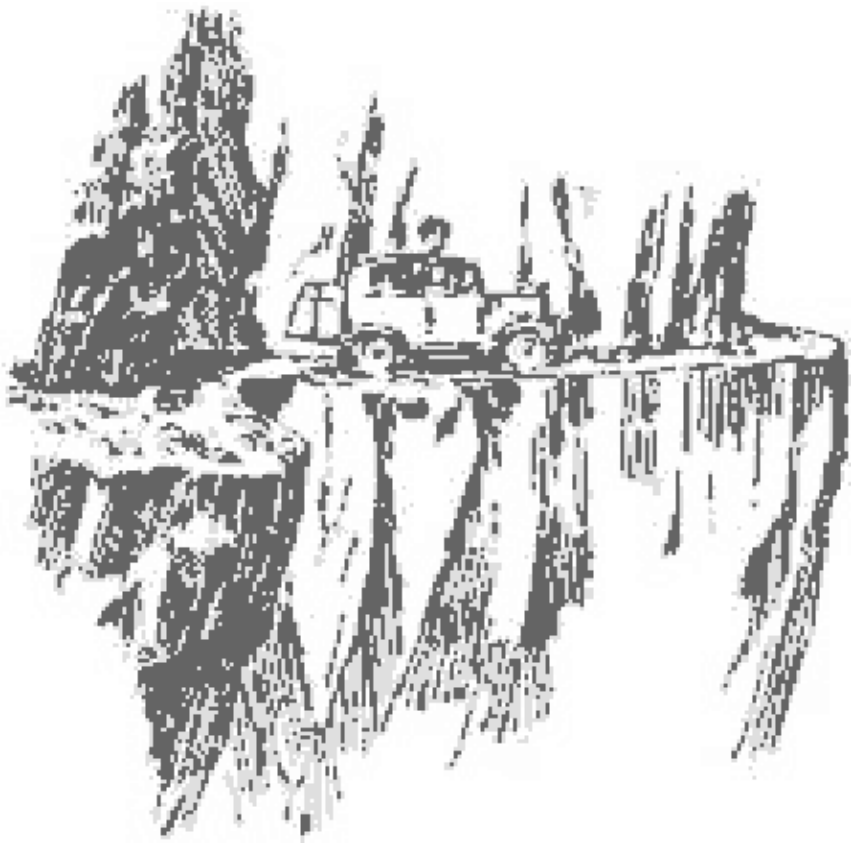
Quizá recuerdes que hace cuatro años la ciudad de Napier quedó destruida por un terremoto. (Murieron un scouter y dos scouts; los demás scouts se ganaron una buena reputación por la ayuda que prestaron a los cientos de heridos y a los miles de personas que se quedaron sin casa).

El otro día pasamos por Napier y no había nada que delatara que, cuatro años atrás, la ciudad era un montón de ruinas. Vuelve a ser una ciudad elegante, con un gran paseo frente al mar. Pero lo que era el gran puerto interior es ahora una llanura abierta donde está el aeródromo: el

terremoto levantó toda la superficie del terreno, y el fondo de lo que había sido el puerto es hoy tierra seca.

Estando en Taupo, a las dos de la madrugada nos despertó la sensación de que algo sacudía nuestras camas, acompañada de un ruido como si pasara el metro por debajo. Era un pequeño temblor.

En el camino de Taupo a Napier atravesamos un paisaje precioso de colinas escarpadas y montañas. La carretera subía por pendientes empinadas y pasaba junto a precipicios que ponían los pelos de punta. Al acercarnos a la cumbre de una cordillera, impresionaba ver allá abajo el camino recorrido. Pero lo más sobrecogedor fue darnos cuenta de que las laderas de las montañas estaban, por todas partes, llenas de cicatrices: calvas abiertas por los terremotos y por los desprendimientos de tierra que provocaron.



Una carretera para poner los pelos de punta, en Nueva Zelanda

Al ver aquello por todas partes, uno puede imaginarse lo terrible que fue cuando se derrumbaron los árboles y las casas, y las propias montañas se partieron y soltaron avalanchas de tierra y piedras entre nubes de polvo.

Mientras escribo esto, estoy sentado en un saliente de roca en la ladera de una de estas grandes montañas, que alzan sus cumbres nevadas por encima de mí en todas direcciones.

Delante y debajo de mí se extiende un ancho valle, lleno de lado a lado por una enorme masa de hielo. Pero no es el hielo que conocéis en casa, sino una mole de grandes bloques, con ondulaciones y paredes heladas. Es un glaciar, un río helado de una milla de ancho y veinte de largo desde donde nace entre las nieves perpetuas hasta su boca, donde, cargado de bloques de roca, se deshíela y se convierte en un gran río.

Desde aquí distingo tres puntitos en el glaciar, a dos millas de distancia. Son mis dos hijas, que escalan la montaña con su guía. Van con pantalones gruesos, polainas y botas pesadas con crampones para escalar, armadas con piolets para tallar escalones en el hielo y con gafas oscuras para protegerse del reflejo de la nieve. Disfrutan de lo lindo trepando por esos grandes cortados y asomándose a las grietas y hendiduras profundas, por las que se filtra una luz de color azul oscuro.

Yo, en cambio, me lo tomaba con calma, sentado en mi saliente, con la vista clavada en aquel torrente helado y poderoso. En el aire se oye un rugido constante, parecido al estruendo del tráfico de Londres cuando lo escuchas sentado en Hyde Park.

Ese rugido lo produce la masa de hielo al abrirse paso lentamente, triturando las rocas y piedras que tiene debajo. Mirándolo, o incluso estando de pie encima, no notas que se mueva; y sin embargo se mueve. Donde yo estoy avanza quizá seis pulgadas (unos quince centímetros) al día, pero arriba, cerca de donde nace, debe de avanzar muchos pies.

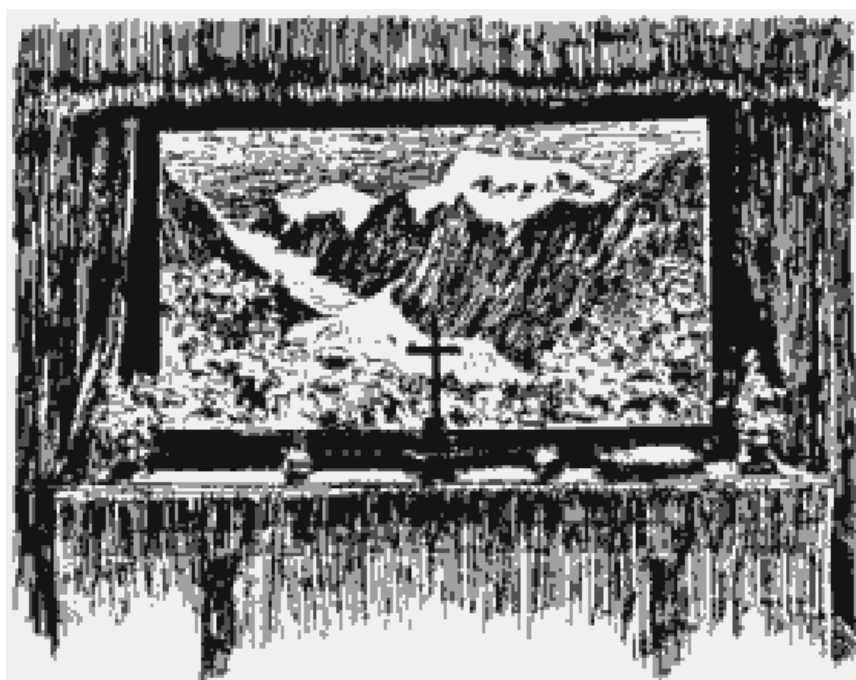
Fluye como un gran río, y las líneas de su corriente se ven en la superficie como rayas y fallas en el hielo. Cuando la corriente rodea una montaña, el remolino choca contra el lado opuesto del valle y allí se amontona contra la ladera antes de tomar una nueva dirección. Luego pasa por encima de un escalón de roca y forma una especie de cascada al otro lado. Se comporta igual que el agua que baja por el cauce de un río; la diferencia es que se trata de un bloque sólido de hielo.

Al llegar a la parte más templada, en el extremo del glaciar, el hielo se derrite y sale como un gran caudal de agua que, junto con otros arroyos de la montaña, se convierte en un gran río.

La boca del glaciar es un lugar fantástico: una gran caverna que parece una bóveda de roca. En realidad es una bóveda de hielo muy antiguo, por lo general tan cubierto de barro y polvo que parece tierra firme. En algunos puntos el hielo está roto, y el interior de la cueva es todo de hielo macizo, con unos maravillosos reflejos azules. No es prudente adentrarse en ella, porque del techo caen continuamente grandes trozos de hielo que se funden y forman el cauce que desemboca en el río Waiho.

Todo el conjunto, la nieve en las cumbres y el glaciar en medio de la belleza del bosque, es algo que nunca olvidaré.

En la iglesia de este lugar, la ventana que da a oriente no tiene una vidriera con figuras sagradas, sino un simple cristal liso a través del cual se ven las montañas y el glaciar, con helechos arborescentes en primer plano: una muestra de la grandeza y la belleza que Dios ha puesto en este mundo para que las contemplemos.



22. Rarotonga



ESTOY SENTADO EN LA CUBIERTA DEL BUEN BARCO *MAUNGANUI*, que avanza con un balanceo lento pero constante sobre las crestas y los senos de las olas del ancho valle del océano Pacífico. Hemos dejado Nueva Zelanda muy atrás y nos dirigimos a las islas Cook, un grupo de islas de los mares del Sur cuya isla principal es Rarotonga.

Al dar la vuelta al mundo hacia el este, de 0º a 180º, viajamos en la dirección del sol, y así hemos ganado un día entero. Hoy hemos salido del hemisferio oriental y estamos en el occidental.

Justo al norte están las islas Fiyi, de donde vino un buen contingente de scouts al Jamboree de Australia. Eran de tres clases: muchachos blancos europeos, muchachos indios y muchachos nativos de Fiyi. Muchos de estos eran chicos fornidos que vestían su *lava-lava*, una especie de falda suelta de algodón. Sus magníficas caras bronceadas siempre tenían una sonrisa.

Hace poco, el duque de Gloucester visitó Fiyi, y entre otras cosas interesantes le enseñaron la habilidad de una tribu para caminar descalzos sobre piedras al rojo vivo.

Se cavó un hoyo de cuatro pies de hondo y quince de ancho (algo más de un metro por unos cuatro y medio) y se llenó de grandes piedras

redondas.

Después se calentaron con una hoguera de troncos que estuvo ardiendo muchas horas.

Cuando las piedras estaban tan calientes que el agua que se les echaba silbaba y saltaba convertida en vapor, y los pañuelos que se arrojaban ardían al instante, los hombres, en fila india detrás de su jefe, entraron descalzos en el hoyo y estuvieron dando vueltas uno o dos minutos. Luego se quedaron de pie o se sentaron en cuclillas, sin aparentar ningún dolor.

Piensa que las piedras estaban tan calientes que los hombres tenían que cuidar de que sus faldas de lino no las tocaran, porque podían prenderse.

Cuando terminaron la exhibición, que se llama *vilavilairevo*, se echaron hojas verdes y hierba sobre las piedras, y al instante se levantó una nube de humo y vapor, prueba de lo caliente que estaba aquello.

Es curioso que, de las muchas tribus que viven en las ciento cincuenta islas del archipiélago de Fiyi, solo esta conozca el secreto de caminar sobre el fuego. La tribu procede de la isla de Mbengha, y la costumbre pasa de padres a hijos.

Todo empezó hace muchísimo tiempo y, según la tradición, con un jefe llamado Galita. Estaba cavando un hoyo en el suelo para preparar un horno con el que cocinar un gran banquete que tenía que ofrecer cuando, para su sorpresa, salió de allí un hombrecillo, un enano. Galita, muy asombrado, lo agarró por el cogote y le dijo que lo mataría y lo cocinaría en lugar de lo que pensaba preparar.

El enano le suplicó que lo soltara y le ofreció toda clase de regalos a cambio, pero Galita no quería ninguno. Ya estaba a punto de matarlo cuando el hombrecillo le dijo que conocía el secreto para dominar el fuego, de modo que podía estar a gusto sobre piedras al rojo vivo en lugar de

quemarse. Como sabes, los nativos de las islas de los mares del Sur cocinan sus alimentos en hoyos calentados con piedras ardientes.

Aquello interesó a Galita, que le pidió al enano que le enseñara cómo hacerlo. El enano cavó un hoyo, calentó las piedras hasta ponerlas al rojo vivo, se puso encima descalzo y se le veía de lo más contento.

Entonces Galita aceptó probar, y al ponerse sobre las piedras, en vez de sentir dolor o quemarse, notó que el calor le resultaba agradable. Tanto le gustó que se tumbó sobre ellas y se quedó allí cuatro días.

Por supuesto, Galita dejó marchar al enano y transmitió a su tribu el secreto de poder estar de pie sobre el fuego. Desde entonces lo han guardado entre ellos y nunca se lo han revelado a otros pueblos.

En la India también hay quien camina sobre el fuego, y he oído que en África ocurre lo mismo. En el Tíbet, al norte de la India, hay tribus que hacen justo lo contrario: son capaces de calentar tanto su cuerpo que, cuando tienen que secar alguna prenda, solo necesitan llevarla puesta unos minutos; y pueden pasar una noche entera sobre la nieve y el hielo sin más ropa que una camisa. Esto me lo han contado; yo nunca lo he visto.

Rarotonga está a más de mil millas de Nueva Zelanda por mar abierto, y sin embargo se dice que los maoríes que hoy habitan Nueva Zelanda llegaron desde Rarotonga hace unos ochocientos años. ¿Cómo lo hicieron?

En aquella época no había grandes líneas de barcos que los llevaran, ni aviones; y aun así llegaron.

Sus propias leyendas cuentan que llegaron en siete canoas. Pero si piensas en aquel enorme brazo de mar tormentoso, te preguntarás: ¿cómo pudieron hacerlo en canoas pequeñas? ¿Cómo encontraron el camino sin brújulas ni mapas? ¿Qué pretendían los que iban en esas canoas conquistando un país tan grande como Gran Bretaña?

Yo he visto una de esas canoas antiguas. Es una embarcación magnífica, y siete como ella pudieron transportar una fuerza numerosa.

Son una especie de catamarán: dos grandes canoas unidas por una plataforma. Cada canoa está hecha de un gran tronco vaciado y mide seis pies de largo. Los costados están levantados con tablas hasta cuatro pies de altura, y la canoa tiene solo unas dieciocho pulgadas de ancho: es muy larga y estrecha.

Las dos canoas se unían con travesaños de madera, y sobre ellos había una cubierta donde se guardaban la comida y el agua. Encima había otra cubierta, donde vivían los jefes y los guerreros. Las tripulaciones de ambas canoas las impulsaban con remos, unos veinte hombres por cada lado. Lo más notable de estas canoas es que no tenían ni un solo clavo: todas las tablas estaban unidas con cordajes de fibra de coco.

Si alguna vez naufragas en una isla desierta, puedes construirte un bote aunque no tengas clavos, solo con unas manos hábiles. Arranca la fibra de los cocos y retuércela para hacer una cuerda. Luego abre un agujero en cada una de las tablas que quieras unir y pasa la cuerda por ellos. Repítelo una y otra vez y apriétalo fuerte, tanto que quede sujeto como con una tenaza de hierro.

Para que quede bien apretado, ata uno de los extremos de la cuerda a un palo, de modo que no pueda escaparse por el agujero; el otro extremo átalos a un arbolito y, usándolo como palanca contra la tabla, tensa la cuerda todo lo que dé de sí. Después, antes de soltar la presión, calza un trozo de madera que sujete el arbolito para que no vuelva atrás. Haz lo mismo con cada cuerda, y ya está.

Otra canoa maorí que se conserva en el museo de Auckland es una gran embarcación muy parecida a las que usaban antiguamente los daneses o los navegantes del norte, de las que hay algunas en un museo de Noruega. Espero que encuentres modelos de botes maoríes en la maravillosa

colección de maquetas de barcos del Museo de South Kensington, en Londres.

Quizá te preguntes cómo encontraban los maoríes el camino a través del mar.

Puede que hayas oído la historia de un rastreador nativo de Australia al que llevaron de viaje en un barco de vapor. Lo vieron escudriñando el mar desde la borda, y cuando le preguntaron qué miraba, respondió que quería ver las huellas que seguía el barco. «En tierra seguimos huellas que el hombre blanco no puede ver, pero aquí, en el agua, los hombres blancos siguen huellas que nosotros no podemos ver».

Como sabes, el sextante es un instrumento con el que el oficial de navegación calcula, por el sol, la posición del barco en el mapa.

Pues bien, los maoríes tienen su propia especie de sextante: un coco con dos agujeros abiertos en cierto ángulo. Cuando consiguen ver el polo sur a través de los dos agujeros, saben que están en una latitud determinada, y eso les da, hasta cierto punto, su posición.



Hoy en día los tahitianos y otros isleños, igual que los blancos, usan goletas para sus viajes. Son barcos preciosos, contruidos para hacer frente a los temporales terribles que a veces tienen que soportar y, al mismo tiempo, cómodos para vivir a bordo, con camarotes amplios y cubiertas techadas; y en sus grandes bodegas pueden llevar carga pesada.

Ya te he dicho que con ellos navegan entre las islas de estos mares, pero te costará imaginar la inmensa cantidad de islas que hay en el sur y el

oeste del Pacífico. Por ejemplo, si miras un mapa mediano de aquel océano, encontrarás las islas llamadas Tuamotu o «archipiélago Bajo». Pero verás que no aparecen en todos los atlas. Y, sin embargo, ahí están. Nuestro barco las está atravesando ahora; vemos una docena, pequeñas y grandes, pero hay muchas más, sesenta y ocho en total, repartidas a lo largo de 860 millas en un solo grupo. Y hay cientos de grupos como este, algunos con más islas todavía.

Hay infinidad de sitios donde una goleta puede naufragar. La mayoría de estas islas son los llamados atolones, y se parecen mucho entre sí: cada una está rodeada por un arrecife de coral contra el que rompen las olas con un rugido incesante. Dentro hay una laguna de aguas tranquilas con una playa de arena blanca, y la isla está cubierta de bosque y cocoteros. ¡Qué sitio tan bonito para naufragar!

Algunas islas están habitadas; otras, no. El grupo en el que estamos se llama Tuamotu. Su antiguo nombre, que le pusieron los tahitianos después de combatir y conquistar a sus habitantes, era Paumotu, o «islas de la Rendición». A sus habitantes no les gustaba ese nombre, así que se cambió por Tuamotu.

La isla principal del grupo se llama Tikao. Tiene unas diez millas de ancho y doscientos habitantes. Todo el archipiélago de las Tuamotu cuenta con unos 4500 habitantes. Comercian sobre todo con copra (la pulpa del coco, que se usa para fabricar jabón), taro (una raíz comestible muy buena) y leña, que envían a Tahití, a 170 millas de distancia.

El archipiélago fue anexionado por Francia en 1889, de modo que ahora es, como Tahití, una colonia francesa. Sin embargo, allá donde fuimos vimos ondear la Union Jack, izada por fieles súbditos del rey.

23. Tahití



CUANDO EL CAPITÁN COOK VIO POR PRIMERA VEZ LA ISLA DE Tahití, le gustó más que ninguna de las otras islas que había visitado, y cuando hayas visto Tahití lo entenderás muy bien.

La isla tiene unas sesenta millas cuadradas y es un conjunto de picos dentados que alcanzan los 7000 pies (más de 2000 metros). Sus laderas empinadas y sus barrancos están cubiertos de maleza, y en las pendientes más bajas hay plantaciones de cocoteros.

Al acercarte desde el mar a esta isla preciosa, soleada y verde, encuentras, a cosa de una milla de la costa, una larga línea de rompientes sobre un arrecife de coral, con un rugido atronador. El arrecife forma una barrera protectora alrededor de toda la isla. Tiene unos pocos pasos por los que los barcos pueden entrar en una laguna de agua clara, de color verde azulado. Hay una estrecha playa de arena blanca bordeada en toda su longitud por cocoteros que llegan hasta el agua.

Aquí y allá, entre los árboles, asoman las casas que forman la ciudad de Papeete. Cerca de la playa hay amarradas unas cuantas goletas pequeñas; algunas pertenecen a marineros que comercian con ellas entre los cientos de islas que forman los archipiélagos de las Cook, las Marquesas y las islas de la Sociedad, cuya isla principal es Tahití.

Te gustaría ver a la gente de aquí. Aunque ahora es una posesión francesa, apenas se ven franceses, salvo los funcionarios del Gobierno; en Papeete se habla y se escribe más inglés. También hay en la isla una gran comunidad china.

Los tahitianos son de piel morena, con caras alegres y sonrientes. Los hombres son fornidos y visten pantalón corto y un sombrero de paja grande y peculiar. Las mujeres de Papeete han adoptado mejor la ropa europea, aunque lejos de la ciudad se las ve sobre todo envueltas en telas de colores, con el pelo largo peinado hacia atrás y suelto sobre la espalda.



En Tahití hay modas de todo tipo, y a las señoras, europeas o nativas, viejas o jóvenes, les encanta lucir pantalones cortos o vestidos de escote en pico, les sienten como les sienten.



Elegancia en Tahití

Un lugar interesante de Papeete es el mercado. Pero, como el calor aprieta desde muy temprano, hay que madrugar para comprar cosas buenas. Nosotros nos levantábamos a las cuatro y media para estar en el mercado a las cinco. Era muy atractivo, muy limpio y fresco, y tenía toda clase de frutas y verduras ya empaquetadas para llevar: docenas de naranjas en

redes; plátanos, aguacates, peras, frutos del árbol del pan, papayas, melones, mangos, etc., en cestitas de papel, listos para llevárselos a casa.

Es curioso que todos los puestos de verduras los atiendan chinos.

En el mercado del pescado es interesante ver la enorme cantidad de peces de distintas clases capturados durante la noche. Abundan unos rojos, muy parecidos a los peces de colores; hay arenques pequeños ensartados en una cuerda y unos «tejones de mar» que se parecen a los tejones normales, salvo por la cabeza y los ojos grandes.

Hay varios peces del tipo de la aguja, de cuerpo largo, alargado y plateado, y con bocas muy grandes en forma de pico. Otros peces curiosos imitan al rinoceronte, porque tienen un cuerno en la nariz. Otra clase es de un azul brillante. En el mercado no vimos ningún pez volador, pero en mar abierto había lo que nosotros llamamos un «pez lancha rápida»: bate el agua arriba y abajo y se desliza a gran velocidad como si volara, aunque solo la punta de la cola toca la superficie.

Para pescar, levantan provisionalmente una larga valla cerca de la playa, hecha con hojas de palmera, ramas, barcas, etc., todo unido, y colocada en forma de herradura. A cosa de una milla de allí, los pescadores se sitúan con sus barcas formando un amplio semicírculo; en la proa de cada barca va de pie un hombre con un bloque de coral atado al extremo de una cuerda.

El jefe de la pesca va en una barca en el centro de la línea, y cuando agita una bandera, todos los hombres arrojan su piedra al agua con gran estrépito y luego la recogen. Entonces la línea avanza un poco hacia la valla y vuelven a arrojar las piedras. Así van empujando los peces hacia la valla en forma de herradura.

Cuando las barcas están ya cerca de la valla, un grupo de hombres y mujeres, chicos y chicas, se lanzan al agua y van acercando cada vez más los extremos de la herradura hasta cerrarla en un círculo alrededor de los

peces. Entonces unen los extremos y van estrechando el círculo hasta dejar a los peces apiñados, y así resulta fácil sacarlos y echarlos a la playa.

24. San Francisco



ABRÍ LOS OJOS Y ME ENCONTRÉ ANTE EL GOLDEN GATE. TODO estaba envuelto en una luz brumosa, pero sobre la entrada brillaba una luz intensa, como si centellearan miles de joyas.

¡Oh, no! No creáis que era la puerta del cielo. Era la entrada al mar interior que forma la bahía de San Francisco, y que se llama el Golden Gate (la Puerta Dorada). Es un canal entre dos alturas que, como el que hay entre los «Heads» de Sídney, en Australia, conduce a una laguna de aguas profundas con la ciudad y sus barrios a orillas de la bahía.

Hay otro parecido curioso con el puerto de Sídney. Sir Francis Drake, cuando exploraba esta costa occidental de América, pasó por delante del Golden Gate sin darse cuenta del espléndido puerto que había detrás y desembarcó unas millas más adelante. Del mismo modo, el capitán Cook, explorando las costas de Australia, pasó de largo ante los «Heads» sin advertir el puerto y desembarcó unas millas al sur, en un lugar al que llamó Botany Bay por el magnífico espectáculo de flores silvestres que vio.

Al salir el sol, vimos ante nosotros la bella ciudad de San Francisco, que trepa hasta lo alto de las colinas que rodean el puerto, con sus calles de hermosos rascacielos.

Cuesta creer que, en 1906, esta magnífica ciudad quedara destruida por un terremoto, seguido de un incendio devastador que lo arrasó todo. Estuve allí poco después y vi algunas vías del tranvía que aún no se habían reparado; me quedé asombrado al ver cómo el terremoto las había doblado y retorcido en unos instantes.

Un hombre que estaba allí me contó que conducía un tranvía a la hora del desayuno cuando notó una sacudida extraordinaria. En ese momento oyó gritar a una mujer y vio a un hombre salir de una casa a medio vestir, con una navaja de afeitar en la mano. Mucha otra gente corría. Mi amigo le dijo al pasajero que tenía al lado: «Parece que llega el fin del mundo». Entonces se dieron cuenta de que era un terremoto. El hombre de la navaja se estaba afeitando cuando llegó la sacudida y había salido a la calle para que no se le cayera la casa encima.

San Francisco era el puerto de destino de los barcos que venían de Europa rumbo a la costa oeste de América y a las islas de los mares del Sur. Casi todos los libros de aventuras marinas de aquella época hablan de las penalidades terribles que pasaban al doblar el cabo de Hornos para llegar allí, y de las tremendas juergas a las que se entregaban al desembarcar en Frisco. Una vez en tierra, ya no tenían ganas de volver al mar, así que era habitual que los agentes consiguieran tripulaciones emborrachando a esos hombres con bebidas mezcladas y subiéndolos a bordo en ese estado. A esta forma de reclutar marineros la llamaban *shanghaiing*, «mandarlos a Shanghai».

Uno de los lugares interesantes de San Francisco es un pequeño jardín público cerca de los muelles, donde hay un bonito monumento en memoria de Robert Louis Stevenson, el autor de *La isla del tesoro* y de otros libros de aventuras para muchachos. Nos sentábamos allí a charlar con los viejos marineros sobre sus viajes y sobre lo que hacían en los mares del Sur.

Otra parte curiosa de la ciudad es el barrio chino. Allí viven más de 100 000 chinos, que tienen tiendas y casas muy buenas, de estilo europeo, salvo por los nombres tan peculiares de las tiendas y por las letras, curiosísimas y estrafalarias, en que están escritos. En los escaparates de las tiendas de comida verás también animales vivos a la venta: peces en peceras, conejos en jaulas, pollos en gallineros y cosas así. No vi perros, que a los chinos les gustan más que cualquier otra comida, pero sí ranas, muchas, grandes y gordas, como no se ven en Inglaterra. (Yo también comí algunas y están muy sabrosas: parecen pollo tierno). A los chinos les gusta matar ellos mismos lo que van a comer.



Un tallador de piedra chino en su trabajo

Fuimos en coche a ver la bahía del Golden Gate y nos encontramos con que están a punto de construir un gigantesco puente colgante para cruzarla: será el mayor puente colgante del mundo. Ya sabes que a los americanos les gusta tener «lo más grande del mundo». Ya se trate de un puente colgante, un avión, un huracán o una pulga, tiene que ser el más grande del mundo.

Cerca del Golden Gate hay un grupo de rocas en el mar, y aunque nos dijeron que hasta hacía pocos años había focas en ellas, nos sorprendió ver algunas cuando llegamos. Parecían bultos grandes, planos y marrones.

También había un parque grande y muy bonito, en medio del cual había un acuario, mejor que cualquier otro que yo haya visto. Tenía toda clase de horribles bestias marinas.

Unos cocodrilos pequeños flotaban inmóviles en la superficie del agua. Entre ellos flotaban o nadaban tortugas de agua. Una tortuga muy lista se había subido al lomo de un cocodrilo dormido y allí estaba, tomando el sol, sin que el cocodrilo se enterase, como un niño que va a caballito a la espalda de otro.

Había peces vistosos de bonitos colores; otros eran pequeños y planos, con aletas en el lomo que parecían hélices; unas anguilas enormes y espantosas con cara de bulldog; tiburones leopardo, unos tipos aerodinámicos, plateados, naranjas y negros; unos delicados peces de un azul vivo, muy atareados yendo de un lado a otro; peces vela, largos y delgados, con unas narices largas y finas con las que no paraban de golpear las paredes del tanque. Después vimos un tanque lleno de peces tan diminutos que hacía falta una buena lupa para verlos bien.

Era una colección magnífica, y lo único que lamenté fue no tener más tiempo para verla.

25. Llegamos a Vancouver



CUANDO ASOMÉ LA NARIZ FUERA DE LAS MANTAS, EN EL TREN de San Francisco a Seattle, noté mucho frío. Habíamos salido de Frisco un caluroso día de verano y, al mirar por la ventanilla, todo el paisaje estaba cubierto de nieve. ¡Qué cambio!

Pronto, sin embargo, volvimos a pasar del invierno a un verano caluroso. Lo que ocurrió fue que, durante la noche, el tren había subido a 5000 pies (unos 1500 metros) sobre el nivel del mar para cruzar un puerto de montaña donde todavía quedaba la nieve del invierno.

Durante millas y millas atravesamos enormes bosques de cedros altos y pinos. Esto fue en los estados de Oregón y Washington (que no tiene nada que ver con la ciudad de Washington, en el este de los Estados Unidos).

Estos territorios pertenecieron en otro tiempo, en parte, a Gran Bretaña, y una isla de esta costa estuvo ocupada en parte por tropas británicas y en parte por tropas americanas, hasta que se pidió al emperador de Alemania que hiciera de árbitro y decidiera por dónde pasaría la frontera entre las dos naciones. Se dice que el gobernador británico era un novato brillante, y que cuando le preguntaron si valía la pena quedarse con aquel-

las tierras, respondió que no, porque allí los salmones no subían a la mosca.

Durante un largo trecho, el tren avanzó bordeando el brazo de mar conocido como Puget Sound.

Hace algunos años, cuando la cerveza y los licores estaban prohibidos en los Estados Unidos, los contrabandistas de ron traían cargamentos de whisky a las orillas de esta gran bahía y sus cómplices los pasaban a tierra. A estos los llamaban *bootleggers* porque usaban botas altas hasta la rodilla en las que escondían las botellas de licor.

Había otra clase de hombres metidos en este comercio ilegal: los *hi-jackers*. Estos tipos acechaban a los contrabandistas y a los *bootleggers*, les robaban el cargamento y lo vendían caro, y así hacían su negocio a costa de ellos.

Se cuenta que una vez un contrabandista traía su cargamento a Puget Sound en medio de una niebla espesa cuando, de pronto, surgió de la bruma, muy cerca de él, un barco con la bandera del Gobierno, tripulado por un grupo de hombres con uniforme de guardacostas. Le ordenaron de inmediato que se detuviera y se acercara para enseñar la documentación del barco.

No había ninguna esperanza de escapar, así que el contrabandista se acercó. Él y su tripulación fueron hechos prisioneros y subidos a bordo de la otra embarcación, que se llevó remolcado su barco con todo el cargamento.

Los contrabandistas vieron que lo habían perdido todo y que, en vez de hacer fortuna con su carga como esperaban, les aguardaba una larga temporada en la cárcel, así que estaban muy abatidos.

Sin embargo, al poco de ponerse en marcha, uno de los guardacostas se les acercó y les propuso que, si querían arreglar la situación, él les dejaría acercar rápidamente su barco para que se escabulleran en él y se marc-

haran sin ser vistos gracias a la niebla. El precio que pidió fue de veinticinco dólares por cabeza, unas cinco libras esterlinas cada uno.

Los contrabandistas pagaron y subieron a su barco con todo sigilo. Apenas habían empezado a alejarse cuando oyeron las carcajadas de la tripulación de los guardacostas, ocultos en la niebla. Pero no eran guardacostas: eran *hijackers* disfrazados de agentes del Gobierno. Se habían quedado con un barco rápido y su valioso cargamento y, encima, habían cobrado cinco libras a cada uno de los tripulantes. ¡Un buen botín!

Seattle es un gran puerto de mar situado en una estrecha franja de tierra entre Puget Sound y un gran lago de veinticinco millas de largo, conocido como lago Washington.

Mientras estuve allí, organizaron una concentración especial en mi honor.

Tras cuatro horas de travesía desde Seattle por Puget Sound, entre paisajes maravillosos, a bordo de un barco británico, el *Princess Charlotte*, llegamos a la isla de Vancouver, que está a ochenta millas de la costa de Canadá.

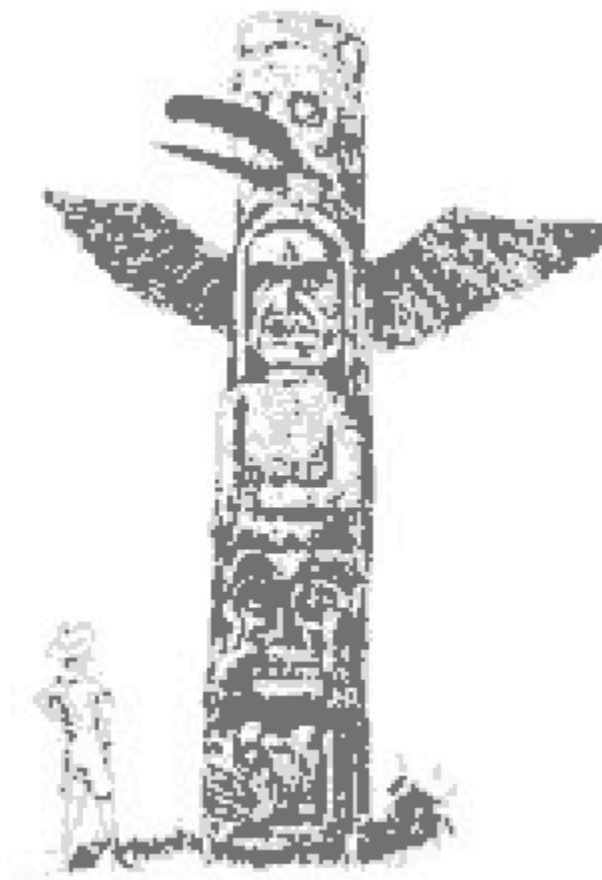
Al desembarcar en Victoria, la capital, creímos estar de vuelta en Inglaterra. Las calles y las casas no se parecían a las de los Estados Unidos o Australia: todas las casas de las afueras tenían jardines llenos de flores vistosas, narcisos, prímulas, violetas, campanillas, etc., como en Inglaterra en verano, con sol radiante y aire fresco. Además, la gente es muy amable y hospitalaria, y está muy apegada al «Viejo País» y al «Hogar», como lo llaman.

Mirando al sur, al otro lado del mar, los Estados Unidos se ven como una línea continua de montañas nevadas. Mirando al este se ve otra cadena de picos nevados, los montes Selkirk y las Montañas Rocosas de Canadá.



La divisoria de las Montañas Rocosas: desde aquí el agua corre por un lado hacia el Atlántico y por el otro hacia el Pacífico

En la isla, que tiene cien millas de largo, se ven indios, pero muy civilizados: visten ropa europea y viven en cabañas. Uno de sus tótems está tallado con las cabezas de los sucesivos miembros de una familia, desde los bisabuelos hasta hoy.



Un tótem indio en Vancouver

Desde lo alto de la colina, mirando por encima del agua, se ven bosques interminables a ambos lados, hasta donde alcanza la vista, y detrás las grandes masas de montañas nevadas que brillan al sol. Es un paisaje bellísimo.

En las estribaciones de las montañas, en la orilla oeste de Puget Sound, esos afortunados que son los scouts de Seattle tienen su campam-

ento, con bosques, arroyos y montañas. En invierno practican el esquí. En los bosques hay animales salvajes, como alces, uapitíes y ciervos; así que, a solo unas millas de la ciudad, tienen bosques de verdad. No es de extrañar que lo hagan bien: son unos scouts muy competentes.

Siempre que llegaba a un sitio nuevo, me iba a pescar si podía, así que al llegar a Victoria fui de pesca. La isla es preciosa, y tiene muchos islotes frente a la costa, además de largas bahías y numerosas ensenadas que se adentran en tierra entre acantilados cubiertos de bosques altos: un paisaje magnífico, y con mucho salmón.

Una de las mejores ensenadas es Saanich Inlet, y allí fui con dos amigos. Solo estuvimos una tarde, y entre todos pescamos siete salmones jóvenes. En realidad fueron siete y cuarto, porque el octavo ya estaba enganchado cuando un pez perro, una especie de tiburón pequeño, vio que el salmón estaba indefenso y no podía escapar, le dio un mordisco y se lo llevó, dejándonos solo la cabeza y los hombros.

No vimos al pez perro, porque estaba en aguas profundas; solo supusimos que debió de ser uno de ellos el que se llevó nuestro pescado. Claro que bien pudo ser un monstruo, como el del lago Ness, porque se dice que en Saanich Inlet hay uno. Muchas personas aseguran haberlo visto. Un testigo prestó declaración jurada ante un comisionado, y el comisionado era, curiosamente, una de las once personas que lo han visto. Según la declaración, mientras remaba hacia un sitio para recoger un pato que había cazado, vio con asombro dos anillos de una especie de monstruo con forma de serpiente que salían del mar, al menos seis pies por encima de la superficie, y que poco a poco volvían a hundirse. Entonces apareció la cabeza, parecida a la de un caballo, sin orejas ni nariz, plana y con los ojos en la parte delantera.

«Estaba solo a diez pies de él, y el pato estaba detrás —contó al periodista del *Victoria Daily Colonist*— cuando, para mi horror, golpeó al

o con el cuello. Me miró con su enorme boca abierta y le vi la lengua y los dientes, que eran como de pez. Juraría que la cabeza medía tres pies de largo y dos de ancho».

«La longitud, cuando lo vi descansando en la bahía, sería de unos cuarenta pies de la cabeza a la cola. Diría que medía eso, si no más. Cuando lo tuve delante, su grosor era de dos pies y medio o tres en la parte más ancha, y se iba estrechando poco a poco como una serpiente. Es de color marrón grisáceo, con el lomo liso, sin espinas ni aletas».

«Las otras once personas que vieron la serpiente han dicho lo mismo. La vieron con toda claridad en varias ocasiones, durante poco tiempo, antes de que desapareciera definitivamente. Debo añadir que nada con la cabeza fuera del agua».

¿Qué opinas? ¿Puede ser que toda esa gente inteligente y respetable sufriera una epidemia de alucinaciones, o existe de verdad esa extraña criatura marina desconocida?

En cualquier caso, aunque les dé por «ver cosas», mientras estuvimos allí organizaron una espléndida concentración scout.

26. «Soy un piel roja»



ALLÍ ESTABAN, DE PIE Y EN FILA, LOS ALTOS PIELES ROJAS, CON toda la gloria de sus penachos de plumas, sus túnicas de cuero blanco y sus pantalones ricamente bordados con cuentas de colores, envueltos en mantas grises. Aguantaban en pie el viento frío para darme la bienvenida como hermano, como jefe indio de su pueblo. Bajo el sol ofrecían un espectáculo magnífico, tal como se ve a los pieles rojas en los cuadros con sus pinturas de guerra.

Eran los sarcee. Hace muchos años, la primera vez que los visité, me infundieron el espíritu de Águila Manchada, uno de sus jefes que había muerto y cuya alma andaba entonces sin hogar. Águila Manchada estuvo presente sin que nadie lo viera (así lo cuentan ellos) en la batalla en la que los indios pies negros acabaron con todo un escuadrón de caballería estadounidense al mando del general Custer, que había ido a castigarlos. Aquello ocurrió en 1879.

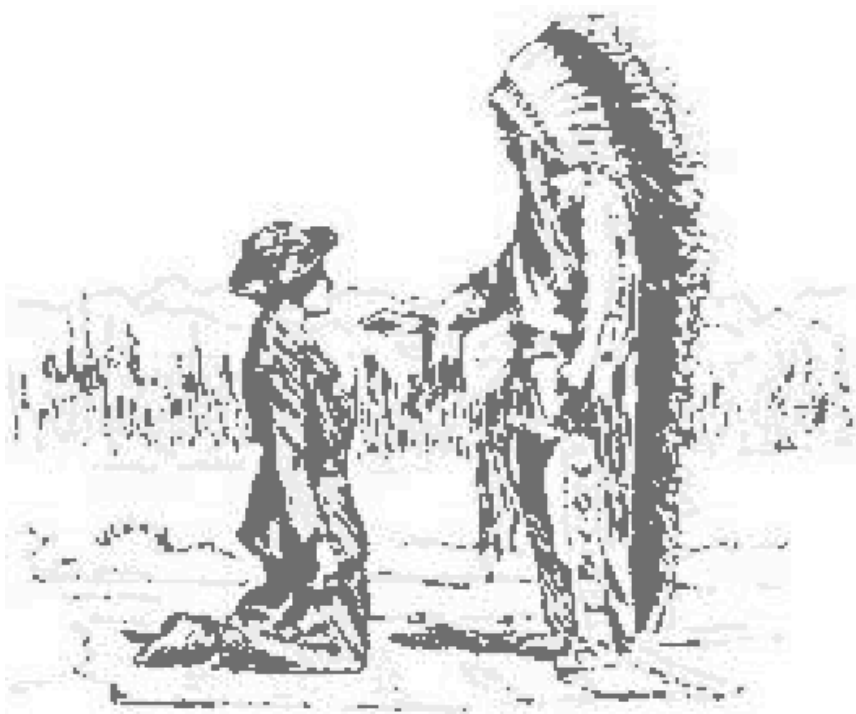
Los indios creen que, cuando un hombre muere, su alma sigue viva y puede unirse al alma de otro hombre, vivo, que tenga un carácter parecido al suyo. Hace veinte años, los jefes sarcee celebraron una ceremonia en la que llamaron del cielo al espíritu de Águila Manchada para que se uniera conmigo.

Por eso ahora me reciben como a un hermano. El jefe, un viejo guerrero de rostro severo llamado Gran Pluma, me dio una cordial bienvenida en un inglés chapurreado. Después recorrí la fila y saludé a todos los guerreros de la tribu, y luego a todas las mujeres y los niños, y también a los muchachos, que habían formado una Tropa dentro de la tribu.



Y entonces, ¿sabes qué pasó? Extendieron una manta en el suelo y pidieron a mi esposa, la Jefa Guía, que se arrodillara en ella. El segundo jefe

pronunció unas palabras en su lengua y la hizo miembro de la tribu. Supongo que, como ella llevaba la condecoración de la Orden del Pez de Plata, le dio el nombre indio de Emonis-Ake, que significa «Mujer Nutria».



La ceremonia en la que la Jefa Guía recibió el nombre de Emonis-Ake, Mujer Nutria

Así que la Jefa Guía y yo somos pieles rojas.

En la gran concentración, que fue realmente grande, con 5400 scouts y guías en la pista, una Tropa de scouts y guías indios, todos con sus pintorescos trajes tradicionales, nos ofreció una magnífica exhibición de sus danzas nacionales, al son de los tantanes y de un estruendoso coro de cantos. Pertenecían a otra tribu, no a la de los sarcee, sino a la de sus amigos

los pies negros. Se llaman así por una leyenda que cuenta que caminaron por llanuras ennegrecidas por el fuego.

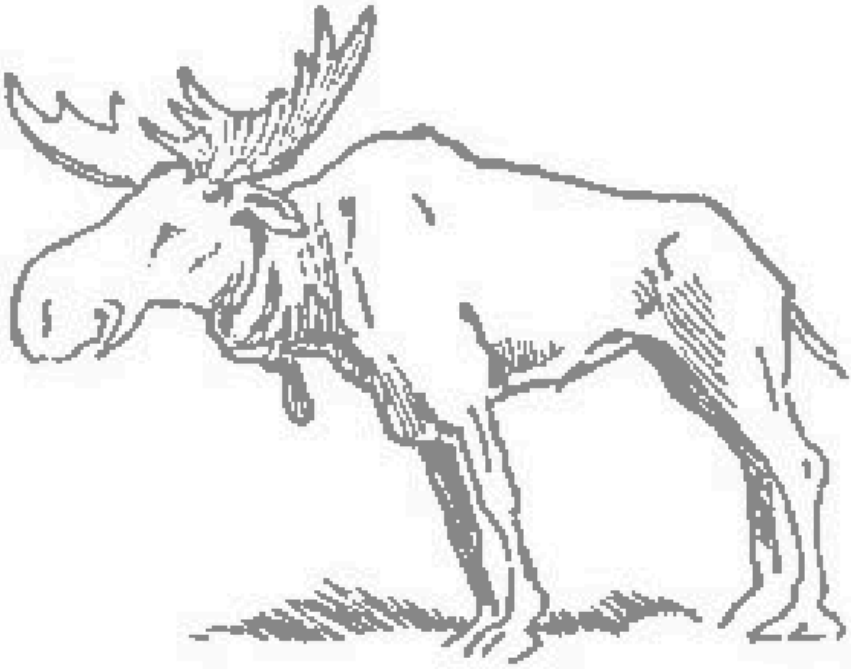
Es muy bonito ver que los pieles rojas se han unido a los scouts y a las guías.

27. El último lapón de Laponia



MIENTRAS ESTUVIMOS EN LAS MONTAÑAS ROCOSAS, NOS QUEDAMOS sin ver dos animales: el alce y el oso.

Alces había, desde luego: sus huellas frescas en la nieve nos lo decían. Son más grandes que el ganado corriente, tan altos como un caballo grande, de diecisiete palmos. Son feos, y creo que lo saben, porque no les gusta que los vean, sobre todo de día. Por eso se escondían en la maleza cada vez que intentábamos verlos.



El alce es un animal feo

En cuanto a los osos, todavía estaban en la cama, los muy perezosos. Cuando llega el invierno, cada oso busca una cueva o un hueco donde tumbarse a dormir, y allí duerme unos tres meses. No necesita comer, apenas consume aire —en realidad respira muy poco— y su pulso es lentísimo: late una vez por minuto. ¿Y el tuyo, a qué ritmo late? Cuando llega la primavera se despierta, la sangre le vuelve a circular y respira como siempre.

Por los alrededores de Banff, los osos se vuelven muy mansos y se acercan a tu campamento cuando no estás. No solo hurgan en toda tu comida

a, sino que han aprendido que las latas tienen dentro cosas buenas, así que las cogen y las abren.

Un amigo que vive allí y conoce bien sus costumbres me contó que una vez se encontró con un grupo de turistas que estaban de merienda campestre junto a su coche cuando llegó un oso y se unió a la fiesta. Ellos salieron corriendo, muertos de miedo, mientras el oso se comía su comida. Después se metió en el coche para ver si encontraba algo más.

Entonces mi amigo les enseñó lo que tendrían que haber hecho: fue hasta donde estaba el oso y le dio una buena bofetada. El viejo Baloo no esperó a recibir otra y se marchó con paso pesado, pero a toda prisa, lamiéndose la parte dolorida.

Los oseznos son una maravilla de ver: les gusta jugar unos con otros y son unas criaturas simpáticas y graciosas, como los lobatos. Pero cuando crecen, los de la especie *grizzly* se vuelven muy peligrosos y, si se les despierta, atacan a un hombre y lo matan.

En Canadá se pueden vivir muchas aventuras entre los animales salvajes. Gracias a los numerosos parques nacionales (zonas en las que está prohibido poner trampas, disparar o cazar), los animales silvestres de toda clase no solo se conservan, sino que se multiplican. Es el caso de los castores, las mofetas, las nutrias, los visones, los zorros, las martas, los lobos, los ciervos, los alces, los antes y los caribúes.

A los bisontes los mataron por millares en las praderas donde pastaban, hasta casi acabar con ellos. Sin embargo, hace unos años se reunió a un grupo de supervivientes y se los llevó al Parque Nacional de Wainwright, y ahora son ya unos 6000.

También ha terminado con éxito la larga travesía de los rebaños de renos que el Gobierno de Canadá compró hace unos años en Alaska para asegurar comida abundante a los esquimales que viven en el valle del MacKenzie, al borde del Ártico.

El rebaño tuvo que recorrer 1100 millas hasta su futuro hogar, y el contrato establecía que debía entregarse en la orilla oriental del río Mackenzie, cerca del delta. El encargado de conducirlo fue un lapón llamado Andy Bahr, de más de sesenta años, que emprendió el viaje en diciembre de 1929 con trescientos renos. Su equipo inicial lo formaban seis esquimales, otros tres lapones, un médico y un geógrafo, pero todos lo fueron abandonando en distintos puntos del camino, y él tuvo que contratar gente nueva a lo largo del viaje.

Un rebaño tan grande solo podía avanzar despacio, porque cada día había que darle tiempo para comer, y tuvieron muchas dificultades para cruzar aquel desierto sin caminos y soportar la dureza del clima subártico. Las ventiscas en invierno y las plagas de mosquitos en verano retrasaron aún más al rebaño. Las manadas de lobos lo acosaban por los flancos y se cobraron muchas víctimas, pero Bahr siguió empujando el rebaño hacia el este, sin parar, durante más de cuatro años. El último verano llegaron a la orilla occidental del río Mackenzie, pero el hielo empezaba a romperse y, tras varios intentos fallidos de cruzar, Bahr decidió esperar en la orilla oeste hasta que el río volviera a helarse en invierno.

Ahora ha llevado por fin el rebaño a su destino, unos pastos excelentes. Cerca de la mitad de los renos con los que salió murieron por la dureza del viaje, pero cada año nacían crías nuevas, y el rebaño no es menor que al principio. Habrá que seguir con interés el resultado del experimento. Si sale bien, será una gran ayuda para los esquimales para quienes se trajo el rebaño, que habían visto mermar sus reservas de caribúes y morsas, a menudo en peligro de desaparecer.

28. La emocionante caza del bison



ME SENTÍA COMO SI HUBIERA VUELTO A MI CARAVANA, LA QUE me regalasteis los scouts en el Jamboree de 1929.

Vivimos en un vagón de tren acondicionado como una caravana o un yate, que nos han alquilado para que nuestro viaje por Canadá sea más cómodo. A bordo, cada uno tiene un pequeño dormitorio, y hay un comedor y una cocina bien equipados. Cuando queremos viajar, enganchan el vagón a un tren, y cada vez que queremos detenernos a visitar a los scouts, lo desenganchan y lo dejan en una vía muerta.

Pues bien, aquí estamos, en una vía muerta en Banff. Cerca tenemos los bosques y, detrás de ellos, mires hacia donde mires, al norte, al sur, al este o al oeste, se alzan grandes montañas coronadas de nieve, porque, como sabes, o al menos deberías saber, Banff está en lo alto, en medio de las Montañas Rocosas.

Todo el territorio de alrededor, unas 3000 millas cuadradas, es lo que se llama un parque nacional, es decir, una reserva de animales salvajes y de aves. A nadie se le permite cazar, poner trampas ni disparar; por eso los animales, aunque viven en libertad, no tienen miedo a la gente.

Esta mañana salimos a ver un poco de fauna. Había huellas en la nieve por los senderos que rodean el pueblo y el ferrocarril.

La ciudad en sí no es muy grande, pero todas sus calles llevan nombres de animales: calle de los Osos, de los Alces, de los Antes, de los Lobos, de los Conejos, de las Ardillas... El lugar entero respira vida animal.

A poca distancia, ya en el bosque, pasamos junto a un pequeño rebaño de animales que parecían grandes ovejas, pero del tamaño de un poni, casi sin cola, y los machos tenían unos cuernos preciosos. Las llaman cabras salvajes, y es entretenido verlas trepar por las laderas rocosas y quedarse quietas en una postura perfecta para la foto, así que no pude resistirme a filmarlas.

Después pasamos junto a las casas de unos castores. Estas *lodges* (*N. del T.: conservo la palabra inglesa, porque no sé cómo se llaman en español estas madrigueras*), que así se llaman, son grandes cúpulas de seis pies de alto por diez de ancho (unos dos metros por tres), hechas de palitos y ramas unidos con barro. Alrededor, a lo largo de cincuenta o sesenta yardas, los castores han excavado canales para llevar el agua hasta sus madrigueras, y más abajo han cortado el arroyo con presas hechas también de ramas y palitos.

¿Para qué construyen presas?

Verás, hacen la madriguera de esta manera: junto al arroyo levantan una especie de montículo de tierra redondo, con una entrada a ras de suelo. Encima construyen un techo en forma de cúpula con ramas, palos y barro. Luego, para impedir que los enemigos entren por la puerta, excavan el terreno que rodea la madriguera hasta que el agua sube lo suficiente para ocultar la entrada. Para conseguirlo, abren canales que traen el agua del arroyo y levantan una presa que eleva el nivel y lo hace más profundo.

Construyen sus presas con tanta habilidad como las personas, pero trabajan el doble de duro para terminarlas.

Vimos una manada de wapitíes (*N. del T.: ciervo de las montañas de Canadá*). Se parecen a los ciervos rojos que puedes ver en el gran parque

de Windsor o en Escocia, pero son más grandes y tienen una cornamenta espléndida. Muy hermosos.

Después pasamos junto a un grupo de bisontes muy peludos y de aspecto soñoliento, unos monstruos que se mueven despacio y con pesadez. Estaban encerrados en un cercado en el que no nos dejaban entrar, porque, por tranquilos que parezcan, tienen un genio muy vivo y se mueven todavía más deprisa. Cuando se lanzan, corren tanto como un caballo, como vi con mis propios ojos la última vez que estuve allí.

Un vaquero cruzaba a caballo el cercado cuando un viejo bisonte bajó la cabeza y se puso a escarbar el suelo con las pezuñas. Parecía que iba a tumbarse, pero en realidad aquello significaba cualquier cosa menos eso: se estaba preparando para embestir. El cuidador hizo girar su montura y se dirigió a la puerta del cercado, pero el bisonte lo siguió a tal velocidad que no tenía forma de llegar a tiempo de abrirla antes de que lo alcanzara.

El cuidador dio la vuelta a su caballo y galopó trazando un amplio círculo, con la esperanza de que el bisonte se detuviera. El animal lo siguió, y de nuevo, al llegar cerca de la puerta, la bestia iba demasiado pegada a él para darle tiempo a abrirla. Volvió a dar otra vuelta hasta la puerta, y parecía que el bisonte iba tan cerca que no podría cruzarla sin que lo alcanzara.

Por suerte, esta vez había alguien junto a la puerta que, al ver el aprieto en que estaba, se la abrió y, en cuanto pasó, se la cerró de golpe en las narices al toro que lo perseguía.

Jinete y caballo seguían jadeando tras su arriesgada huida cuando llegó un autobús lleno de turistas, que le dijeron:

—¿Podría repetirlo? Hemos llegado demasiado tarde para ver el número.

29. La Policía Montada



REGINA, EN LA PROVINCIA DE SASKATCHEWAN, ES UNA GRAN ciudad en plena pradera abierta. Allí está el cuartel general de la Real Policía Montada del Noroeste, o los *Mounties*, como también se les llama.

Como seguramente sabrás, es el mejor cuerpo de su clase en el mundo. Son hombres altos y elegantes, medio soldados y medio policías, hábiles montando a caballo y disparando, y capaces de valerse por sí mismos tanto en el invierno ártico como en el calor del verano.

Tienen que desenvolverse igual de bien a caballo, en canoa o con trineos de perros. Y como están repartidos en grupos de uno o dos por los rincones más apartados del país para mantener el orden entre los rufianes de los distritos mineros, los indios salvajes, los contrabandistas, los ladrones de caballos y demás indeseables, tienen que ser fuertes y valientes, y valer cada uno por seis hombres. Y lo valen. El resultado es que, cuando un malhechor cae bajo su mirada, ya tiene detrás un sabueso que no lo suelta.

El uniforme consiste en el sombrero vaquero, como el de los scouts, la guerrera roja, el pantalón azul de los dragones, guanteletes marrones y botas de montar.

Los canadienses son muy respetuosos con la ley y el orden, están muy orgullosos de su Policía Montada y siempre se ofrecen a ayudarla. Por eso los criminales que prosperan en Estados Unidos no tienen ninguna oportunidad en Canadá.

El otro día, dos muchachos encontraron una pistola debajo de un matarral. Ya sabes lo que hace un chico cuando encuentra una pistola: la esconde como su tesoro máspreciado, hasta que un día seguramente se la enseña a sus amigos, apunta a uno de ellos, la cosa sigue adelante... y hay un muchacho menos en el mundo.

Pero los chicos de los que te hablo eran canadienses. No hicieron tonterías con la pistola, sino que la llevaron al *Mountie* más cercano. La policía disparó la pistola contra un bloque de jabón y comprobó que la marca coincidía exactamente con la de la bala encontrada en el cuerpo de un hombre asesinado. Gracias a aquella pistola pudieron seguir el rastro del crimen hasta un hombre que fue juzgado sin demora y ahorcado por ello.

Así que ya veis, muchachos: por muy jóvenes y fanfarrones que seáis, podéis ser útiles, si queréis, y ayudar a la policía.

¿Se han mudado alguna vez tus padres?

¿Verdad que es un trabajo tremendo empaquetar todo lo que tienes y recoger todos los muebles, las alfombras, las cortinas, los utensilios de la chimenea, los adornos de porcelana, los colchones, sacarlo todo de su sitio y meterlo en cajas para llevárselo? Y luego, unos días después, hay que desempaquetarlo todo otra vez y colocarlo en la nueva casa, cada cosa en su sitio, las que no se hayan roto o perdido. ¿No es un trabajo de nunca acabar?

Pues en Canadá tienen una forma mejor de hacerlo. Cuando se mudan de casa, se llevan la casa. Trasladan la vivienda entera, tal como está, al lugar donde quieren vivir.

Verás, allí las casas son lo que llaman casas prefabricadas: son todas de madera, sobre una base fuerte también de madera. Unos potentes gatos, parecidos a los que se usan para levantar los coches, se colocan debajo del armazón de la casa para elevarla un pie o dos del suelo. Debajo se ponen trozos de vigas de andamio que sirven de rodillos. Se engancha un tractor delante, y en marcha. La familia puede quedarse sentada dentro mirando por la ventana mientras la casa viaja a su nuevo emplazamiento.

* * *

Cuando mi hijo Peter tenía unos seis años, los lobatos de Winnipeg le regalaron una bonita piel de lobo. Cuando la recibió, él y sus hermanas bailaron una danza de guerra con un canto que se inventaron y que decía así:

Winnipeg en medio de, Winnipeg en medio de, Winnipeg en medio
de Cana, Canadá.

Por eso, cuando llegamos a Winnipeg en nuestro viaje, supe que estábamos a mitad de camino en la travesía de Canadá.

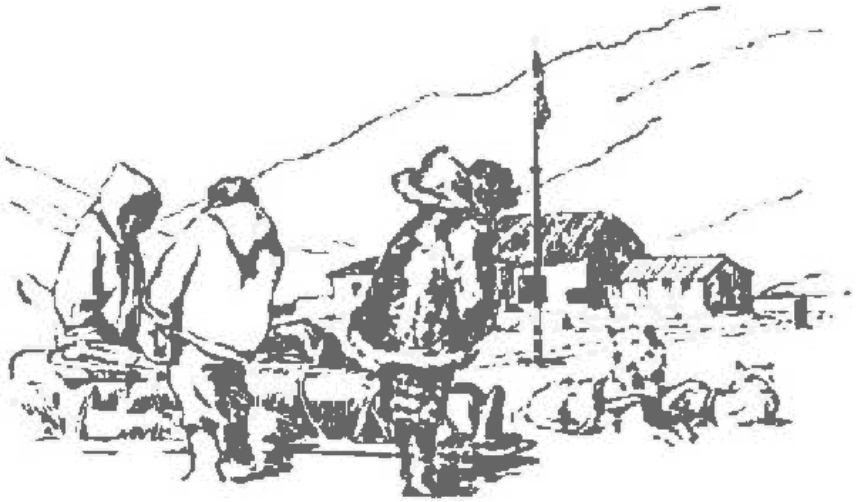
Era el día del Jubileo del rey, y me alegró poder encender aquí, en el centro de Canadá, la hoguera de los scouts.

Los scouts y guías de la concentración, algo más de 6000, eran de los mejores que había visto, y lo pasamos estupendamente con ellos.

Desde muy niño siempre había querido visitar Winnipeg, o Fort Garry, como se llamaba antiguamente. Había leído sobre el lugar y siempre me lo imaginaba como un fuerte amurallado de la Compañía de la Bahía de Hudson, en medio de la llanura, adonde los pieles rojas y los tramperos acudían a comerciar con sus mercancías y donde los blancos podían defenderse de los pieles rojas.



Así era en los viejos tiempos, pero cuando visité el lugar por primera vez no se parecía en nada a aquello: era una espléndida ciudad moderna, con sus rascacielos, sus tranvías y sus magníficos edificios del Parlamento.



Un puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson

Y de pronto, en medio de todo esto, me encontré con una pequeña puerta fortificada. Es todo lo que queda de Fort Garry, y se conserva como recuerdo de los viejos tiempos de los pioneros, cuando Winnipeg era una plaza fortificada.



Viejo fortín de la Compañía de la Bahía de Hudson

Cuando estuve en Winnipeg hace unos años, el general Sam Steele me llevó a conocer el lugar. Había sido uno de mis oficiales de policía en Sudáfrica, y pasó gran parte de su vida en la Real Policía Montada de Canadá.

En sus primeros tiempos de servicio se alistó como soldado raso en la expedición del río Rojo de 1870, enviada a sofocar la rebelión encabezada

por Riel. La organizó el coronel Wolseley, que con el tiempo llegaría a ser mariscal de campo y vizconde Wolseley. Riel se había apoderado de Fort Garry con una fuerza de gente de clase baja y de franco-canadienses para impedir que aquella parte del país pasara a ser canadiense. Creía que ninguna tropa podría llegar hasta allí desde el este de Canadá, por los bosques, los pantanos y los torrentes que había en el camino. Pero los hombres del coronel Wolseley no se dejaron intimidar. Llegaron sobre todo en barcas, a pesar de lo difíciles que eran los ríos, y aparecieron a unas seis millas de Fort Garry el 23 de agosto de aquel año.

Planeaban atacar el fuerte esa misma noche, pero se desató un temporal de lluvia y viento. El terreno se convirtió en un pantano, así que el comandante renunció a atacar aquella noche. Al día siguiente llevó a sus tropas río abajo y desembarcaron a dos millas del fuerte. Avanzaron sin que se disparara un solo tiro, y los exploradores que rodearon el fuerte por el otro lado encontraron la puerta abierta. A Riel y a sus hombres se les vio a lo lejos huyendo río abajo.

Ese fue el fin de los disturbios. Se ocupó el fuerte, se volvió a izar la bandera británica, se dieron tres vivas a la reina y se restableció la ley y el orden en la nueva provincia de Manitoba.

Y desde aquel día, Winnipeg empezó a crecer.

Todavía viven algunos hombres que recuerdan los primeros tiempos de Winnipeg. El sargento de armas del edificio del Parlamento me contó que conoció el lugar cuando solo tenía cuarenta casas, y ahora es una de las mayores ciudades de Canadá, con 600 000 habitantes.

* * *

Gran parte de Ontario es una red de lagos y ríos entre bosques muy espesos, por lo que resulta difícil abrir carreteras.

La gente viaja en canoas ligeras. Con tu canoa puedes remontar los ríos y cruzar los lagos, llevando tus fardos de ropa y comida, y cuando tienes que atravesar el bosque hasta el siguiente tramo de agua, cargas con los fardos y con la canoa.



Remando en Canadá

Por lo general viajan juntos dos hombres, a veces tres, y mientras uno lleva la canoa a través del bosque, los demás cargan con los fardos. Esta

parte del viaje se llama *portaging*, y el terreno por el que se camina, *portage*.

Para llevar la canoa, te la pones en la cabeza como un sombrero enorme. Primero atas los dos remos, con los mangos cruzados, al travesaño de la canoa; luego le das la vuelta y la levantas por encima de la cabeza, de modo que los remos queden apoyados en tus hombros. Los hombros soportan el peso y la cabeza queda dentro de la canoa.

La canoa pesa unas cuarenta libras y parece un sombrero bastante incómodo para llevarlo por un bosque enmarañado o por rocas y terreno accidentado, pero es asombroso lo pronto que un hombre se acostumbra a cargarla.

Los demás del grupo llevan los fardos con la comida, la tienda, la ropa de muda, las mantas y los utensilios de cocina. Pueden pesar entre sesenta y setenta libras.

Puede parecer muy pesado levantar y cargar todo eso como un mozo de equipajes, pero resulta ligero si se lleva como se hace en Canadá: a la espalda, con una correa que pasa por la frente. A esa correa la llaman «cinta de carga», y recomiendo a cualquiera que tenga que llevar un fardo grande que lo haga así. Un bulto grande se lleva mucho más fácilmente de esta manera que colgado de los hombros.

Ponte la correa sobre la frente y deja que el fardo descansa en tu espalda, con la correa bajando a cada lado de la cabeza. Así podrás cargar mucho peso con facilidad.

En el campo y en la ciudad encontrarás trabajadores y encontrarás vagos, pero en los campos de Canadá no encontrarás muchos vagos. No durarían ni un día: nadie los contrataría. En los bosques remotos, todos comparten con los demás como algo natural, y cada uno, ya sea el dueño que paga la expedición o el que cobra por hacer de guía, carga con sus fardos igual que los demás. Nadie intenta llevar el más ligero ni pide a otros

que carguen con lo suyo. Cada uno lleva su propia bolsa o, dicho de otro modo, «rema su propia canoa».

Y eso es lo que hace en el viaje de la vida toda persona con entereza: asume su parte del trabajo y de las dificultades, sean pesadas o ligeras, y no intenta que los demás le hagan su tarea.



Donde la única carretera es un río

30. En una granja de zorros



C UANDO ESTUVE EN LA PROVINCIA CANADIENSE DE NUEVO Brunswick, pasé unos días pescando en un lugar con el curioso nombre de Penobsquis. El pueblo, de unas pocas casas y granjas, está en un precioso valle boscoso. Los bosques están llenos de ciervos y ratones, y los ríos, de truchas. La mayoría de las granjas son granjas de zorros, es decir, crían zorros plateados para peletería. Visité una de ellas, y fue interesante verlos y oír hablar de ellos.

El dueño tiene veintiocho hembras y nueve machos, y las hembras han tenido en total noventa y nueve cachorros.

Cada madre vive con sus crías en una jaula aparte, de tela metálica, montada sobre postes para que las ratas no vengan a comerse su comida. Los zorros son negros, con una mancha en la punta de la cola. Son muy hermosos, pero muy tímidos.

Cuando ven que se acerca un extraño, se ponen rígidos y se tumban. Por eso el granjero nos advirtió que fuéramos detrás de él al acercarnos y mientras le hablábamos.

La madre salió de su madriguera con mucha cautela y se arrastró hasta su dueño, hasta acercarle el hocico para que la acariciara. Después dio una vuelta por la jaula haciendo un sonido curioso. Era, nos explicó él, la llam-

ada a sus cachorros para que salieran de la madriguera. Entonces asomó por la entrada una cabecita de zorro con un par de orejas puntiagudas y, centímetro a centímetro, la siguió el cuerpecito peludo. Luego salió arrastrándose un segundo cachorro, deseoso de ver la diversión. Pero otros tres miembros de la familia se quedaron en la madriguera, aunque los gruñidos de la madre los invitaban a salir a saludarnos.

Lo que ocurría era que, en un corral cercano, otra madre estaba avisando a su familia de que no saliera, y los pobres cachorritos de la primera familia no sabían a cuál de las dos llamadas tenían que obedecer, así que prefirieron quedarse dentro. Los cachorros eran preciosos y, cuando estaban solos, jugaban y se divertían alegremente unos con otros. Pero eran delicados y necesitaban muchos cuidados, con una dieta de huevos y otras cosas. Su vida, aunque alegre, es corta, porque cuando alcanzan su tamaño adulto y tienen ya su pelaje completo, los matan y sus pieles van al mercado. Aunque son pequeños, valen mucho: cada piel se cotiza entre 8 y 10 libras esterlinas.

31. En Terranova



EN ESTE VIAJE HE ESTADO EN DOS SYDNEY. LA PRIMERA, CLARO está, es la capital de Nueva Gales del Sur, y la otra está en Nueva Escocia, en Canadá.

En esta Sydney hay una gran fábrica de hierro y acero, y es además el puerto de embarque para Terranova. Está en la isla de Cabo Bretón, en el extremo más oriental de Canadá.

La travesía por la desembocadura del San Lorenzo, que tiene noventa y seis millas de ancho, dura unas ocho horas en verano; en invierno lleva más tiempo, porque el mar se cubre de hielo y el barco tiene que abrirse paso a través de él. Nuestro barco, el *Caribou*, está construido con planchas de acero y puede montarse sobre el hielo y romperlo con su peso.

Por suerte para nosotros, el hielo ya había desaparecido cuando cruzamos, y así llegamos a Port-aux-Basques, en Terranova.

Port-aux-Basques es un lugar tranquilo, un puerto de casas dispersas rodeado por una barrera de montañas rocosas, en una estrecha entrada de mar que forma un puerto natural. Nuestro barco dio la vuelta y entró de popa. Un viento frío barría el lugar y había algo de nieve en las montañas... ¡en julio!

Mi primera aspiración fue ser scout marino, mucho antes de que se inventaran los scouts, cuando de niño leí *El viaje del «Adventure» y del «Beagle»* (*The Voyage of the «Adventure» and «Beagle»*). Allí conocí a aquella gente tan recia, los patagones de Sudamérica, que se pasan la vida en canoas, pescando en mares tormentosos, entre ventiscas y nevadas, y sin ropa. Me parecían grandes héroes.

Pero, durante todo ese tiempo, existían otros hombres de nuestra raza igual de duros, a los que conocí más tarde: hombres que andan por el hielo, que afrontan el peligro y la falta de comodidades con buen ánimo y una determinación que les dio gran fama en la Gran Guerra. Eran los hombres de Terranova.



Un viejo cazador de alces

Más de una vez había pasado de largo junto a su tierra, y ahora, por fin, había desembarcado en ella.

El tren nos llevó hacia el interior y, en dos horas, estábamos en un paisaje de bosques verdes y aire templado.

Aquí nos quedamos unos días para descansar y pescar. Vivimos en un vagón de tren, en una vía muerta de una estación, y fue muy agradable.

Terranova no es como Inglaterra. Es una isla enorme, la quinta más grande del mundo, según nos dijeron, pero gran parte de ella está deshabitada, salvo por las moscas: hay lagos, pantanos, rocas y bosques.

El tren va de Port-aux-Basques, en el oeste, a St. John's, la capital, en el este.

Donde estamos nosotros, en el oeste, apenas hay caminos aparte de la vía del tren, y el tren pasa dos veces por semana. Los troncos se cortan en bruto y se transportan como lo que aquí llaman «maderamen» y en Canadá llaman «madera aserrada».

Aquí y allá, a lo largo de la línea, llegábamos a vías muertas con nombre, pero sin estación, y con montones de madera listos para embarcarlos y llevarlos a las fábricas de pasta de papel del interior.

Y ahora hemos llegado a Grand Falls, más o menos en el centro de Terranova. Durante muchas millas hemos viajado entre pantanos, y en los que tenemos ahora alrededor quedan restos de nieve en junio. Al cruzar el tren un río caudaloso, vimos que arrastraba en su superficie millones de troncos cortados. Todos vienen de los bosques y van a parar a una cadena tendida de orilla a orilla para detenerlos. Allí se acumulan en una enorme masa de madera, apretados por la corriente, y forman un montón de media milla a lo largo del río y un cuarto de milla de ancho.

Cuando leas el periódico, te interesará saber que una vez fue uno de esos troncos que bajaron por el río Exploits hasta Grand Falls.

El papel del *Daily Mail* se fabrica aquí, en Grand Falls, en Terranova. Aquel tronco salió de uno de los millones de esbeltos pinos que crecen en las siete mil millas cuadradas de bosque que posee el *Daily Mail*. El río lo trae hasta una escalera mecánica que lo saca del agua y lo sube por una rampa, para dejarlo por fin sobre un montón de otros troncos, a la espera de que se necesiten. Y cuando digo «montón de troncos», estarás de

acuerdo en que es grande si te digo que es tan alto como la abadía de Westminster.

Por debajo de ese enorme montón corre un fuerte caudal de agua cubierto por un techo desmontable. Lo llaman «la tienda de campaña». Cuando hacen falta troncos, se quita el techo, los troncos caen al canal y la corriente arrastra nuestro tronco hasta que otra escalera mecánica lo saca de nuevo y lo lleva a lo que mi guía llamaba «Eton y Harrow». Allí el tronco cae por una rampa a un gran cilindro que silba al girar. Es como un enorme colador de cocina, con los costados llenos de agujeros y abierto por los extremos. Los troncos dan vueltas y se frotan unos contra otros hasta que pierden toda la corteza; luego, empujados por los que vienen detrás, llegan al extremo abierto y salen ya bien limpios y raspados. Por eso lo llaman «Eton y Harrow»: los troncos son como la multitud de muchachos que van a esos colegios, donde, a fuerza de rozarse unos con otros, pronto pierden sus asperezas, y al final sale un muchacho amable y pulido, listo para su trabajo en el mundo.

Así, nuestro tronco sale de «la escuela» y se desliza por otro canal de agua que lo lleva a la siguiente fase.

Aquí lo meten en un gran embudo y una prensa hidráulica lo aprieta contra una muela. La muela gira a 250 revoluciones por minuto y, en pocos segundos, lo reduce a astillas, que se muelen hasta convertirse en pulpa, igual que un potaje.

¡Pobre tronco!

Pero un amigo suyo, otro tronco, fue a parar a otro embudo y cayó de cabeza. Al fondo de ese embudo hay una potente máquina de cuchillas rapidísimas que en dos segundos lo corta en trocitos. Esos trozos se cuecen en un gran caldero, mediante un proceso químico, hasta que también se convierten en una especie de potaje, aunque más parecido a lana mojad-

a, porque tiene la consistencia de las fibras de lana, que salen del propio tronco.

Al final, el potaje y la lana de fibras se mezclan en una gran máquina mezcladora y salen como una película, como una pasta fina, sobre una ancha tela metálica sin fin. Esa película avanza a lo largo de la tela, se va secando poco a poco y, al dejar el soporte de alambre, pasa por una plancha mecánica que le quita la humedad que le quedaba. Y, por fin, nuestro tronco se ha convertido en una hoja de papel.

Nunca había visto un país como Terranova, con nombres de lugares tan curiosos. ¿Qué te parecen estos?: «Delicia del Corazón», «Mosquito», «La Gavia», «La Gavia de Proa», «La Gavia Perdida», «Ven por Cambio», «El Lugar donde Caen los Hombres».

Además, a lo que nosotros llamamos *lake* (lago), en Terranova lo llaman *pon*; a lo que llamamos *pathway* (sendero), ellos lo llaman *trail*; a un bosque espeso lo llaman *barrens*, y *blasty bouge* es el nombre que dan a una rama seca que arde con buena llama.

Hablando de incendios, los habitantes de Terranova les tienen mucho miedo, porque cuando empieza uno se extiende por una gran superficie, arrasa millas de campo y destruye millas de árboles valiosos. Por eso por todas partes se ven carteles de aviso, todos distintos, para llamar más la atención. Uno de ellos, que vale también para los scouts, dice:

Un fuego de campamento apagado es un deber bien cumplido.

Y otro:

No mezcles arena con picadillo, ni colillas con hierba seca, ni truchas con arenques pasados, ni el bosque con restos encendidos de la pipa; no fumes cuando vayas por el bosque en la temporada de incendios.

Un novato, un *pie tierno*, después de encender la pipa sopla la cerilla y la tira al suelo. Un hombre de los bosques parte la cerilla por la mitad antes de tirarla. ¿Por qué? Porque, si la cerilla no está bien apagada y todavía arde, se lo hará saber quemándole la mano.



Un pie tierno

Los incendios son una molestia y un peligro en Terranova, pero, gracias al cuidado que se pone, son pocos. Las moscas, en cambio, molestan en todo momento.

Los mosquitos llegan zumbando a tu alrededor y te pican en los sitios más inesperados. Parece que les gusta especialmente el sabor de las orejas humanas. Pero no son tan malos como las moscas negras. Son unos bic-

hos muy pequeños, que parecen no tener brazos, no te pican ni avisan de que llegan. Simplemente se acercan en silencio, te arrancan un pedacito, se van volando a un árbol cercano y se lo comen. O eso me dijeron.

Las ventanas y las puertas exteriores de nuestro vagón están cubiertas con una fina tela metálica para que no entren las moscas.

Los que viven en granjas o en aldeas tienen que arreglárselas como pueden para cubrir sus necesidades, porque no hay carreteras y apenas hay tiendas, salvo en los pueblos. Así que, cuando quieren algo, no pueden ir a comprarlo a la vuelta de la esquina, como hacéis vosotros: tienen que fabricarlo. Tengo delante un carro hecho en casa. Un palo largo se abre en dos, en forma de horquilla; los dos varales están unidos por una serie de travesaños, como los peldaños de una escalera ancha. Esta escalera descansa sobre un eje de madera con un par de ruedas, y ahí tienes tu carro.

Los arneses de los caballos están hechos casi todos de cuerda. Para el trabajo de invierno, o cuando un hombre no puede comprarse un par de ruedas, pone unos patines de madera bajo los varales, y el carro se convierte en realidad en un trineo. Cuando quiere una carretilla, se fabrica del mismo modo un trineo pequeño. ¡Qué buena idea de carro para una Patrulla!

La gente tiene que guardar en establos a los caballos, las vacas y las ovejas durante el invierno, porque los pastos quedan cubiertos por una espesa capa de nieve y no hay nada que comer.

En verano dejan sueltos a los animales para que vayan adonde quieran a buscarse la comida. Los bueyes y las ovejas se adentran mucho en los bosques en busca de pasto, pero sus dueños no se preocupan. Cuando llega el otoño, las noches se vuelven frías y empiezan las heladas, los animales saben que se acerca el invierno y tienen el sentido de volver a casa por sí solos.

A las ovejas se las esquila en primavera, y las mujeres cardan la lana, la hilan y hacen madejas con las que tejen la ropa de la familia.

Necesitan ropa de mucho abrigo, porque los inviernos son muy fríos. A lo largo de la vía del tren, durante millas y millas, hay vallas para evitar que la nieve bloquee las vías.

En un río en el que pescamos había un tramo entero de un puente de hierro del ferrocarril en el lecho del río y, en la orilla de enfrente, a muchos cientos de yardas, había otro gran tramo, mientras que en el río, a cosa de un cuarto de milla, estaban las ruedas de un tren. Todo eran restos de un puente que se había derrumbado un cuarto de milla río arriba. Hacía unos cuatro inviernos, el hielo del río se rompió y bajó una avalancha que se fue amontonando contra los pilares de piedra que sostenían los tramos de hierro del puente. El hielo que seguía bajando se fue acumulando poco a poco hasta formar un gran banco de más de veinte pies de altura (unos seis metros), que empujaba cada vez con más fuerza contra el puente. Al final, el puente no pudo resistir más y, con un estallido terrible, cedió ante la fuerza del hielo, que lo arrastró río abajo y lo dejó en pedazos repartidos por el cauce.

Un hombre me contó que estaba cortando leña en el bosque, a unas dos millas, cuando oyó el estrépito del hielo al romperse y caer. No sabía lo que pasaba y pensó: «Esto es el fin del mundo».

32. Los Estados Unidos y vuelta a casa



TUVE LA SUERTE DE ESTAR EN EL CENTRO DE LA TIERRA. NO EN el fondo de una mina, sino en el centro de un gran globo de cristal sobre el que está dibujado un mapa completo del mundo. Se entra en una gran sala de cristal por un puente que la cruza por la mitad. Como la sala misma es de cristal, tienes la sensación de flotar en medio del globo. Si miras hacia abajo, entre tus pies ves el Polo Sur y la Antártida; arriba, el Polo Norte y el Ártico, y a tu alrededor, África, la India, China, América y los demás continentes, todo a gran escala, con las principales ciudades bien marcadas. También se muestran las profundidades de las distintas partes del mar. Así se aprende que la fosa más profunda está al oeste de las islas Filipinas. Tiene siete millas de profundidad, así que, si alguna vez vas a Filipinas, ten mucho cuidado de no caerte en ella.

También se ven cosas sorprendentes; por ejemplo, que Inglaterra está más al norte que Terranova y que Nueva York está a la misma latitud que Madrid. Podrías pasarte horas en ese globo estudiando geografía. Se llama Mapparium y está en un gran edificio de Boston, la sede central de la Ciencia Cristiana. Todo el edificio es maravilloso: más que un edificio, parece una ciudad, con sus tiendas, sus bibliotecas y sus muchas plantas amplias.

En Washington fuimos a ver el Capitolio, un inmenso edificio blanco con una cúpula, donde se reúne el Parlamento de los Estados Unidos. En el vestíbulo central, bajo la cúpula, hay una serie de pinturas que ilustran la historia del país. Allí está el descubrimiento de América por Colón. Después, unos años más tarde, el capitán John Smith colonizando Virginia, y Pocahontas, la princesa piel roja, recibiendo el bautismo cristiano.

Luego viene la emigración de Inglaterra a Nueva Inglaterra y la fundación del país como colonia británica en 1607, y lo que siguió. Pero ciento cincuenta años más tarde llegó el desastre. Las colonias británicas de América rompieron con la madre patria por ciertos impuestos que se les ordenó pagar. Se enviaron tropas para someterlas. Ellas resistieron y, tras una guerra, derrotaron a las tropas británicas y se constituyeron en una gran nación bajo el gran caudillo George Washington. Su emblema era un águila, y en su escudo había estrellas y barras; de ahí viene el águila que corona el escudo y su bandera de «barras y estrellas». Esa bandera tenía cuarenta y ocho estrellas, una por cada uno de los cuarenta y ocho estados en que se dividen los Estados Unidos.

El presidente Franklin D. Roosevelt nos recibió con mucha amabilidad en la Casa Blanca. Tiene un gran interés por los scouts y había organizado un gran Jamboree que iba a celebrarse en la capital en agosto de 1935; el campamento estaba preparado para 30 000 scouts. Fuimos a ver el lugar y comprobamos los espléndidos preparativos que se habían hecho. Pero los scouts de todas partes se llevaron una enorme decepción cuando el Jamboree se suspendió en el último momento por una epidemia en un estado vecino.

Y ahora estamos en Nueva York, la ciudad de los rascacielos, preparándonos para la última etapa de nuestro viaje alrededor del mundo. La temperatura no deja de subir: tenemos 90 grados a la sombra (unos 32 °C), y mucha humedad.

Cuando viajo por mar, me gusta hacerlo en un barco, no en un hotel. Me gusta llevar un buen libro, como *El guardiamarina Easy* (*Mr. Midshipman Easy*) o cualquier otra historia de piratas y bucaneros, acomodarme en un rincón y dejar que el barco se balancee y cabecee mientras me imagino las aventuras que estoy leyendo.

Pero en esta parte del viaje alrededor del mundo no fue así.

Teníamos pasaje para cruzar el «charco de los arenques» en el *Majestic*, y el *Majestic* hacía honor a su nombre. Era un barco, sí, un ejemplo majestuoso de lo que el hombre puede lograr en arquitectura naval: un magnífico gigante del océano, con comedores, salones de conciertos y lujosos camarotes, todo con la mayor comodidad, y completado con una orquesta excelente y una cocina de primera. Pero esa no es mi idea de un barco.



En un barco de lujo

Además, el mar estuvo en calma, como una bañera, durante toda la travesía, de modo que uno tenía la sensación de vivir en un hotel de primera de Londres y no en el pequeño barco de sir Francis Drake, el *Golden Hind*. ¡Qué pensaría él si volviera a la vida y subiera a bordo del *Majestic* a ver lo que hay!

Sea como sea, aquí estamos, viendo a lo lejos las costas de la vieja Inglaterra y entrando despacio en nuestro atracadero en las aguas de Southampton. Nos cuesta creer que este sea el final de nueve meses de viaje. Hemos visto las bellezas y maravillas de países lejanos y, después de todo, al volver a la vieja Inglaterra, nos alegramos de regresar a casa sanos y salvos.

